Elena Quiroga

Algo pasa en la calle

Algo pasa en la calle es una novela intimista, en la que apenas pasa nada: Una mujer es convocada al funeral de un marido, muerto en accidente, que la abandonó, y formó otra familia. A partir de este momento van desfilando, como un puzle, los personajes: las dos mujeres, los dos hijos, una hija del primer matrimonio y un hijo del segundo, el yerno, y el mismo protagonista evocado por el resto de los personajes y omnipresente en la novela.

Elena Quiroga

Algo pasa en la calle

ePub r1.0
Titivillus 08.06.2023

Título original: *Algo pasa en la calle*
Elena Quiroga, 1954
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
102

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi marido.

—… Salga usted a la pizarra y escriba: «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa».
El alumno escribe lo que se le dicta.
—Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.
El alumno, después de meditar, escribe: «Lo que pasa en la calle».

ANTONIO MACHADO, *Juan de Mairena*

I

La puerta estaba entornada, no era necesario llamar. Hubiera querido alejar el momento, empujarlo lejos de sí, pero no retroceder. Apretó más el bolso y el devocionario. Sonrió duramente, apartándose para que el yerno pasase primero.

Froilán preguntó o afirmó:

—¿Es aquí?

Instintivamente había bajado la voz, y le hundía los ojos en la cara. Esperanza se llevó las manos al velo y lo recompuso. No era necesario contestar. Algo —ansiedad, vergüenza o culpa— la atenazaba, sofocándola. Y sonreía duramente, acaso porque no supiera hacer otra cosa en su desconcierto.

Era como un estilete atravesado en la garganta; no hablaría por temor a que le saliese ronca la voz. Aquello no podía reprimirlo con las manos, ni siquiera con la mente. La desbordaba, ácido como la duda, como el despecho.

La puerta era de madera oscura, con el barniz mate a fuerza de fregados. Tenía a media altura una mirilla redonda, dorada, con pequeñas rejas convexas, refulgentes. El suelo del descansillo era de madera también, sin encerar, como las escaleras. Al subir se habían tropezado con una mujer que las fregaba y sobre la madera, húmeda aún, esparcía un serrín que olía a seco. Era una escalera amplia, y el pasamanos, de madera también, le daba cierto empaque serio, reposado. Alguien hubiera dicho que era una casa señorial, aunque ese alguien no sería jamás Esperanza. Sin embargo, desde el portal pensó: «Sí».

La casa de Ventura tenía que ser así, un poco apartada de la ciudad o escondida dentro de la ciudad, sin huirla, pero sin buscarla. Sólida, amplia, verdadera. ¿Por qué había pensado

«verdadera»?

La casa de Ventura tenía que ser grave y como el fuego en la chimenea.

Froilán se había vuelto y le había dicho, ya en los escalones:

—¡Es una buena casa!

Sorprendido, como si hubiese esperado algo peor, o algo distinto. Esperanza se alzó de hombros. Froilán recordó sus palabras de un momento antes:

—… Que no venga tu mujer hasta que veamos aquello… Vete a saber en qué antro…

Le despertó el teléfono. La escuchaba, entumecido de sueño. Se habían acostado tarde Ágata y él.

—Ha muerto Ventura…

Froilán bostezó, con la boca pastosa:

—¿Qué Ventura?

Un silencio en el teléfono. Y cuando más despejado fue a decir:

—¡Ah, ya! —le llegó la voz de Esperanza, impaciente y rencorosa:

—Mi marido… El padre de tu mujer.

—¡Ah, caramba!

Medio se había incorporado, y acercaba el auricular a su boca, bajando la voz:

—¿Cómo ha sido eso?

—Acaban de avisarme. ¿No has oído nada de lo que te he dicho?

Estaba irritada.

—Escucha, me has despertado… Estaba aún…

—Ventura ha muerto. Acaban de avisarme.

—¿Quién?

La voz se impacientaba:

—¿Qué sé yo? Esa… tía.

Froilán contemporizó:

—¡Qué desagradable!

—¿Qué hacemos?

Bueno, ¿qué esperaba su suegra de él? Menuda situación.

—Tú dirás, ya sabes que para cualquier cosa…

—Lo sé. Gracias… Creo que debo ir allí.

—¿Tú crees? No sé si…

—Es mi deber. Era mi marido. Además, que me han avisado…

—Eres admirable, Esperanza.

Era lo que esperaba oír.

—… Yo iré contigo, si quieres. Voy a despertar a Ágata.

—No. Deja a Ágata en paz. Ya habrá tiempo. Antes vamos a ver si es sitio para ella.

Froilán sonrió con intención. Dijo:

—Era su padre.

Hubo otro silencio. Después, de nuevo la voz de la mujer:

—Ya hablaremos. Por de pronto vamos tú y yo. No le digas nada.

Antes de salir había entreabierto la puerta del cuarto de su mujer. Una respiración igual, tranquila, en aquel ambiente cerrado. Olía densamente a rosas viciadas. Casi a tientas, cogió el jarrón de encima de la cómoda y lo sacó al pasillo.

«¡Qué manía de dormir con las flores! Por pereza…».

Se acercó hasta la cama. «Está durmiendo. Su padre ha muerto, mientras ella dormía. Era su padre, al fin y al cabo…».

Posó su mano sobre el brazo tibio:

—Querida…

Ágata se revolvió en el sueño. Masculló:

—¡Adiós!

Y se volvió hacia la pared, escondiendo la cabeza en la almohada.

Froilán salió de puntillas, cogió el sombrero y se iba ya cuando retrocedió como si necesitase algo, o recordase algo, de pronto. Fue a abrir la puerta del cuarto de las niñas. Acudió la doncella, sorprendida:

—Aún están durmiendo, señor.

Cerró la puerta con cuidado, sin entrar. Dormían con la niñera alemana. Se imaginó su alarma al verle en el cuarto, su mudo y hosco reproche. Era joven y pecosa… Él no podía entrar a ver a sus hijas mientras la alemana no se levantase, y hoy le hubiera gustado verlas en sus cunitas, tan rubias, con sus flequillos rectos y sus espesas pestañas. Deseaba tocarles la carne tibia, oprimirles los bracitos… Arrancó una hoja del bloc del teléfono y escribió algo, apoyando la pluma con saña.

—Tome, Oliva; se lo lleva a la señora con el desayuno.

Un momento casi dudó si recoger lo escrito y romperlo. Pero los

ojos se le endurecieron. «Se ha muerto, y su hija duerme».

Mientras sacaba el coche se sintió solidario con Ventura.

Esperanza le aguardaba ya en el portal. Se había vestido de negro, y llevaba velo de luto.

—Vaya por Dios, me puse el traje gris…

Pero la suegra no le dijo nada. Se sentó a su lado en el coche. Venía sin pintar los labios aunque con el rostro recompuesto.

«No importa. A estas horas se le notan los años».

Las cuerdas del cuello, y aquella piel, sin tono propio, expertamente tratada.

Iba a besarla en la mejilla cuando ella se metió en el coche, y espetó:

—No te he dicho lo peor, porque en casa las muchachas se enteran de todo.

Le miró y dijo:

—Ha muerto en accidente…

—¡Ah!

No se le había ocurrido preguntar.

—… No sé qué clase de accidente. Colgó el teléfono. Era una voz que se comía un poco las sílabas, y me dijo…

—¿Cogiste tú el recado?

—Tenía el teléfono en la mesilla. Descolgué y oí la voz. Desde el principio supe que iban a decirme algo, por la manera de hablar o por el tono, no sé…

Había sido una voz pausada, calma. Hablaba muy bajo:

—Quiero hablar con la señora misma.

—¿No puede darme a mí el recado?

Esperanza desfiguraba la suya por hábito, antes de saber quién llamaba.

—No. Es algo personal.

—¿De parte de quién?

Apenas un instante de silencio. Después, aquella voz suave y ceceante había dicho:

—De parte de don Ventura.

Esperanza se estremeció, e instintivamente cubrió los brazos espeluznados con el fino chal rosa.

—Diga… Soy yo misma. Pero ¿quién habla?

—Ventura ha muerto esta noche.

La otra voz volvió, al no recibir respuesta:

—¿Me ha oído?

Esperanza contestó:

—Sí.

Pero se rehízo:

—Me llaman para decirme que don Ventura ha muerto, ¿no es eso?

Alzaba la voz, destemplada; no sabía lo que sentía. Tenía ganas de gritar: «Para eso os acordáis de mí».

Y sin saber lo que hacía colgó el teléfono.

—… Volví a llamar para saber el piso y dije: «¿De qué ha muerto?», y la misma persona me contestó: «Fue un accidente». Me lo temo todo…

Froilán la miró, alzando las cejas. Esperanza recalcó, con un triunfo sórdido:

—Con Ventura, ponte siempre en lo peor.

A la postre todo aquello venía a darle la razón a ella, porque intuía que, en su fuero interno, Froilán disculpaba a Ventura. De recién casados vivieron con ella, en su casa, mientras ponían el piso, y Esperanza había sorprendido a veces la sonrisa de Froilán, burlona o exasperada. Pero siempre ignoró que había sido causa de disgustos entre el matrimonio.

—No me extraña que tu padre no la haya podido aguantar.

—Parece mentira… Di que te parece bien, entonces. Todos los hombres os entendéis en cuanto se trata de eso… ¿Te parece bien, irse con una perdida teniendo una mujer y una hija? Dilo. ¿Qué culpa tenía yo? Pues me abandonó… ¿Lo oyes? Me abandonó.

Froilán comprendió que había ido demasiado lejos.

—No es eso lo que te quería decir. Eso está mal. Pero es que tu madre es tan suya, tan…

—¿Cómo quieres que sea? Sola desde los treinta y cinco años. ¡Tan guapa! Otra no hubiese hecho lo que ella. ¿Qué culpa tiene de que el marido le saliera rana?

«Mujer, que es tu padre», tuvo ganas de decir Froilán. Pero Ágata había sido criada en el rencor a Ventura, y aquello era lo más firme en ella.

Cuando se casaron, Froilán no se atrevió a decir:

—Avisa a tu padre de alguna manera.

Pero cuando nacieron las gemelas, lo dijo:

—Antes muertas —gritó.

Y se echó a llorar.

—Este disgusto. Darme este disgusto en este momento…

Realmente estaba débil, él no debía habérselo dicho así. Realmente…

Había sentido una viva curiosidad por el padre de su mujer. Algunas personas le conocían de tiempos pasados y le hablaban de él:

—Un hombre correctísimo, un poco excéntrico…

—Muy inteligente, singular… No se puede ser singular. O, si lo era, no debió casarse con Esperanza…

Tenía publicados libros, algún folleto. Froilán los compró todos, y los leía en su despacho, a hurtadillas, mirando hacia la puerta. No los comprendió, se le cayeron de las manos: relación entre las matemáticas y la vida. Proporción. Armonía… Demasiado denso y árido todo. Los guardó en el cajón con llave.

No se atrevió a ir a la Facultad y presenciar una clase, simplemente por conocerle. Le parecía que Ventura tenía que saber quién era él. ¿Proporción? ¿Armonía? (¿Y vivía con aquélla —Ágata había dicho: «aquella mujerona»?).

—… Y te pido que no hablemos nunca más de él. Nunca. Nunca. Para mí está muerto. Muerto y enterrado.

Bueno, ahora lo estaba ya. Ahora sí era verdad y quizá fuese lo mejor que el pobre hombre había hecho, desanudando una situación extraña.

Subían por la calle de Bailén en la mañana de mayo, hermosa y fría.

—… Sin Sacramentos —su suegra continuaba hablando—. Naturalmente, un accidente… No habrá tenido tiempo ni para arrepentirse. ¡Dios, qué fin!

No se lamentaba. Parecía como si aquel escamoteo de una tranquilidad última hubiese sido el pago que habían exigido a Ventura por sus amores.

—Nadie sabe, en el último momento… Basta un momento de contrición…

Esperanza le miró como si le arrebatase el as en su jugada.

—¿Con esa mujer en la casa?

(Se había encenagado con ella. Ahora conocería su condenación).

—… No quería que dijeses nada a Ágata. ¡Pobre! Volver a ver al padre así; porque Ágata apenas se acuerda; tenía seis años… Puede impresionarla y no saca nada…

Vio el ceño duro del yerno:

—… Ni puede ya nada por él. Vete a saber cómo viven…

Rectificó, rápida:

—Cómo vivía.

Aquel presente en pasado, corregido en tono tajante y casi de triunfo a la vez, tornó de pronto lejana la masa del Palacio, las quietas y estólidas figuras de los reyes, las casas viejas y provincianas de San Quintín y de Pavía. Todo pareció irreal y absurdo, en aquello mañana de sol, por la secreta, definitiva tristeza de un verbo en pasado. Aquella tristeza ciñó sólo a las cosas, no al coche en su marcha ni a las personas que iban dentro de él como dentro de una campana neumática que les aislara de lo humano.

El coche tomó por la Plaza de Ramales, frente a la casona de ventrudos balcones.

—A la derecha —dijo Esperanza.

¡Qué calle humilde y serena, recatada, a unos metros de Palacio y de la Armería! Había que subir a ella, y al descender terminaba bruscamente.

—Dejo el coche aquí.

Subieron los escalones de aquella calle desconocida. La calle hacía un recodo, tenía dos accesos. La calzada era estrecha, de losas, y el arroyo de piedras apisonadas. Había una tira de losetas de piedra por el centro de la calle, para que el agua escurriese. En un tiempo, las mujeres debieron de asomarse a los balcones, anunciando:

—¡Agua va!…

Y el agua sucia de las casas correría por el vientre de piedra.

Una infinita calma en la calle, quizá por la hora, quizá porque la calma fuese la manera de la calle aquélla. O quizá…

Después de una batalla sangrienta hay siempre una ensordecedora paz sobre los restos. Algo había sucedido en aquella calle que ahora estaba pasmada sobre sí misma, quieta. Esperanza captó esta última paz: la paz lívida que sucede al espanto.

II

La puerta estaba entornada. En otras casas las dejan abiertas de par en par, quizá para no sentirse confinados, aislados, tras las puertas cerradas.

La misma casa, hasta entonces celosamente guardada, abre sus puertas, y en aquellas horas de desconcierto todo el mundo irrumpe en su intimidad, perdiendo propiedad los muebles, los retratos… Desentona el reloj en la casa donde para alguien el tiempo ya no existe. (El indiscreto corazón penduleando cuenta los minutos de vida. Se contiene con la mano al pasar por delante del reloj. «¿Por qué no han parado ese reloj?». ¿Quién es capaz de detener el pálpito sólo por cortesía? Regurgita el mecanismo para dar las horas. Nos miramos, abochornados).

El que llega nota ese aire impersonal, desposeído, de las cosas. ¡Qué rápida, terrible, helada fuerza! Quienes convivieron con el que ya no vive, andan en desconcierto, dan inútiles vueltas, repiten hasta el cansancio cómo ha sucedido aquello… Se toman disposiciones en alta voz, sin cuidarse de los demás, espectadores de una intimidad devastada, y alguien tiende llaves, un manojo de llaves con las que hasta ayer se había pretendido guardar u ocultar algo:

—Ve a su cajón…

Las casas huelen a cerrado, a penumbra, a flores ajadas, al amargo pabilo ardiendo o apagado entre las yemas de los dedos, de unos dedos que pueden apagar… Alguien va por los pasillos pendiente de los que llegan, con la mano o la mejilla tendida: vida, vida, muchedumbre de personas con sangre fluyendo, con voz, con movimiento. Abrid las puertas: que pasen los que viven, que nos rodeen, que nos quiten el frío de esta visita inmerecida…

Bordoneen las voces en torno nuestro, y que alguien ría. Es chocante, pero se agradece. Que alguien ría para sofocar con la indignación ese grito en que se ha convertido nuestra alma, ese grito de pie que nos atraviesa de la cabeza a los talones, dispuesto a desbocarse.

La oficiosa amiga dirá:

—Recemos…

Aún no hemos aceptado la muerte, aún no estamos dispuestos a recitar oraciones formularias —sólo aquel grito, sin dirección, pero certero— y alguien pone las cuentas del rosario en nuestras manos, y nos hallamos repitiendo palabras que suben y bajan, crecen y decrecen. Sólo el cuerpo contesta: la mente quema los razonamientos, inquiere, exige; el espíritu es sólo el grito aquél: más tarde se lamenta, se culpa, pide tregua… Cinco minutos más. Sólo cinco minutos… Esos minutos de más que todos pedimos —la gracia del condenado— para hacer o decir en cinco apretados minutos lo que en vida no se dijo o no se hizo a los que se van.

Hay entre los vivientes —los que llegan y los que estaban— palabras precipitadas, efusivas, trabadas lenguas. Nadie se atreve a mentir delante de una tan desnuda e íntegra verdad. Si alguien avanza cautelosamente lo falso, tiende con temor la vista hacia el rígido, como si allí aún residiese una fuerza capaz de alzar la mano o la voz, en testimonio de mentira.

Abrid las puertas, por amor… (Los que estaban junto a él, al filo de la muerte, miraron medrosos a todas partes, hurtándose a aquello que estaba entre ellos, sin tangencia).

¡Abrid! Que una se vaya y que otros lleguen, con sus cargados alientos, con su jadear humano, con las huellas de vida en la frente o en los ojos, o en el dorso de las manos.

En casa de Ventura la puerta estaba solamente entornada: una puerta de oscura madera, con el barniz mate por los muchos fregados. Algo sumamente retenido y silencioso, casi humilde, trascendía de aquel entornar la puerta.

Unos ojos atisbaban por la mirilla. Esperanza sintió una extraña debilidad:

«Debía haber desayunado. No puedo marearme. ¡No!».

Froilán empujó la puerta y pasó delante, adivinando el súbito desfallecimiento de la mujer.

La criada que atisbaba por la mirilla la soltó al encararse con ellos. Casi balbuceó:

—Perdón.

Estaba asustada. En los ojos, la pupila se dilataba hasta casi cubrir el iris. Esperanza notó que no llevaba medias y que calzaba alpargatas negras. Casi sin darse cuenta la catalogó: «Muchacha para todo».

Aquella observación la reforzó. Ventura… ¡estúpido! Ésta era su vida.

—Pasen, es al fondo.

Señalaba el pasillo con la barbilla, apretando las manos contra el delantal. Les esperaba. Alguien le había dicho que estuviese allí, aguardándoles para conducirles. Froilán pensó:

«Tiene miedo a los muertos».

Habría estado con la cara pegada a la mirilla, deseando que llegasen pronto; o quizá mirar por la mirilla la consolase, porque el descansillo, la escalera, eran una manifestación normal de tranquilidad, no tenían nada que ver con el muerto, era como escaparse de la casa estando dentro.

Viniendo de la calle no se distinguía nada, al principio, en el oscuro y pequeño recibidor. La mujer olía a lejía. Algo les alcanzaba, no se sabe de dónde, chocándoles en lo más hondo… La luz de la mañana, fría y hermosa, llegaba del pasillo. Olía a lejía, a madera mojada y a árbol florecido. Según avanzaban por el corredor, el último olor dominaba a los demás, persistente, glorioso. Olía a mata en el campo, a árbol en primavera… Absurdo. Esperanza no tuvo miedo de sentirse enferma porque estaba asombrada.

Una puerta de par en par abierta, con la ventana, en alguna parte del cuarto, también de par en par, y aquel olor virginal, fresquísimo…

Froilán precedía a su suegra. Iba a pasar de largo, cuando algo vio, al alargar discretamente la cabeza, que le hizo retroceder y entrar.

Esperanza sintió aquel aguijón que casi le cortó el hálito. Cerró los ojos:

«El hígado», pensó.

Porque no quería admitir que aquel dolor agudo naciese de ella,

del oculto fondo de ella.

No miraría. No miraría. No miraría. Apretó las mandíbulas: «Soy su mujer legítima».

En la habitación no había nadie. El cuarto en orden y la ventana abierta. El olor era gozoso, fresquísimo. Vio las enormes brazadas de acacia apoyadas sobre algo blanco, sobre algo negro… Ramas apretadas de flor recién abierta desbordando del jarrón, sobre la camilla de fieltro verde.

«No es aquí».

Era allí. Froilán estaba ya de rodillas ante la caja. Esperanza sintió indignación y frío por algo que le parecía una mofa, una burla sangrienta, un contrasentido.

La caja estaba, sin más, sobre la alfombra, de cara a la luz, de espaldas a la puerta, como posada allí, frente al paisaje, intencionadamente. Froilán parecía también confuso. Y conciliador. Las ramas florecidas —menuda, nevada flor— se apoyaban en el alféizar de la ventana, trepando sobre el muerto.

La indignación le quitó el temor y la angustia. Preguntó a Froilán:

—¿Has visto?

Pero sorprendió algo extraño en Froilán, un lampo de sospecha en los ojos y, casi sin darse cuenta, hizo lo que se había jurado no hacer: miró hacia la caja…

¡Qué golpe tan bronco! Le pareció que todos lo habían oído, el ciego golpe que la desplomaba de rodillas. Ahora ya no podría cerrar los ojos más. Notó que Froilán la sostenía por el brazo. Instintivamente, dijo:

—Estoy bien. Gracias.

Con aquello que golpeaba dentro, que le pisaba duro el corazón y entrañas, como un corcel desbocado, galopándoselos.

(—… *No te he visto llorar nunca*.

—Sabes que no es verdad. Mil veces…

—*Pero no lágrimas, lágrimas… Hasta en eso eres compuesta, medida… Pero no un llanto de verdad, un llanto que descomponga, que deshaga. Créeme, Esperanza, aunque no nos veamos más, me gustaría saber que alguna vez habías llorado así, con toda tu alma*.

—Por ti, ¿verdad?

—No soy tan egoísta. Por ti misma).

Algo la burlaba desde la muerte. No podía verle la cara. Le habían vestido el hábito blanco de la Merced, y bajo la capucha calada le velaron el rostro con un pañuelo de hilo. «Un accidente. Murió de accidente…».

La voz del ceceo sería la de ella. Un pañuelo de hilo, un pañuelo de Ventura… Dobladillo a vainica. La V., en las iniciales, angulosa, rectísima. No habían puesto el Crucifijo de la funeraria, ni las velas. Estuvo a punto de levantarse: «Es una infamia», pero vio el Rosario asomándole entre las manos, con la Cruz de plata, pequeñita, posada con cuidado sobre el hábito.

Las manos reposaban una sobre otra, no entrelazadas. No habían querido forzar los dedos yertos. No descansaban plácidamente, porque estaban maltrechas. Vio los dedos despellejados, equimosis en los nudillos que la muerte ennegrecía, las uñas magulladas… Sí, era Ventura. Pese a todo, ella reconocería sus maltratadas manos entre todas las manos del mundo.

Habían sido en vida manos febriles, delgadas, muy marcados los nudos de los dedos, con uñas que se encorvaban levemente.

(—¿Estás seguro de que no tienes calentura?

—No).

Las sintió sobre sí, espirituales y ardientes, si cabían las dos cosas. Y en Ventura las dos cosas cabían.

—Quisiera que nuestro matrimonio fuese un compañerismo perfecto.

No supo qué responder, no le parecieron las palabras adecuadas. Sabía que era hermosa y deseable, y la palabra «compañerismo» la hirió.

Era preciso, ahora, todo su oscuro conocimiento de mujer para reconocer aquellas manos expresivas y sobrias en estas pobres destrozadas manos.

La tranquilizaba el rostro tapado, ladeado suavemente hacia la derecha, como él tenía costumbre de dormir. De pronto, aquella postura íntima que tan bien conocía, las manos posadas con piedad, la parte baja del cuerpo invadida de flores, la indujeron a pensar: «Ha sido ella».

¿Le quería? ¿O, simplemente, sabía que Esperanza iba a venir?… ¿Cómo sería?

Tío Fermín se lo pudo haber dicho el día en que discutieron. Tío Fermín conocía a todo el mundo, y tenía una habilidad especial para estar al tanto de las vidas ajenas.

—Una cualquiera que le ha enganchado. Crédulo como un niño, con los aires que se da…

Y le miraba de soslayo, intencionadamente, mientras se limaba la uña partida. Tío Fermín sabía lo que Esperanza aguardaba de él. La miró, socarrón, bajo aquellas pobladas cejas que le caían sobre los párpados:

—Los he visto…

—Por mí… No me digas nada. Le he perdonado.

Tío Fermín sabía que no era verdad.

—Haces bien.

—Lo siento por mi hija. No me hubiese separado si imagino una cosa así, pero tanto presumir de hombre superior, tanto andarse por las ramas, y como todos…

El tío Fermín dijo, dándose unas palmaditas en los muslos:

—No es eso.

—¿Pues qué es? Casarte por lo civil, sabiendo que para la Iglesia no cuenta…

Se descomponía. Esperó a rehacerse para seguir hablando:

—Lo siento por la niña.

Y para disimular aquel despecho que la asfixiaba dijo:

Los hombres como él ya se sabe cómo acaban siempre.

Y sin darle tiempo a intervenir:

—¿Los viste? ¿No les habrás hablado, por supuesto?

El tío Fermín se quedó cortado.

—Hija, él me saludó… ¿Qué querías que hiciese?

Esperanza se contuvo para no gritarle, pero se mordió los labios.

—Dentro de lo malo… No es una cualquiera.

Esperanza se había puesto en pie.

—¡Márchate!

—Pero, escucha… No es una tirada, quiero decir. Era alumna de él, tengo entendido. No se sabe nada malo de antes…

Esperanza salió del cuarto y volvió ella misma con el sombrero.

—Márchate.

Y como él dijera, condolido:

—Pero, Esperanza…

—Todos sois lo mismo. Eso no tiene importancia para vosotros. Te has puesto de su lado, tú, mi propia familia… No le has negado el saludo y le habrás hablado a ella… Sin acordarte que mi hija, la hija de ese… hombre, es sobrina tuya.

—Esperanza…

—… Peor que si me hubieras abofeteado. Ahora creerá que le das la razón.

—¡No!

Con el sombrero en la mano, tío Fermín estalló, congestionado por la indignación:

—No le doy la razón. ¡Repruebo su conducta! Pero tú querías saber, me tiras de la lengua y luego te duele… No es una perdida, no es una tirada… Es una muchacha. Lo encuentro ridículo, una muchacha así… Si quieres saber mi opinión, no tiene disculpa, porque ni siquiera es guapa.

Se marchó dando un portazo.

Ahora aquella mujer estaría en su cuarto, nerviosa, porque sabía que Esperanza estaba allí. Acostada, si había tenido que velar, o con miedo como la criada. Sí: debe de tener miedo el que así vive… Sintió un escalofrío. El que muere en pecado… «Dame una muerte en gracia. Cógeme en gracia…».

No se veía el bulto de los pies ni de las rodillas, cubierto por las flores de acacia, blancas y frágiles como el azahar… ¡Loca! ¡Loca mujer!

Ventura había dicho en el Juzgado:

—*Sí, será mejor que no nos veamos más*.

¿Conocía entonces ya a la otra?… De hecho, podía decirse que no se habían vuelto a ver. Una vez le adivinó entre el grupo de peatones que cruzaba mientras ella estaba detenida en una parada, en la Gran Vía, esperando la luz verde. Se sintió tan turbada y revuelta que no desvio hacia él la cabeza, mirando obstinadamente al poste luminoso. Después, al arrancar el coche, bruscamente se volvió, buscando la alta y desgarbada figura. Llevaba gabardina.

«Le aborrezco. ¿Por qué no se va de aquí? A cien mil millas de aquí. Si me llega a ver…».

E instintivamente se miró en el espejo retrovisor. Sonrió: casi lo deseaba después de que había pasado.

Si la llega a ver, Ventura la hubiese saludado gentilmente, lo

sabía. No era amigo de posturas terminantes —salvo en aquella ocasión definitiva—. Respetaba infinitamente la individualidad de los demás, y se volvía duro, intratable cuando pretendían vulnerar la suya. Se cerraba, se iba hacia dentro, dejaba de estar junto a ti aunque estuviese cerca. Con las mujeres era amable —en el verdadero sentido de la palabra amable: persona digna de amor—, y su dulzura penetraba. Para Esperanza, su dulzura había sido un señuelo.

Acertaba el gesto del hombre al verla sentada ante el volante de su coche: se hubiese quitado el sombrero, sonriendo un poco apurado, vacilante. (Años más tarde, se quitaría el sombrero, alejándose rápidamente, pensativo).

—*Será mejor que no nos veamos más*…

Eso había dicho la templada voz de Ventura, de pie en los pasillos del Juzgado, molesto por hallarse allí, con los párpados inflamados de no dormir, y una mirada que no quería verla, que no quería ablandarse. Tenía el cuello de la camisa arrugado y parecía harto de todo. Sin embargo, dijo:

—*¿Te acompaño a alguna parte?* —por no dejarla sola allí, expuesta a las bromas del escribiente y los ujieres.

Esperanza ni le contestó. Pasó derecha ante él; tan bella, con aquellos labios sangrantes en la cara palidísima, con los ojos como ascuas que la consumieran. Misteriosa. Deseable. Parecía que ocultase algo más allá del sexo. Pero no era verdad: no había que engañarse de nuevo.

Le adivinó en la puerta, mientras sacaba la llave de su coche. Supo lo que estaba pensando, a través de aquella mirada fija: «*La verdadera Esperanza es esta que se va, sin una palabra; dura, insensible, seca*». Cerró la portezuela. Él continuaba allí, pero no la miraba. «*Una mujer debe ser como el agua. Una mujer*…».

Ya estaba lejos de Esperanza.

Era casi indecente el olor de la acacia. Aquella primavera dentro del cuarto… ¡Estúpida mujer! Ella conocía a Ventura mejor que nadie —era su mujer legítima, la única—, y todo lo excesivo le molestaba. Ventura hubiese reprobado el cuarto en sosiego, como si la vida continuase en la casa —por respeto, uno debe dar a entender que la vida, cuando menos, se ha alterado—. La caja tenía que estar de frente, con el Crucifijo de la funeraria a la cabecera, y los

hachones a los lados. Y aquella insensata ventana abierta.

Oyó un rumor de voces. «Alguien viene».

Se acorazó por dentro, pronta. Sonó el cerrojo de la puerta de entrada al cerrarse. Un siseo. Nadie vino.

Froilán se inclinó hacia ella:

—Siéntate. Estarás cansada.

Y se dio cuenta de que era verdad. Estaba fatigada mortalmente, exhausta. Debía de notársele en el rostro cuando Froilán lo había visto. Buscó en torno, pero le repugnaba sentarse en aquellas butacas de gutapercha verde, las butacas de ella… Se apoyó sobre sus propios talones y la cabeza contra la madera de la contraventana. Aguantaba las lágrimas que acudían, de cansancio, de debilidad, de humillación. Estaba siendo humillada hasta lo último. No lo razonó, pero lo sentía así. Clamó sin voz:

«Mi hija. Que venga mi hija…».

Lo más noble de ella, lo maternal, se negó a sí misma:

«No. Evitárselo».

Voces en la entrada, hacía un momento. ¿Quién? Aquella mujer no vendría porque estaba ella. Había colocado a su muerto —el muerto de las dos— sobre la alfombra, de cara a la ventana, y se había marchado tras cubrirle el rostro. ¿Por qué?…

El aguijón, que le había dolido antes, le subía, crecía monstruoso, tomaba forma, se le venía a la boca. «¿Por qué?…». Era pregunta, exigencia: «¿Por qué?».

—Ha sido un accidente.

¿Qué clase de accidente? Algo malévolo se infiltraba, la dominaba. Miró a Froilán, y ella no supo qué viejo, derrotado era su rostro.

—No quiero pensar…

Froilán hizo un gesto con la mano, atajándola. Sabía lo que iba a decir. Estaba luchado con ello desde que llegó. Si así era, le atormentaba haber dejado aquella nota a Ágata… No, no decir las palabras.

—¿No se habrá…?

Le miraba, hallando en los ojos de Froilán la pregunta que, al propio tiempo, con todas sus fuerzas repelía. Pero el momento en que la pronunció:

—¿… suicidado?

Ella sí supo que sonaba a falso. Ella, que conocía a Ventura… Las palabras se esfumaron en el ancho sosiego de la casa.

No, Ventura no era hombre que destruyese nada. Había sido destruido quizás. Un pobre hombre destruido por dos mujeres… Pero se equivocaba también: Ventura nunca podría ser definido como un pobre hombre, y precisamente por no destruir se habían separado. Y había construido en algún lado; era demasiado varonil para no construir algo: una vida, un porvenir, una norma, una utopía… Podía haber construido la felicidad de alguien con retazos de la suya, pero eso, a Esperanza, no se le ocurrió.

III

TE bastas a ti misma».

La voz de él, la voz que no se alteraba para decir las más crueles verdades. ¿Por qué le había hablado siempre así? ¿O no le había hablado siempre así?

Hubo una época en que no. Aquella voz reflexiva, penetrante, había ido estableciéndose poco a poco entre ellos. Las primeras veces le molestó, y él procuró echarlo a broma y que olvidara sus palabras. Día a día fue convirtiéndose en un frío
tam-tam
intolerable. Volvió a ver los ojos de él, pendientes de algo en ella, mientras hablaba lentamente:

—*Te bastas a ti misma. No me echarás de menos*.

Se ponía furiosa porque él la conocía tan bien. La alcanzaba en pleno pecho siempre que se lo proponía. Pero ¿se lo proponía realmente? ¿No hubo en sus ojos hasta última hora una esperanza de salvar algo en ella?

—No sé para qué hace falta que nos separemos y dar tres cuartos al pregonero. Con seguir como estamos, en paz.

Estaba de espaldas a él, mirándose en el espejo del tocador mientras se colocaba un broche en el vestido. Estiraba un poco los labios en su esfuerzo porque la joya quedase bien centrada.

—*Yo no quiero continuar así* —dijo él, mirando hacia la ventana—. *Me niego*.

Ella no le concedió excesiva importancia.

—No me meto en nada de lo que haces. Puedes hacer lo que quieras.

Ventura se refugiaba con sus papeles en el cuarto de jugar. La

niña decía:

—Papá, ¿por qué no estás con los señores?

Ella sorprendía a Ventura riéndose y acariciando el largo cabello oscuro. Ponía voz de niño también:

—¿Me dejas un sitio en tu cuarto?

Esperanza, cuando los amigos se habían marchado, abría la puerta, fríamente sarcástica:

—¿Y tú eres el que te molesta el ruido…?

Estaba en el umbral, con su bello traje ceñido al cuerpo, y sus labios oscuros. Doblaba el brazo derecho por el codo, hacia arriba, en su postura habitual, sosteniendo el pitillo.

Ágata se apartaba de Ventura: instintivamente sabía ya a quién se obedecía.

—Aquí no estorbo a nadie.

—La niñera me dice que la niña se pone imposible cuando está contigo.

Ventura empezaba a recoger sus papeles.

—Puedes quedarte ahora. Me llevo a Ágata.

Ventura se quedaba, pero ya no podía trabajar.

Al principio de casados procuró adaptarse a su vida, y tímidamente se reservaba sus gustos propios, sus momentos propios. Hubo un momento, de novios, en que creyeron que las dos vidas podían fundirse y tomar interés una de la otra. De novios, cuando los ojos sombríos y brillantes, con aquellas ojeras profundas, le quemaban desde el blanquísimo rostro.

«Le gusté, sencillamente —pensó Esperanza—. ¡Cuánto le gustaba entonces!».

Le turbaba en este cuarto extraño, ante aquel hombre en su mortaja, recordar la pasión del marido cuando ambos eran jóvenes. Era como un mal pensamiento. Miró, para apartarlo, la cintura de él, rodeada del cíngulo blanco de estameña.

«*Te bastas a ti misma*».

¿Por qué lo sabía? ¿Cómo pudo adivinar su regreso a casa, sola, desde el Juzgado, y que al quitarse el sombrero y tirarlo sobre la cama respiró hondamente, casi sin darse cuenta? Y después entró en el cuarto de su marido, con su cama severa estilo Imperio y su mesilla en forma de columna truncada, y estuvo mirándolo todo desde la puerta, extrañada de sí misma. Se acercó a la ventana y

descorrió los visillos de un solo tirón, como quien se asoma a la libertad.

—*No has nacido para casada*.

—¿Tú crees? —sonreía, mordaz—. A veces no se diría eso…

Él supo a qué aludía. No le gustaba oírla referirse a sus momentos secretos, pero lo afrontó:

—*Es distinto… Nunca te he negado que eres hermosa. Pero no estás hecha para el matrimonio. Nunca debiste casarte*.

Como siempre, la había herido.

—¿Qué debí hacer entonces? ¿Apartarme de ti cuando tanto me buscabas?… Has olvidado cómo me buscaste, que parecías no vivir si no me tocabas, sin dejarme ni a sol ni a sombra, siguiéndome siempre, como si no hubiese horas bastantes en el día para vernos… ¿Querías que te dejara entonces? ¿O que fuese tu amante? ¿Es eso lo que quieres decir?…

Él no contestó.

—¡Ah, eso es lo que querías! Sin obligaciones, ¿verdad? Ser el querido de una mujer rica… Deslumbrado como un paleto desde el primer día.

Le pesó haberlo dicho cuando ya era tarde. Él ni siquiera la miró. Dio media vuelta y se fue del cuarto.

Esperanza supo que, por una vez, ella le había alcanzado también. Varias veces había estado a punto de lanzárselo, y siempre la retuvo el temor a perder lo último que les quedaba. Entre ellos jamás se había hecho alusión al dinero, si bien ella adivinó que, al conocerla, fue causa de su retraimiento, de su indecisión. Fue ella misma quien forzó su reserva, sin poderlo evitar, porque por primera y única vez en su vida, algo se le precipitaba dentro al contacto de un hombre. Él la escuchaba con un gesto paciente y tierno, como quien oye absurdos a un niño hermoso. Llegó un momento en que ella no supo prescindir de su muda admiración, de sus ardientes y delicadas palabras. Todos los hombres que le rodearon hasta entonces se le antojaron seres articulados, moviéndose al mando de unos hilos, cuyo manejo sobradamente conocía. Sólo aquél era diferente, y en cierto modo se le resistió. Le quiso para sí de un modo absorbente, como ella deseaba cuanto quería dominar.

«Nadie habrá podido dominarte jamás. Nadie…».

Miró hacia la ventana. La luz le hacía daño, violenta y nítida. Entornó un poco los párpados. Ventura se habría hallado a gusto allí, en aquel barrio en que alguna vieja casona —antiguo palacio— se codeaba con las casas pobres… Las reuniones de ella le exasperaron. Las primeras veces las ridiculizó suavemente, como una necesidad molesta. Esperanza se puso en guardia. Las amigas le dijeron:

—¡Qué interesante, tu marido!

Dándole el vale porque no era de su clase. ¿Clase?… O al menos no era del mismo ambiente. Sabía que a Ventura le tenía *seguro, no* iría a ninguna de ellas.

Pero cuando él empezó a aparecer a última hora, por evitar escenas, tan claramente ausente de lo que hacía, comenzaron a decir:

—¡Qué original!

Y Esperanza tembló, indignada.

—Me pones en ridículo.

—*Si ni se dan cuenta… Ni uno sólo se da cuenta de que tu marido falta.*

—¿Tienes celos?

Ventura se rió con risa tan jovial, tan franca, que ella se contuvo para no reírse, contagiada. Se acercó y la besó, aquella vez.

—*Mayor prueba de confianza que dejarte…*

Aquellas horas en que sus salones —los salones de Esperanza— estaban llenos de gente, él se refugiaba con Ágata. Entonces tenía a la niña para él solo. A veces, Esperanza dejaba un momento a sus invitados e iba dando la vuelta a la casa, para verles desde el otro lado del patio. La niña se había puesto el tutú del *ballet* y danzaba. Danzaba graciosa y torpemente, sobre sus puntas, con gestos que tenían un sentido distinto, pero que su inocencia iluminaba. Los muslos redondos y macizos de Ágata, a los cinco años, girando, manteniéndose sobre la punta de un pie. Ventura era capaz de quedarse horas en el cuarto de jugar viendo a la niña deslizándose.

—¿Te bailo otra cosa?

Esperanza veía la arcada de los brazos graciosos y la pregunta en la carita. Ventura colocaba un nuevo disco en el gramófono. Ágata era incansable. Tenía ya una coquetería torpe e inconsciente. Le gustaba la admiración casi pueril de los ojos del padre. Él se reía,

adivinando en el baile de ella posturas que, más adelante, cuando la niña fuese mujer, resultarían incitantes. De momento resultaban tiernas y candorosas. La niña tendía el oído, y miraba hacia el patio, vibrando sobre sus puntas, con su cinta de flores blancas.

—Viene mamá…

Y posaba los pies sobre el suelo, rápida.

—*Sigue… Yo le diré.*

Había perdido su fuerza. La niña sabía precozmente que lo que dijera no serviría de nada.

—Esa niña, a la cama. ¿Se ha bañado? ¿Ha rezado sus oraciones?

—*Estaba bailando. ¿Has visto qué encanto, Esperanza?*

—No te pregunto nada a ti.

Se volvía a la niñera:

—Pase lo que pase —y lo recalcaba intencionadamente—, la niña se bañará a las ocho, cenará, y a la cama. ¿Me ha oído?

No la dejaba excusarse.

—Descanso en usted.

Confusa, la niñera miraba hacia el señor.

Muchas veces, cuando Ventura llegaba al atardecer, estaban las luces encendidas, el criado en la entrada, abiertas las puertas del salón y del despacho. «El despacho de Ventura»… Ventura no lo usó.

—*No necesito tanto. Una mesa fuerte, capaz, en cualquier sitio aislado. Y unas estanterías sencillas para libros.*

Esperanza, ahora, recorrió con los ojos las sencillas y abarrotadas estanterías del cuarto en que se hallaba.

Pero está precioso así, ¿no encuentras? Fue una gran idea del decorador la mesa en el hueco de la ventana.

Ventura dijo algo que ella no comprendió:

—No está acogida.

—¿Acogida? ¿Cuál? ¿La mesa?

Y luego, de prisa:

—No te gusta… Di que no te gusta.

—*Es un despacho magnífico.*

—Además se corren las puertas y queda comunicado con la sala. Cuando tengamos gente…

Ventura no escribió allí.

Otros muchos días, ella estaba fuera cuando él llegaba. Había hablado de ello en la mesa, durante el almuerzo:

—Voy a casa de Reyes… ¿Me vienes a buscar a última hora?

Al principio decía:

«*Sí*».

E iba. Últimamente:

—*Te espero en casa…*

—Hoy sí que habrás podido trabajar, con toda la casa para ti…

Lo decía entrando, con aquella llamita de triunfo alargando sus ojos. Ventura no había trabajado. Ella misma comprendió que el ruido no procedía de fuera, para él.

—Di que lo que no te gusta es estar en casa.

Tampoco era aquello.

Le hallaba a veces escribiendo en el cuarto donde jugaba Ágata. Había cubierto cuartillas y cuartillas, como si los pensamientos acudiesen fluidos, ordenadamente, a su mano.

—Con la niña brincando alrededor, moliéndole a preguntas…

Esperanza se irritaba:

—No digas que es cuestión de ruidos, entonces…

Roce diario, áspero y reticente. Y más que nada, helador, congelando cuanto quedaba en ellos de cálido y de jugoso. Cuanto quedaba en ellos de bueno.

Ventura marchó a Alemania para dar unas conferencias. Nada le había dicho mientras las preparaba. Le oyó hablar por teléfono estableciendo horarios.

—¿Te vas?

—*Sí.*

Delante de ella, con los brazos caídos —acababa de colgar el auricular—, mirándola ansiosamente, como si hubiese una palabra que aún pudiese ser dicha. Ella pensó, rápida: «Se va para siempre».

—Podías habérmelo dicho, ¿no? Para mis planes…

Ventura contestó:

—*Haz lo que te convenga* —pareció súbitamente cansado—. *En nada debo entorpecerte*.

En los primeros tiempos de casados, él se había marchado otras veces, al principio con ella —a París, a Zúrich, a Bolonia—. Ella le había oído hablar para los demás, pausadamente, con las manos entrelazadas sobre la mesa, una mesa situada un poco en alto, con

un tapate de peluche o de terciopelo grana. La gente le escuchaba con respeto. Al principio, a Esperanza le había gustado su papel.

—Su marido, señora…

Y alzaban los brazos con admiración, o le estrechaban la mano, felicitándola.

Un día, en Coimbra, pensó, viéndole con las manos juntas sobre la mesa, escuchando sus palabras puras como cristales, y como cristales, quebradas (la idea de él se deshacía en mil centellas coloreadas, limpias y vivísimas, y al propio tiempo tras el reflejo aristado, a Esperanza se le escapaba el concepto).

—Parece un monje…

Sí, parecía un monje de una religión pura, con sus afilados dedos —estos dedos de ahora torturados—, levemente cargado de hombros, el rostro ascético. ¿Por qué le causaba esta impresión? ¿Quizá por la frente alta, con las sienes abultadas, por el rostro anguloso, demacrado? Les miraba a todos con ojos deshumanizados. Miraba a las personas a los ojos, como esperando algo de todo el mundo, como si estuviese esperando una respuesta que no darían palabras. Y que él supiera de antemano lo que iban a contestar, rodeado de silencio.

«Farsante».

Ella sabía que aquella caudalosa voz profunda podía ser implacable y dura y hacer daño, él, el generoso, el magnánimo. Sabía que sus labios estrechos eran capaces de ardor; conocía la pasión de aquel hombre. (Pero se negó la mirada que inclinaba sobre ella después: como esperando que el espíritu, más fuerte, se alzase siempre sobre las ruinas de la carne).

Dejó de acompañarle. Malignamente intuyó que Ventura añoraría su presencia, bella y desdeñosa, mientras él hablaba. Quizás había esperado llegar a ella a través de los demás. Se preguntaría por qué le era tan fácil llegar a otros. ¿Acaso pensase que mentían, y ninguno entendía nada, y asentían como el asno de Balaam?

Esperanza mató seguridad en él, pero le valió una nueva indulgencia. (La otra mujer podría decirle que esta indulgencia creció dentro de él como un parásito que llegara a ser él mismo, que le invadió, que le poseía totalmente, derramándose hacia los demás, cuando le había llegado su hora).

IV

FROILÁN dijo:

—Voy a llamar a Ágata.

Y Esperanza se sobresaltó.

—No.

Quiso decir: «No me dejes sola aquí».

Froilán insistía:

—Sin marcharme de aquí. Debe de haber teléfono.

Pero vio la mirada acorralada de Esperanza y se sentó en una de las butacas de gutapercha verde. Tenía ganas de fumar. Le parecía irrespetuoso y le desazonaba el deseo. ¿Hasta qué punto irrespetuoso?

Las butacas tenían los bordes gastados, se les veía la traína.

«¿Se habrá despertado Ágata ya? ¿Le habrán llevado la nota? No debí…».

Miró el reloj en su muñeca. Iban a ser las diez. Cunde la mañana cuando uno se levanta temprano. Su padre siempre decía: «Al que madruga…». Otros días estaba levantándose a estas horas, o duchándose en el baño. Le traían las niñas para darle los buenos días. ¿Cómo haría para llamar a Ágata? Debía venir. Esto sí lo sabía ahora de un modo certero, no solamente porque el muerto fuese su padre, sino por ella misma. Quería ver a Ágata allí, acercándose a su padre a través de la acogedora sencillez de aquel cuarto. Podía ser el cuarto de vivir de un hombre muy joven y ya austero. No había detalles de lujó, pero no era tampoco un cuarto pobre. Se adivinaban las cosas en función de algo —la vida, el estudio—, pero no sin objeto. No podía hallarse uno allí a disgusto. Era una habitación refrescante, con una alegría profunda. Esto era lo que chocaba al entrar con la idea del muerto. Alegría desde el árbol en

flor, con su penetrante, agudo aroma, desde los muebles lisos, encerados, y aquella butaca ligeramente vuelta hacia la pantalla de una lámpara de pie. «Ahí debía de sentarse Ventura…». El rincón grato, la lámpara preparada, corrido el mueble para que él pudiera, sin rodeos, pasar… Aquella suerte de gozo grave llegaba también desde los lomos vivos de los libros, en las altas estanterías de los lados, o de sus lomos de cartón blanco. Entraba por aquella ventana, abierta sobre un ancho y profundo Madrid que él había ignorado. Miraba uno al fondo, sin querer, buscando el horizonte en aquella serranía enjuta, castellana.

Cada uno tiene su propia vida, aquello era lo cierto. Su propio ambiente, su propio marco. Hay una secreta afinidad entre la persona y aquello de que se rodea para vivir. Froilán sintió que conocía un poco al Ventura, profundo y confuso, de los libros que él guardaba en el cajón.

Estaban dando las diez. Las campanadas sonaban en el pasillo cuando la casa pareció animarse, ponerse en pie. Hablaban por teléfono desde el cuarto de al lado, pared por medio, con voz baja que se adivinaba apremiante. Colgaron. Pasos ligeros en la habitación contigua: iban y venían, iban y venían.

«Debíamos marcharnos. Esa mujer tiene que venir aquí…».

Vio pasar por delante de la puerta abierta a la criada. Se levantó y se apoyó en el marco, mirando hacia el interior de la casa. Encendió un pitillo.

Hablaban en el cuarto de al lado. Casi un murmullo. Después, la criada salió, cerrando la puerta.

—¿Puedo hablar por teléfono?

Respondió, desorientada:

—Ahora vendrá el Padre…

—Pero ¿puedo usar el teléfono, diga? Tengo que llamar a casa…

La mujer corrió porque golpeaban con los nudillos contra la puerta. Froilán, molesto, iba tras ella —estaba decidido a llamar— cuando vio que avanzaba por el corredor un Sacerdote. Desde la luz no se distinguía bien la sotana. Eran hábitos pardos, con el cordón a un costado y la capucha a la espalda. Otra mortaja sobre las carnes de un vivo.

—¿Es usted…?

Debía de haber subido las escaleras casi corriendo, porque le

faltaba respiración.

—Buenos días, Padre.

Besaba los cordones, y le dejó paso hacia la habitación, mientras decía dudando si el religioso estaría en antecedentes:

—Soy su yerno.

El franciscano entró y se inclinó levemente hacia Esperanza. Después miró a la forma blanca en la caja y se santiguó. Rezó un responso a media voz, y su mano bendijo los restos. Esperanza sintió un gran temblor íntimo cuando la mano aquella bendijo con la Cruz. Se puso en pie, porque el Padre se dirigía a ella:

—Es usted su mujer, ¿verdad?

Y ella se echó a llorar. Sintió que unos brazos piadosos y firmes la llevaban hasta una butaca, y nada en ella se negaba ahora. ¿Dónde estaban su triunfo, su deseo de desquite, su rencor? Lloraba con la cara oculta contra la gutapercha verde de aquella butaca, antes suavemente vuelta hacia la luz. Lloraba con una formidable sacudida interior, como alguien le había deseado una vez que llorase: *arrasándose el alma*.

«¿Es usted su mujer?». Las sencillas palabras benéficas. La Iglesia le decía: «Usted es su mujer». Su puesto era aquél; había hecho bien en venir. Aquellas palabras la alzaban, la dignificaban.

El franciscano hablaba con Froilán, a media voz, para que ella oyese. Las palabras le llegaban entre sus sollozos:

—… Pensaba venir, quizá ustedes no estuvieran. Quedamos en que me avisarían. Quería decirles… Yo estaba con él cuando murió.

Esperanza levantó la cabeza conteniendo el llanto.

—¿Cómo fue? —preguntaba Froilán.

—Se cayó. Una cosa tan tonta… De esas cosas que pasan. La hora de Dios, no hay vuelta que darle.

Vio aquellas caras que iban preguntando sin decirlo:

«¿Se cayó? ¿Por dónde? ¿De qué manera?».

El Padre explicó con ingenuidad, alisando los hábitos sobre sus rodillas:

—Se había asomado a la ventana de atrás, sobre los Desamparados. Le pesó la cabeza, o se apoyó en los barrotes del balcón, y los barrotes cedieron, o fue él quien los arrastró en su caída… Eso no lo sabemos bien.

—Pero él… —preguntó Esperanza.

Froilán se levantó suavemente y dijo:

—Padre, ¿aquí no hay un teléfono?

El Padre contestó, sin detenerse a pensarlo:

—En la habitación de al lado.

Y continuó para Esperanza:

—Cuando yo llegué a la casa de socorro, él ya no podía hablar.

Vio la sospecha alocada saltando en aquellos ojos enrojecidos.

—Tenía conocimiento aún. Unos minutos tuvo conocimiento. Le absolví.

—Usted sabía que… Yo no sé si usted sabe que Ventura vivía…

La mano del Padre se posó sobre su brazo. Le dio dos golpecitos efusivos, como diciendo: «Hija, no hablemos de eso».

Esperanza se obstinó:

—Padre, esta mujer que estaría con él…

Vio que el Padre asentía.

—¿Cómo pudo absolverlo?… Esta mujer no era su esposa.

Era un rostro severo el del franciscano. La miraba ahora profundamente, fijo, recto. Un momento, fugazmente, pensó: «Ventura», porque, en un tiempo, había sido mirada así.

Después, el franciscano habló:

—Recibió la absolución, le digo. Pregunté: «¿Se arrepiente usted de todos los pecados de su vida pasada?». Tenía los ojos abiertos, conscientes, sin apartarlos de mi Crucifijo, que yo tenía en mi mano. «Bese la Cruz», dije. Y él, que no podía hablar, hizo un esfuerzo inaudito para presionar con los labios: yo lo sentí…

Aquella dura mujer queriendo regatearle su victoria a Dios… Se volvió hacia el muerto. La angustia de aquellos ojos dilatadísimos, al filo de la madrugada, que quisieron decirle tantas cosas. Los esfuerzos desesperados una vez, otra… Hasta que lo aceptó. Debía de ser un alma de temple: aceptó no poder decir aquello que aún podía pensar o sentir, pero que ya no pronunciaría jamás. Aquella ardiente lágrima que no era aún el llanto de la muerte, sino el último dolor exprimido yéndosele por los ojos. Él preguntó:

—Hijo, ¿tu caída no fue voluntaria?

Duro de decir, ciertamente. Le miró como si no entendiese bien, como si el conocimiento comenzara a apagarse. El Padre quiso darse prisa:

—¿Fue tu ánimo quitarte la vida…, suicidarte?

Vio la mirada de asombro, de rechazo.

—No, ¿verdad?

No contestaría nunca, pero supo que la mujer había dicho verdad al repetirle: «No, no, no lo hizo de intento. ¿Por qué había de hacerlo? Estaba trabajando…».

Y enjugó aquellas lágrimas, acariciando paternalmente el rostro destrozado de aquel hombre que moría solo, sin que la que le amaba pudiera asistirle con su ternura, sin que los hijos acudieran junto a su lecho.

Había estado a punto de contárselo a la esposa, pero aquella mujer, ¿resistiría la verdad? Podría decírsele…

—Ella, voluntariamente, me llamó. Me esperaba en la puerta de la casa de socorro, con la bombilla roja encendida sobre ella, apretándose las manos hasta hacerse daño. Me acompañó junto al herido. En un minuto —¡qué poco se necesita para resumir una vida!— me lo dijo todo. No estorbó la obra de Dios. Dijo: «Yo estaré aquí». Y me miró a los ojos. Como una niña que hace una promesa heroica, me dijo: «No entraré más». Y se puso de rodillas en aquel pasillo frío e inhóspito, con la cara oculta, pegada contra la pared que daba al cuarto donde el hombre estaba… Renunció a él totalmente. Supo la grandeza de Aquel que se acercaba por lo suyo, y no se lo estorbó. Se hizo a un lado, de rodillas.

Adivinaba el conflicto interno de la esposa. Se apiadó. Pena no poder decirle:

—¿A quién vas a pedir cuentas, mujer? ¿Quién te queda para pedir cuentas? ¿Un muerto?… ¿Una mujer? Tus palabras ya no pueden alcanzarla, no podrás herirla más de lo que está. Cualquier dolor que venga por él le causará un alivio.

Él había ayudado a Presencia a traer el muerto a casa en la ambulancia. Entre los dos le habían amortajado.

—Padre, si se pudiera…

No quería el aparato de la muerte. A Ventura siempre le había disgustado.

—*Es un acto más de la vida* —decía—. *Lo ensombrecemos nosotros*.

Con amor —con caridad, era justo decirlo—, Presencia cubrió con ramas florecidas de las rodillas para abajo, disimulando las rodillas hundidas y la rigidez de los pies. Trajo todas las ramas que

tenían en el comedor y en su cuarto, pero no tocó el jarrón sobre la camilla. La criada, temblando, se había refugiado en la cocina. Los vecinos dormían, ignorando que a aquella alta hora habían devuelto el cuerpo a la casa.

Presencia sirvió al Padre una taza de café. Después estuvo un momento ausente, y regresó con aquel pañuelo recién planchado entre las manos. Se puso de rodillas y se inclinó sobre el cuerpo. Le miró intensamente y le cubrió. No le tocó con sus labios.

El Padre le dijo:

—Siéntese, hija.

Y ella se sentó, en la butaca de enfrente, con las manos en el regazo.

—¿Quiere que recemos? Ahora estará ante Dios.

Y la mujer se escalofrió, sin levantarse. Volvió su cara hacia él, con los ojos cerrados, y se unió a aquel que amaba ante el trance del juicio. Expuso toda su vida de una manera lacerante y humilde, no hurtó su responsabilidad, no echó su peso sobre nadie. No le miraba a él: hablaba para Dios, a borbotones, con aquella voz rota y débil, para aquel Dios en Quien creía Ventura.

—Hija mía, ¿quiere usted que lo considere como confesión?

Ella se arrodilló, con los ojos cerrados, blanquísima.

Al oír las palabras preliminares de la absolución tuvo un salto atrás, un retroceso. Estuvo a punto de gritar: «¡No!», porque de súbito le pareció sangriento recibirla allí. Era preciso que él hubiese muerto para que ella pudiera liberarse en este sentido. Había sido necesario que él se rompiese todo y se deshiciese para que ella abjurase de aquella vida en común —«hace unas horas sólo, unas horas todavía»—, de aquella alegría compartida, de aquella generosa ternura. Una voz maligna se alzó en su interior: «Nada más muerto, corres a reconciliarte. Con él delante, casi caliente, tienes que decir, expresamente decir, que reniegas de lo que ha sido tu vida, que aunque él viviera no volverías jamás…».

El franciscano vio que en el momento sagrado iba a ponerse de pie, a huir, que una mueca de repugnancia hacia sí misma descomponía su rostro anguloso tan limpio de expresión.

—Él lo hubiera deseado —le dijo, con la mano alzada—. La mayor dicha para él, donde ahora está, sería poder presenciar este momento.

—Padre —le contestó Presencia con el rostro descompuesto—, aún no estoy preparada…

V

VENTURA había movido los brazos como un pájaro grande antes de abatirse contra la piedra de la calle. Había sido un movimiento casi alado, de grave vuelo, quizá para cubrirse y protegerse en la caída, quizá instintivo. Ella lo había presenciado todo desde las escalinatas, estrujando el paquete de fresas.

No hacía quince minutos que entrara en el comedor, donde él trabajaba con la ventana abierta. Había acercado al balcón una mesita, y escribía. Presencia sabía cuánto amaba el silencio y el olvido cuando trabajaba.

Se asomó al balcón del cuarto de estar. La primavera la desazonaba en su interior. Tenía treinta y seis años y aún sentía la primavera. Tardaba en llegar a Madrid. Iba infiltrándose lentamente en el calor del sol, en el color del aire, en aquella tierra seca, a lo lejos, desde la ventana, que se doraba, se abría… No llegaban las golondrinas porque aún hacía frío, y por las noches helaba. Tímidamente reventaban las flores en los macizos, y los árboles de la Plaza de Oriente y de los jardines de Bailén apuntaban unas hojas tiernas, mórbidas. No era cuestión de calor, la primavera. Densa, quieta, pesaba sobre la atmósfera, sobre el contorno de las cosas, sobre el horizonte. Pesaba el corazón. Presencia sentía un ácido y puro gozo sin causa al ver las hojas tempranas, el cielo que parecía descender sobre la ciudad, aproximándose, al aspirar fuertemente y sentirse invadida por aquel veneno suave y ardiente que estaba en todas partes y dentro de ella misma. Los niños vestidos de claro, en la plaza, tocaban gozosamente las campanillas del carricoche. El asno sacudía las orejas, espantándose las primeras moscas.

Presencia daba vueltas y no sabía qué hacer con su cuerpo y con su corazón. O sí lo sabía.

Entreabrió la puerta del comedor y vio la cabeza que, en la penumbra, parecía aún morena, inclinada sobre el trabajo. Por sus venas corrió, sin moverse, el aliento del hombre abstraído.

—Ventura…

Sintió un escalofrío de dicha.

Había momentos en que decir su nombre era ya un anticipo de ella.

—*Deja*…

El hombre se volvió un poco, sin mirarla, impaciente. Hizo «*deja*» con la mano más que lo dijo. Un pequeño gesto de apartamiento o derechazo. Ella se turbó y dijo de prisa:

—Bajo por unas fresas…

Ahora sabía que iba a hacer algo, y se puso a canturrear. No le dolía el leve gesto de fastidio del hombre porque apenas había tenido consciencia de él.

«Cómo trabaja… Se morirá trabajando así».

Se echó una chaqueta, buscó el monedero, y dijo, metiendo la cabeza en la cocina:

—Bajo por unas fresas.

En la calle hacía fresco. Sobre la calle estrecha, un cielo fuerte, despejado, con un vaho rojizo.

—Mañana tendremos buen tiempo…

Servando cerraba tarde la tienda. Más bien era un puesto flanqueado a derecha e izquierda de cestones de fruta. Alcachofas, espárragos, fresas… Una bombilla de cuarenta, pobre para aquel rico colorido, y la mujer de Servando detrás del mostrador. La mujer de Servando no acudía solícita a servirla como en los primeros tiempos, desde que alguien en el barrio averiguó algo sobre ellos… Pero él nunca quiso indagar si se hablaba y qué se hablaba. Lo ignoraba con su intrépida sonrisa.

(—Vaya, mujer, te digo que son cuentos. A algunas les echaría pimentón en la lengua. ¿Es que no la ves?

—Todo el mundo lo sabe. Y la mujer es una señorona con coche…

Servando se reía.

—Pues yo te digo que ésta no es mujer para un apaño).

Le daba alegría verla, menuda, con sus ojos sonrientes.

—Póngame unas fresas.

—¿Cuántas?

Ella sonreía, balanceando el mechón sobre su frente. Después, con sus manos pequeñas y delgadas marcó más o menos el tamaño del paquete. El olor de las fresas excitaba su corazón. Primavera… Primavera… A Ventura le gustaban las fresas. Le gustaba verla aparecer como si nada hubiese sucedido, como si él no la hubiese rechazado con la mano trayendo algo para él. Estaban caras aún, las fresas. Pensó: «No he aprendido nunca a ahorrar, quizá porque no nos ha sobrado nunca». Y sonreía. «Tía Luisa diría que hay que tomar la fruta a final de temporada». Pero ella no sabría nunca esperar el tiempo…

Servando preguntó:

—¿Ya pronto vendrá el chico?

Y ella apretó contra su corazón el paquete de fresas.

—En cuanto pase los exámenes. Pronto…

No le dolían las monedas en la mano de Servando, porque él le había dado algo a cambio: el recuerdo, la promesa del hijo.

Ventura estaría aún trabajando. No iba a subir en seguida, para no caer en la tentación de ir a él, de asomarse a la puerta.

Dio un rodeo. Bajó hasta la Plaza de Ramales, tiró por Pavía y sintió el olor penetrante de los árboles. Los portales desconchados y hondos de Pavía… Subió ligera las escalerillas que llevaban a los Desamparados, con el césped, los cedros y los álamos blancos a su derecha. La mano se le calentaba sobre el paquete. Le gustaba coger aquel camino para volver, que la obligaba a aquella ascensión misteriosa, con el farol a lo lejos, como el corazón de un amigo. Ya antes de llegar al pie de la manzana donde su casa estaba, le divisó inclinándose hacia la calle, queriendo adivinar en la penumbra la silueta de ella. Algo en ella cantó, de novia. Ventura…

Se había dado cuenta de su marcha cuando cerró la puerta, y ahora se asomaba a verla venir, porque sus palabras tiernas —eran tiernas para él—, «bajo por unas fresas», le habían quedado en el oído. Y ahora estaba estirándose un poco sobre el balcón, con la punta del cigarrillo en la mano.

«¿Por qué he tardado? Él me espera…».

Se detuvo un momento para verle bien. Ella, abajo, sobre el último peldaño, y él arriba, inclinándose como un ciego. Palabras que mil veces había dicho le cruzaron en varios sentidos, como

campanas: «No te eches tanto, que te vence la cabeza… Cuidado. El balcón es tan bajo… Cada día ve peor».

No pensó: «Se está haciendo viejo», sino que le sofocó la ternura por aquella nueva debilidad.

Él la había visto ya. No podían distinguirse las caras, pero se sonreían a ciegas, en la penumbra. Presencia oyó ruido de piedra, algo frío en el aire, un desgajamiento brutal. Por un momento pensó que era ella quien se caía. No pudo gritar. Apretó desesperadamente el paquete de fresas, clavada en su sitio. ¡Qué de prisa se cae!… Volvió al movimiento cuando oyó el sordo ¡plaf! del cuerpo sobre la calle. Corrió.

—¡Ventura!

Encima de él caían aún cascotes del balcón.

Alguna ventana se abrió. Acudió el chiquillo de la taberna. En la calle, minutos antes desierta y oscura, silenciosa y secreta, una calle para amantes, se formó un remolino de gente. Unas mujeres se llevaban horrorizadas las manos a la boca, retrocediendo un poco, sin dejar de mirar; otras se acercaban ávidamente, y quedaban como idiotizadas. Se había clavado la mandíbula hacia arriba, tenía seccionadas las piernas, erosiones en la nariz. Sangraba un poco. Un hombre dijo: «¡Una ambulancia!…», mientras Presencia se agachaba sobre la calle, se aplastaba contra ella a la misma altura que el cuerpo abatido, rodeándole la cabeza con el brazo, apoyándosela tiernamente en el hueco del codo. Ventura abrió los ojos.

—Querido… Querido…

La miraba pasmado, asombrado. Le hizo daño su mirada.

—Ahora te curarán… Vendrá la ambulancia.

Como a un niño. En el fondo, siempre le había tratado como a un niño. Ventura había sido para ella novio e hijo, hijo y novio, y nunca se había sentido totalmente amante.

Oyó que el frutero explicaba:

—Acababa de comprarme unas fresas…

Las palabras llegaban mientras ella estaba allí, sorbiendo la mirada de Ventura, que de nuevo se alejaba, se perdía, se hundía en la inconsciencia. «¡Quién me mandaría ir!». Si ella hubiese estado en casa…

La ambulancia llegó tocando la campanilla. Al oír la campanilla pensó: «Ventura se muere…».

Muchas veces, juntos por las calles, se habían cruzado con la ambulancia. Una vez, en la Plaza de España, ella le había dicho:

—Una ambulancia…

La ligera campanilla urgía, pedía paso. Ventura la miró distraído y se volvió hacia los jardines de Palacio. Pero Presencia no pudo evitar que se le ensombreciera la tarde.

«Llevan a alguien. Yo soy tan dichosa, y ahí va alguien tendido… Puede ser que sea sólo para una operación sin importancia, o alguna señora…».

Se apretó más contra el brazo del hombre. Era hermoso caminar juntos, sin hablar, llegando el pensamiento de él a ella por una extraña transmisión. «Vasos comunicantes», sonrió, apretando su pulso contra su pulso.

El coche estaba allí. Se había parado en la esquina de la travesía de los Canónigos porque no cabía en la calleja estrecha. Dos hombres con blusas blancas bajaron sosteniendo una camilla. El grupo se abrió.

Presencia dijo:

—Voy con él.

Ventura no pudo sentir cómo le recogían y le colocaban en las angarillas, tapándole la cabeza.

—Sin golpearle, por favor…

Y siguió a aquellos hombres que meneaban la cabeza con suficiencia.

Los vecinos les hablaban:

—Se le salieron los sesos…

—¿Cree que podrá…?

Una mujer chilló más alto que las demás:

—Si está una vendida, con estas casas que se caen por todos lados. Que no miran por uno…

Ellos andaban con su carga, con suficiencia, meneando la cabeza. Aquello no comprometía a nada. Encajaron la camilla dentro del coche.

—Cuidado…

Y se metieron dentro. Ella subió detrás, y uno de ellos cerró la puerta.

Pensó: «Un coche celular. Qué tristes son estos coches». Y luego: «Vamos a ser castigados».

No se refería a cárcel alguna. Se inclinó sobre él. Dijo, volviéndose a los hombres:

—Sigue sin sentido…

Los hombres la miraron como si fuese tonta. Uno metió la mano debajo del blusón blanco, sacó una cajetilla y ofreció a su compañero.

La Campanilla… Estaba sonando la campanilla. Partía de allí al tañido, de ellos mismos.

En la calle, los coches aminorarían la marcha, el guardia de tráfico alzaría una mano dándoles paso con el brazo del guantelete blanco. Un silbido. Los enormes autobuses cederían el sitio, y alguna persona —quizá una mujer joven y tierna— apretase el brazo de su marido, al pasar.

VI

FROILÁN giró la manilla de la puerta, asomó la cabeza, y dijo:

—¿Se puede?

Una mujer había entreabierto aquella puerta, la víspera, casi del mismo modo. Una mujer que se sintió plena de primavera y que quería transfundirla a un hombre. Una mano se había alzado, y había dicho antes que la voz: «*Deja*». Y donde el hombre estuvo sentado, escribiendo sobre unas cuartillas, la mujer se inclinaba ahora, absorbiendo, devorando las palabras últimas escritas con apretada letra.

Se levantó como si llegase de otro mundo y tomase contacto con la tierra. Achicó los ojos, ladeando la cabeza, y dijo:

—Por favor…

La voz de la mujer era feble, llena de aire. El aire se llevaba, envolvía el final de las palabras.

—Quisiera dar un recado por teléfono.

Los ojos de ella indicaron el aparato sobre una librería baja, al lado del aparador.

—Perdone…

Evitaba mirarla, apurado. «Qué baja me ha parecido. ¿Será ella?».

Presencia volvió a sentarse delante de la ventana. No cogió los papeles dispersos. Dejó caer las manos sobre ellos y era aquél un contacto amado y necesario.

—¿Eres tú, Ágata?

El nombre que Ventura había callado, cuyo silencio roía la paz. Era tan fácil, sin embargo, ahora… Descolgaban el teléfono y decían: «¿Eres tú, Ágata?». Pero no era Ventura quien llamaba.

Hablaba Froilán, ligeramente apoyado sobre el aparador,

haciéndose pantalla con la mano. Desde allí, frente a él, vio a través de la ventana cerrada el mismo paisaje del cuarto contiguo, y los barrotes… los ladrillos como muñones. El balcón roto le fascinó.

—Yo iré a buscarte dentro de media hora.

Por el cordón negro del teléfono subía hasta el auricular de la casa —la casa de Ventura— la voz prohibida como un bien negado. ¿Habría tenido alguna vez el padre la tentación de descolgar, marcar y decir: «*Oiga*», para ver si escuchaba la voz que ahora sonaba, cuando ya no podía oírla?

La muchacha no tenía ganas de venir. Se adivinaba en el sofoco de Froilán, arreglándose el nudo de la corbata, mordisqueándose los labios, procurando acallar con falsa voz firme las palabras de disgusto, o, ¿quién sabe?, fingiendo que le hablaban donde no había más que silencio.

«Tanto como la quisiste… Tu hija sabe que has muerto y no le importa. Venir o no, verte o no…». Mejor no haberles avisado, ahorrar aquel último dolor. ¿A quién?

Ayer me pareció un momento, cuando te iba a cubrir, que te habías inmolado, no voluntariamente… Un día me dijiste, sin previo aviso, como tú decías las cosas:

—*Sólo pido a la Providencia, cuando ya no me necesites, liberaros*.

No dijiste «liberarte»; y entonces pensé que era por el hijo y por mí. Y te dije:

—¿Liberarme, de qué?

Y tú sonreías tan dolorosamente, y al mismo tiempo como gozoso, como quien ha llegado a un convenio. E insistí:

—¿Libertad sin ti?

Y te agarraba por la cintura, estrechándote. Y tú dijiste de manera muy suave, aquella penetrante manera de hablar que calaba hasta el alma:

—*Está bien, Presencia*.

Y supe que cancelabas lo que me habías querido decir, porque yo no comprendía. Pero nunca comprendería, por años que viviese, si aquello era esclavitud y esto liberación… ¡Oh, sí! Lo horrible es que lo comprendo, y que tú lo dijiste… Eso es lo horrible. Yo, que lo había negado…

Todas las muertes son una señal oculta para otra persona. Se

muere para alguien y por alguien. Siempre hay alguien que muere con el muerto, alguien de quien llevan algo a enterrar en vida. «Cuando dijiste: *liberaros*, no pensabas sólo en nosotros dos. Acaso en tu mujer, o en Ágata…».

Apretó las manos debajo de la mesa, hincó los dedos unos en otros:

«Tiene que venir Ágata. Debe venir aquí. Yo no saldré. No iré al cuarto. Pero tú ¡ven, ven! ¡Una sola vez, un minuto sólo!…».

El fluido de un alma más veloz que la luz, que el sonido… Froilán decía:

—De acuerdo, paso a recogerte. Sí, tu madre está aquí…

¿Qué estaba pensando la otra madre? La muchacha que iba a venir había nacido del mismo Ventura que le dio un hijo a ella… A unos pasos estaba el seno que había concebido a la otra hija…

Se puso en pie, porque Froilán había colgado y miraba de nuevo hacia la ventana. Sus ojos preguntaban: «¿Por ahí?», aunque no hizo comentario alguno. Algo de Presencia, más fuerte que el gesto o que la voz, le retenía, no le dejaba marchar.

—Es usted su yerno, ¿verdad?

Las palabras eran vacías y estúpidas, pero aliviaban.

Froilán notó que aspiraba los finales al hablar, como si aquel pecho débil no contuviese aire suficiente para insuflarle fuerzas. Llevaba una falda de pana negra, escurrida de caderas, y un suéter cerrado. Los pechos apenas levantaban el punto del jersey.

—Sí.

Ella se apartó de la mesa, hacia él, y vio las piernas flacas. «Insignificante. Desvaída. La mujerona…». Y estuvo a punto de reír. Absurdo. Le habían contado que había un hijo de ellos. ¿Aquella mujer, un hijo?… No tenía tipo de madre. Una tontada, pero una mujer así imaginársela teniendo un hijo, amamantando a un hijo…

Ella apartó, en un gesto que debía de serle habitual, con el índice ahuecado, el cabello, despejando su frente. Tenía unos ojos estrechos y profundos de mirada lejana. Súbitamente, él reconoció cierta afinidad entre la manera de mirar de aquella mujer, su misteriosa serenidad, y hasta sus mismos gestos precisos y armoniosos, y los libros de Ventura. Oscuros y resplandecientes, los libros de Ventura.

Vio las manos de ella buscando entre los papeles en que antes se

apoyaba —ahora podía ver que era una escritura de hombre pequeña y concisa— y cogió una cartera muy usada.

—Los llevaba siempre consigo.

Y le tendía unos recortes doblados. «No me mires, no me mires. Es Ágata. ¿Él llevaba estos recortes?».

Los miraba, desconcertado. Ágata, vestida de novia, en escorzo. Los dos, salieron de la iglesia. Él se inclinaba hacia Ágata y reía. Se acordaba de qué reía. (Papá sacó el uniforme de la caja. Le estaba prieto. Olía a naftalina. Todo el tiempo en el reclinatorio había sido un olor apestoso y fuerte. Ágata se había aguantado, hizo que no lo notaba porque era el padre de él. Dicen que la naftalina…). Y a la salida se reía mirándola.

—Y ahí…

La noticia en *ABC* del nacimiento de las gemelas. Las nietas… El abuelo, que nunca se lo oyó llamar, guardando aquel pequeñísimo recorte porque llevaba impreso el nombre de dos niñas desconocidas que eran sus nietas. No las había besado. No sabía cómo olían a barquillo y a sal. Las niñas no habían mirado nunca, con su graciosa seriedad, a un hombre alto y desgarbado que no sabría jugar.

Froilán estaba conmovido y no lo ocultó. Entregó su mirada empañada a la endeleble mujer, como si su emoción pudiera aliviarle de aquel dolor sin fondo que era ella misma: ojos, boca, manos, cuerpo, y la misma voz. Como si el dolor hubiese tomado forma humana y se moviera en ella y mirara a través de ella, que no lloraba. Que le sonreía. Halló el valor en alguna parte de su delgado cuerpo para sonreírle, ¿o no se dio cuenta? Y dijo dulce, cansadamente, como si la dulzura y la fatiga fuesen continuación de un estado interior:

—Le hubiese gustado conocerle.

Froilán se sintió responsable de algo, de un daño o de una omisión. Contestó:

—Todo ha sido una desgracia.

No hablaron más. Estuvo unos momentos frente a ella, en silencio, olvidando que tenía los recortes en la mano. No pesaba el silencio; les unía.

Después, Froilán dijo:

—Muchas gracias.

Y se iba ya, cuando retrocedió y vio que ella no se había sentado. Continuaba mirándole, pero cuando él se volvió no se volvieron sus ojos con él. Los dejó donde estaban.

—Perdone, si necesita algo…

¡Ah, qué podía necesitar ya! ¡Qué podía dársele a una mujer así, ausente, transviviendo una vida que no era la que fluía por sus venas, como quien abandona una piel vacía e inservible!).

Presencia apartó las palabras con un leve ademán:

—Gracias.

Era casi una sonrisa.

—Pero —insistió Froilán, que cuanto más le apuraba decirlo, más quería aclararlo— estos gastos… Mi… suegro, en fin.

—No hace falta nada. Ya está arreglado todo.

La sonrisa atenuaba la repulsa, no altiva, pero firme. Froilán deseó preguntar:

—¿Y usted cómo queda?

(No era una mujer para enamorar: era una mujer para amarla, para ocuparse de ella).

Y Presencia, súbitamente, recordó algo; algo oscilaba en ella y la sacudía de prisa, de prisa, alertándola.

—Les habrá dicho el Padre… Quería decirles… Mi hijo llega en el tren de las once.

Se atropellaban las palabras al hablar. En el ansia se le coloreaban los delgados pómulos.

—Me gustaría estar solos cuando llegue. Su padre…

Se calló porque la voz le fallaba. Volvió los ojos hacia las cuartillas sobre la mesa.

—Lo arreglaré. No se preocupe.

Él no sabe nada…

Froilán no preguntó: «¿De qué?». Se miraban como si no se vieran bien y quisieran verse totalmente, conocerse de una vez para siempre a través de los ojos, de los rasgos… Y a Froilán se le reveló cuánta belleza puede ascender a los hombres desde dentro, transfigurando la forma. Una suerte de humana belleza desgarradora.

—Dígame: ¿Ventura dijo algo…?

Ella no comprendía.

—¿Nombró a su hija o a…?

Presencia apoyó la mano sobre el pecho.

—Fui yo quien avisé. Me pareció que era necesario…

No se atrevió a decir: «Creí que sería bueno para ella. No lo razoné. Alguien me dijo: *Llámala. Debe venir y verle*… Quizá la voz me vino de Ventura, en el cuarto de al lado, aunque ya no viviese. Cogí el teléfono y llamé».

Froilán estrechó su mano helada. «No ha dormido. Parece una muchacha. Está aterida».

Y se dirigió a la puerta. La cerró suavemente, como si el muerto estuviese en aquel comedor, no donde estaba.

VII

PRESENCIA se sentó y miró hacia las cuartillas.

Las veía ahora borrosas, temblando. Las letras pequeñas, cubiertas de su propia bruma. (Tienes letra de colegial). No. Era una letra diáfana, escueta, que temblaba a través de la lágrima al borde de sus párpados.

«Un buen chico. Es un buen chico, Ventura…».

De aquello habían hablado siempre así, en silencio. Desde que estaba Asís para nacer, el hombre no volvió a nombrar a Esperanza o a la niña, y sin embargo permanecieron entre ellos. La niña sobre todo.

Llegó al convencimiento de que Ventura se casaba por el hijo que iba a nacer. Desde el día en que dijo: «*Nos vamos a casar, Presencia*», la hizo responsable de su propia decisión. Ilógico, pero así fue. Permanecían grandes ratos en silencio y él no la miraba, como si su vista le irritase.

«Es injusto. Ahora, precisamente…».

No la rozaba, no la tocaba. «Volver a lo de antes… Aunque nunca me hubiera besado, aunque nunca me hubiera tenido…». Al anochecer la acompañaba hasta la casa donde vivía provisionalmente con una amiga, compartiendo su cama, y antes de irse, en el portal, de prisa, le rozaba el pelo con los labios.

—*Nos vamos a casar*.

Lo había dicho de una manera seria y distante, sentado frente a ella, en aquel cuarto de la pensión. (El cuarto era como una bóveda; pensaba en él como en una alta bóveda, no sabía por qué). Y su primer impulso fue rechazarlo. Ventura la miraba agudamente. «¿Por qué me miras así, como si te inclinases sobre un problema?

No soy un análisis sobre un papel. No se mira así a una mujer que lleva una criatura tuya en el vientre, Ventura».

Dijo, a la defensiva:

—¿Por qué?

Se puso a dar grandes paseos por el cuarto. (Se ha levantado de prisa, como conteniendo una protesta. Le ha chocado. No era lo que debía decir: «¿Por qué?». Pues, sí, te lo pregunto: ¿Por qué nos vamos a casar? A casarnos, ¿cómo? Tú no crees en eso, y a mí me tiene sin cuidado. No te voy a dar menos ni a darte más).

Arriba y abajo, abajo y arriba del otro lado de la mesa. Y fumaba. El cuarto se llenaba de humo. Presencia sintió que se mareaba.

«¡Que pare de dar vueltas!».

Tuvo ganas de volverse y gritar: «Estate quieto». Se irritó. Le picaban los ojos. «Mi hijo…». Y le dolió por primera vez.

Ventura se detuvo frente a ella y le preguntaba:

—¿Realmente no te importa? ¿Te das cuenta de lo que dices, Presencia?

Y ella empezó a verle borroso, borroso —como su letra ahora, quizá por eso se acordaba— y le pareció que su boca le crecía, gesticulaba… un vahído. Buscó el respaldo de la butaca para apoyarse. Algodón. Blando y se hunde. «No quiero irme. ¡Ay! ¿Qué me pasa? No me importa. Se acaba todo. Me voy».

Amortiguada, próxima y lejana, acercándose y alejándose, la voz de él, cálida, diciendo algo precipitado junto a su oído.

«Apártate. Déjame respirar».

Fresco en la frente. «¡Qué delicia! Continuar…». Poco a poco, igual que si le mirase con lente de aumento, las cejaste él, los ojos, los poros de las mejillas, la nariz larga, los labios…

Le pasaba la toalla mojada por las sienes. Sonrió.

«Que dure mucho —éste es Ventura—, que no se acabe. No quiero lo de antes…».

Alzó los ojos dispuesta a decirle:

«No me quiero casar. Tú no crees en esto, y a mí me da lo mismo».

Pero él parecía preocupado, pendiente de ella, con tanta ansiedad que rechazó cualquier palabra que los separase de nuevo. El roce seco de sus dedos en la barbilla. Decía:

—Quiero que seas mi mujer, criatura. Es lo único que puedo darte.

Y ella no quiso negarle aquel consuelo de dar. (Le había dado tanto… Había descubierto el mundo y la vida por él. Gracias a él tuvo la sensación de construir algo, inconsútil y abovedado, solemne y lleno de gozo, ardiente y puro. Él limpió su vida de las pequeñas miserias de los demás).

«¿No te obligan las circunstancias?». Porque él sabía desde la víspera que la habían echado de casa.

La acompañó como siempre, y se despidieron esquina a Yeseros. A ella no le gustaba que llegase hasta el portal. Cuando iba a torcer por la calle de Don Pedro… Angustia y rubor haber tenido que recurrir a Valle, tanto como la había despreciado íntimamente por su turbia vida, y porque no la recataba. Tenía un cuarto alquilado en la calle de Don Pedro, y era a la única a quien podía contársele lo sucedido, aunque lo interpretó de una manera desenfadada y falsa. «Mujer, hoy por ti y mañana por mí… Mientras buscamos otra cosa diré que eres mi hermana». Presencia con todas sus fuerzas lo rechazaba.

No podía dormir, con su cuerpo expectante y el corazón tan pleno, y la pesada respiración de la muchacha al lado le daba náuseas. Era una cama estrecha para dos. Tenía que agradecérselo.

—He dormido divinamente; no abultas más que una niña.

Se había hecho pequeña, casi contra el borde del jergón, sin moverse. «Estoy aquí por ti. Estoy así por ti». Era una manera de quererle.

«Estará durmiendo, bien ajeno…». Una sensación de desgarradora ternura.

El cuerpo de la muchacha olía a un perfume pegajoso. Sentía náuseas. «Ha sido buena conmigo. No se puede juzgar». Dejaba la ropa tirada. «¡Qué ganas de vomitar, Dios mío! Voy a pensar en otra cosa. Ventura…».

No había dejado de pensar en él.

Cuando iba a torcer por la calle de Don Pedro sintió que la cogían por el brazo y antes de volverse supo que era él.

—¿Dónde vas?

Sonreía, divertido, pero cambió la expresión al verla tan atrozmente turbada.

—*¿Qué pasa, Presencia?*

—No tiene importancia. Algún día tenía que ser. Desde pequeña les pesaba…

Se había puesto lívido; él podía tener aquella expresión de persona golpeada y culpable al propio tiempo. «No quiero verte más esa cara. No es la tuya».

—Si no ha sido por eso… Se han agarrado a eso porque les convenía. El tío se dio cuenta y no acerté a mentir, ni siquiera lo intenté. ¡Tantas veces les he oído hablar de estas cosas sin darles importancia!

Vivía con sus tíos, desde que murió su madre dejándola definitivamente huérfana.

—De pequeña me soportaban. Ayudaba a tía Luisa al volver del Instituto. Ellos sólo tenían varones. ¿Cómo pueden ser tan crueles unos niños? Me decían en la mesa, delante de sus padres. «Tú estás aquí por caridad». Lo habían oído alguna vez y lo repetían. Yo tenía once años y no me dolía nada de lo que dijeran, porque me divertía la casa de los tíos. La casa de mamá era tan triste, siempre enferma, siempre con aquella voz doliente llamando por mí. No podía jugar, no podía escaparme un momento de casa, a estar sola, simplemente. «¡Presencia!…». Después me daba pena impacientarme y me imponía castigos a mí misma: leer en alta voz una hora más… Cuando el tío me dijo: «Vivirás con nosotros», me invadió una sensación de cariño. Me habían llevado algunas veces a comer con ellos, con los niños en la mesa, alborotando, reclamando, y tía Luisa con tanta paciencia… Entré en la casa henchida de cariño.

Y, sin embargo, no fue una niña pesimista o melancólica. Al contrario, su madre movía la cabeza sobre la almohada:

—No sé cómo tienes humor para andar siempre riéndote y cantando. ¿No ves cómo estamos, la vida que te espera? Deberías sentirte ahogada. Muchas veces no sé si desear para ti… Si fuera mejor desear…

Presencia volvía de la calle con la cara roja de frío y los ojos maravillados. Descubrió el truco de ir a misa a diario.

—¿Dónde vas a estas horas, niña?

—A misa, mamá.

—Sí, hijita, reza por mí.

Un día le dijo:

—Mira, si supiese que entrabas en el convento, me moría tranquila.

(Vivir con Ventura era como un claustro. Un claustro largo con arcadas esbeltas y símbolos, y el sencillo y pobre huerto al lado… El pozo tenía un agua honda, siempre fresca, aunque fuese verano. La hora del hombre era el mediodía).

Presencia apenas entraba en la iglesia un minuto, para justificarse y no huir los ojos de su madre al contestar, y salía a la calle, disfrutando de su libertad el tiempo calculado para la misa. Ya durante toda la vida le gustó pasearse al amanecer, sentir el fresco mañanero sobre la cara, mirar —palpar con la vista, atravesarlas, poseerlas— las calles y las casas, verdaderas en una hora sin turba, sin motores. Todo era hermoso, sencillísimo y lleno de un mágico significado a aquellas horas. Ella entonces no sabía que no son horas de vicio o mano armada o sucio contubernio. Más bien horas en que acaecen alumbramientos y muertes, se emprenden viajes o se duerme aún, o se duerme entonces. Todos esperan, sin confesarlo, la sorpresa del día nuevo, de las horas desconocidas por vivir.

Tenía que contenerse para no cantar cuando subía las escaleras. ¡Qué buena la vida!

«¿No ves cómo estamos? ¿La vida que te espera?…».

¡La vida que me espera!

Se detenía un momento, robando todo el aire que podía antes de entrar en casa.

La enferma, con su cuarto oliendo a sudor, a larga enfermedad. Presencia pensaba desesperadamente, porque le parecía que algo se le escapaba y quería correr delante de ello, apresarlo:

—Sí. La vida es buena.

Un gran impulso la acercaba a quien no disfrutaba de ella. Entonces le resultaba fácil atenderla sin impacientarse, peinar el cabello terne, ayudarla a cambiarse el camisón. «La vida es buena y hermosísima. Como un amanecer. Como el día por la mañana…».

Lo primero que hizo su tío cuando la llevó a su casa, al morir su madre, fue reconocerla por la pantalla, en el cuarto a oscuras, con un leve escalofrío al desnudarse y la lucecita roja, amortiguada, del pupitre de mandos.

Las manos del tío en la penumbra —le brillaban las gafas—

cogiendo el cuerpo de la niña, oscilándolo de una parte a otra para observarla. Tenía las palmas ásperas y rugosas. Tía Luisa estaba a su lado, con la ropa en la mano, y miraba curiosa y divertida:

—Cómo se ven las costillas. Esta niña está enclenque. El corazón… Presencia, si te vieras el corazón…

Cuando el tío encendió la luz, dictaminó con sorpresa para todos:

—Perfectamente sana. Solamente está retrasada en su desarrollo.

Las malas caras empezaron en las épocas de exámenes. Los primos estaban a media pensión en buenos colegios, y les suspendían. Ella, en el Instituto, pasaba el curso. No sabían bien cómo se producía el milagro, porque en verdad apenas estudiaba: no podía sujetarse a la lección, y se distraía cuando escuchaba. Uno de los primos tenía su misma edad. Tía Luisa decidió, apretando los labios:

—Mira qué bien. Ya que tú lo sabes, le repasas las lecciones este verano.

Por suerte, el primo se negó, humillado, y Presencia pudo corretear por las calles y llegarse al viaducto, e inclinarse sobre el puente. Tenía amigas, compañeras de clase, y la querían. A veces le asombraba que la quisiesen o descubrir un interés hacia ella de alguna de la que no lo esperaba. Iba siempre distraída y como al margen.

—Presencia, ¿a dónde te has marchado?

Se reían, viéndola con aquel gesto resuelto y apasionado.

—¿Contra quién peleas?

No peleaba. Iba al encuentro de algo, más menuda que todas, pero incansable, resistente. No podía concretar en qué iba pensando. Ráfagas.

En verano no le importaba andar al sol, camino del Manzanares; las otras muchachas se anudaban pañuelos a la cabeza, A algunas les favorecía, pero a Presencia le gustaba tocarse el pelo achicharrado.

—¿No te hace daño el sol en la cabeza?

Entumecida y anhelante. «En algún lado existe algo maravilloso, capaz, que me va a llenar totalmente, que va a romperme de felicidad. Algo me va a pasar. Me va a pasar algo grande».

A veces salía sola y no sabría explicar dónde estuvo o qué hizo.

Andaba una calle, luego otra, se enredaba en ellas, de una a otra, de una a otra…

«A ver aquí».

¿Qué podía salirle al encuentro desde detrás de un rincón oscuro, al volver la esquina de aquella calle quebrada, desde el fondo de un portal profundo y fresco?

«Dentro de un momento vuelvo».

Y seguía, seguía, hasta rendirse. Notaba el cansancio a la vuelta.

Pocas veces le preguntaron dónde había estado. Presencia sabía, de todas formas, que si lo hicieran mentiría. Estaba dispuesta a defender aquella salvaje soledad, aquella independencia ansiosa de cualquier curiosidad o compañía ajena. Pero la dejaban hacer su vida, sin inmiscuirse apenas. Tía Luisa no le preguntaba: «Niña, ¿vas a misa?», porque tampoco ella iba, ni su marido. El primer domingo que tropezó en el pasillo a Presencia, quitándose la mantilla, pretendió justificarse:

—Tu tío trabaja tanto toda la semana. El único día libre que tiene… Y yo, por no despertarle… Antes es la obligación que la devoción.

Presencia, que no conocía a Dios, que iba a Él, mecánicamente, enviada, se alegró de no tener que fingir.

Huía la casa. Adivinó que tía Luisa se había arrepentido de su primer impulso al recogerla. «Una niña… Me ayudará». La libraba de su presencia. La gente del barrio la veía salir desde por la mañana al Instituto con la cartera de estudiante bajo el brazo, siempre con aquel aire de alegría cuando la saludaban o si alguien le sonreía al pasar. «Pobre niña. Sin madre. Anda como un perrico…».

Como un perrillo callejero olfateó la huella, ignorando que, a tientas, iba apartando cuanto la separaba de su destino.

Más tarde, Ventura había dicho: «*Afinidades electivas. Es más, afinidades secretas. Tú y yo no podíamos menos de encontrarnos. Hemos ido el uno al otro, pese a las revueltas, pese a las calles y las gentes, y los años y la vida, guiados por un instinto certero, o por la fuerza de nuestro espíritu, hasta encontrarnos*».

Tía Luisa, dijo:

—¿Filosofía y Letras? A todas os da por Filosofía y Letras. ¿De qué os sirve? Tiene pocas salidas. Cuánto mejor Comercio o

Farmacia.

Nada le anunció al entrar en la Universidad de San Bernardo que estaba llegando ya. (Caliente. Caliente. Te quemas). Había elegido Filosofía y Letras sin saber, porque le repugnaba el Comercio y la Farmacia, y le gustó el aire viejo de la Universidad, su aire, incluso, sobado por tantas generaciones de estudiantes. Sentada en el aula, escuchando la lección de principio de curso —hablaba el profesor—, Presencia miraba distraída las paredes, las ventanas, de reojo a sus futuros compañeros. Palabras sueltas, en un tono tranquilo y penetrante:

—Esto no va a ser lo que se entiende por lección, en que yo enseñe y vosotros escuchéis. No tengo nada que enseñaros si no está dentro de vosotros mismos. Hablaré para vosotros e iréis dándome la pauta; en vosotros está la clave.

No podía distraerse ya, ni evadirse por dentro. Retenida por las palabras mismas, no por su tono.

—No os voy a ordenar que estudiéis ni a señalaros lección: estaréis conmigo si lo deseáis, pensaremos juntos, dialogaremos. Aunque sea yo quien hable, será un diálogo entre vuestras mudas preguntas —el sentido de la vida, la duda, la cultura— y mis palabras. Profesor es el que conduce, el que aduce, para que vosotros deduzcáis…

Le pareció que se encontraba a sí misma, con un choque agudo. Que se hallaba, por fin, dentro de su propia piel, no evadiéndose. (Quería algo extraordinario y nuevo, joven, porque lo que sabía era viejo y caduco, sin nervio y sin entraña, no servía). Quizá no fuesen extraordinarias las palabras, quizá fuese la voz lejana y próxima, entrando dentro de ella, gota a gota, como cera sobre una mente virgen:

«Pre-sen-cia-se-ré-na-te».

Así conoció a Ventura.

Había varias chicas enamoradas del profesor. Se lo contaban unas a otras, sofocadas, sin esperar nada de él. Ninguna faltaba a la lección. Aguardaban a la entrada de la Universidad para acompañarle por los pasillos hasta el aula, y algunos muchachos le seguían también. Se formó en torno al profesor de Filosofía un clima exaltado. Presencia estaba siempre en clase cuando él llegaba,

y se ponía en pie. Le recibía así, en pie, sencillamente, y él pasaba sin verla, con su sonrisa distante. El muchacho que había traído su cartera la posaba sobre la mesa. Y Ventura hablaba despacio, sin alzar la voz —un tono de confidencia que prendía desde el primer momento—. Parecía a cada uno que hablase para cada uno, escandiendo las palabras con golpes rítmicos de sus manos enlazadas sobre el borde de la mesa. Miraba a todos y no miraba a ninguno. No era brusco, ni tajante, ni dominador. Se diría que, mientras iba hablando, él mismo descubriese lo que decía: los ojos buscaban más allá de ellos, o se detenían en ellos, interrogándoles.

Lo primero que sintió Presencia en clase fue una sensación de hallazgo:

«Vale la pena vivir, sufrir y hasta morir. Todo tiene un sentido, todo podemos hacerlo nosotros, transfigurarlo nosotros. Existe un amor puro que todo lo transforma: el arte. Leyes matemáticas. A mí no me gustan las matemáticas, tan lúcidas y frías, pero así es otra cosa, aplicadas a la vida. Esto sí está a mi alcance: dar un sentido, una proporción armónica a nuestras vidas. Ser arquitectos de nuestras vidas».

Le pareció un hombre triste y de una serenidad maravillosa.

—Está casado con una mujer guapísima, muy rica. Pero se separó de él.

Sus discípulas lo habían averiguado. Querían saber todo de él, acuciarle. De todos lados llegaban noticias. Presencia pensó: «Pobre», y sintió un impulso de acercamiento, pero cuando volvió a verle a los dos días en clase, con su rostro espiritual y lejano, supo que no podía decirse: «Pobre», y pensó: «Pobre ella…». (¡Un hombre así, Dios, un hombre así!).

Menuda, oculta por el alumno de delante, más alto que ella, escuchaba tendida, con la barbilla alzada. (Aquel irrazonable gozo, temblándole, delgado como un punzón y agudo. Siempre lo sentiría en adelante, hasta la misma víspera —era ayer aún— subiendo con sus fresas como una ofrenda de menudos corazones enrojecidos, viéndole inclinado hacia ella, desde el balcón).

«*Prevalece el espíritu, aunque la carne sirva de apoyatura*». Era cierto. El amor de ella se había corporeizado en tantas pequeñas cosas que nada tenían de goce, y sí tanto de gozo. De fe: neófita que hunde sus pies en las aguas limpísimas de un Jordán y siente bajar

sobre sí una luz vivísima, tocada de gracia. Ideas presentidas, intuiciones larvadas que él expresaba en alta voz, concretándolas. «Estaba a punto de llegar a eso, por deducción. No lo he pensado nunca, pero estaba, lo sentía…».

Su amor era, simplemente, alentar cerca de él, tenerle por compañero. Poder decir: «Ventura» y que él volviese hacia ella la cabeza. Caminar a pasos perdidos —no más sola, de una calleja a otra, anhelante— sino juntos, sin pronunciar palabra y sabiendo que sus pasos se aunarían al enfilar las calles, sin ponerse de acuerdo. Y deteniéndose —aquel leve apretón en el brazo— como si estuviesen solos, absoluta y puramente solos en el ancho y magnífico inundo de Dios. También Ventura debía de sentir aquella exaltada soledad, pese a las gentes que pasaban, las voces que salían de las tabernas, los gritos de las mujeres desde las porterías, o las ventanas abiertas… Solos los dos abriéndose paso entre una apelotonada multitud para tomar el metro. Pero ella buscaba la soledad como agosto el agua: centro menudo, pequeño de soledad, para sentirse abarcada, limitada por el que la ayudaba a no limitarse, a lanzarse más lejos, hacia arriba, a lo ancho, a lo largo; y la soledad de él —él mismo lo dijo— era hacia los demás, entregándose: atento a todas aquellas respiraciones humanas, risas broncas, rictus crueles, son risas enajenadas, rostros acosados, joviales inconsciencias; percibiendo, en el delgado tacto de sus dedos, la pulsación de aquella pobre y enloquecida masa humana, aquella turba hacia un matadero desconocido, que miraban por los cristales del vagón hacia el túnel —por las vías del mundo iban vagones enrejados, y los terneros asomaban los belfos mugientes y los ojos húmedos— y se adivinaba, observándoles, que se sumergían en un nirvana secreto, particular, cada uno el suyo, porque lo necesitaban para seguir viviendo, para no perder la fuerza de tirar de su carga hasta el final.

Dejaban el metro en Ópera, y Presencia pensaba mientras cruzaban los corredores de azulejos, las garitas de las funcionarias que picaban el *ticket* del sombrío y ululante viaje: «Ahora. Ahora». Cuando llegaba arriba de las escalerillas y veía encima el cielo, y enfrente suyo la plazoleta cuadrada con cipreses, y la estatua de Isabel II de espaldas, carnosa de lomos, recogiéndose el bronce de la cola al brazo, sentía una vivísima impresión de libertad, de forzado

que escapa a sus cadenas. «Ventura». Se apretaba contra él. Él surgía al día o a la noche, al aire libre, con aquellos ojos distraídos, incontaminado. Nunca le preguntó: «*¿Te da miedo ir en el metro?*», porque sabía que no era eso. O sí era miedo, pero no de aquella travesía por lo oscuro. O era miedo precisamente de la travesía por lo oscuro, no de aquella electricidad potente que les llevaba a su merced, que en un momento podía detenerse o jugarles una mala pasada contra otro metro… Era miedo de la travesía por lo oscuro, y de la electricidad potente, de todo cuanto no era humano y, sobre todo, de cuanto había de humano dentro del metro, en las aceras del metro. Siempre le parecía que algo se representaba: la luz desnuda, los anuncios. (¿Para quién anuncian?). Los hombres con sus cazuelas de comida o sus carteras de empleados, las jóvenes y las mujeres mezclando sus perfumes y sus olores, piafando… Miedo de ser cogida en la redada humana, de tener ella algún día aquella mirada angustiada o codiciosa. Ojos que reprochan duramente, desenfadadamente. Mandíbulas secas, que habían olvidado la distensión de la risa. Falta de alegría, era eso lo que dolía a Presencia: estaban curtidos, endurecidos por el dolor, y una vez oyó a un hombre grueso —y ella creyó que jovial— que tarareaba, mirando con sorna a los demás. Y otro le dijo:

—Hay buen humor, ¿eh?

Y el gordo contestó:

—¿Qué quiere que haga?

—¿Qué quiere que haga! No cantaba por continuidad de un estado íntimo, como lo hacía ella; cantaba para encubrir su tedio y su desprecio, su repulsa a la vida que soportaba, su insatisfacción.

Ventura dijo:

—No es que estén mejor o peor que antes, Presencia; es que han aprendido algo terrible, disolvente y destructor: no conformarse, ambicionar. Si cada uno aceptase su parte —fuera pobre o dolorosa o magnífica (se necesita un gran valor para aceptar una parte magnífica) o mediocre— sentirían menos la pobreza, el dolor, la mediocridad. Podrían incluso hallar la grandeza del dolor, de lo pobre, de lo mediocre, la humildad de lo magnífico. Pero se ha perdido en absoluto la medida, la proporción, la valoración propia y del propio es fuerzo. «Todos

pueden llegar a todo». Eso les han dicho y eso creen. Han destruido la alegría.

Era verdad.

—Tu parte, vista objetivamente, no ha sido generosa, ni desahogada… Y tú eres una mujer traspasada de alegría, ¿no te lo dije nunca? Y eras feliz y ansiosa corriendo calles, de muchacha. Me conmovía oírtelo contar. Nunca dijiste, estoy seguro de ello: «Yo no tengo juguetes, yo no tengo trajes, yo no tengo dinero»; y cuando me conociste no pensaste: «Me llega una parte bien regateada de felicidad». No dijiste: «Nunca seremos ricos o importantes. No podrá darme —si soy suya para siempre— los pequeños placeres que otras mujeres se procuran». Nuestro lujo será el sol en la Cuesta de la Vega, y el aire serrano, y la calle generosa: la misma para todos, ricos o pobres, chicos o grandes. E ir por las calles a pie, levantando polvo o ensuciándonos con la nieve. Supiste hallar el gozo sin medida de caminar así, con la cabeza al descubierto, y el aire en torno nuestro.

Presencia se sintió, como tantas veces con él, hendida por sus palabras: vísceras y alma en carne y espíritus vivos.

—No te apegas a los bienes. No apeteces. No necesitas nada.

(Me apego a ti. Me apeteces. Te necesito).

Sintió que rodeaba su hombro y la atraía. Alzó el brazo para apartar el cabello que caía sobre su frente. Dijo, con una voz tan tenue que él tuvo que inclinarse para captarla:

—Ninguna otra mujer del mundo tiene lo que yo tengo. Esta felicidad… Es el mejor regalo que Dios podía hacerme.

La mano de Ventura se aflojó suavemente, desasiéndola. (De pronto separados, a oscuras, más solos que antes, porque ella había pronunciado una palabra sagrada, que lastraba la dicha).

Ahora, ante aquellas cuartillas sobre la mesa, delante del balcón roto, último contacto de su mano, adquirió la certeza de que aquella felicidad altísima sólo ella la poseyó. No era preciso la palabra «Dios» para lastrarla, hubiera bastado con un nombre humano, leve y tornasolado como una joya, el nombre de una muchacha, de una niña: Ágata.

VII (*Continuación*)

El día en que leyó la noticia en los diarios —se acordaba bien: los recortes con la noticia acababa de dárselos a Froilán— la sangre se le agolpó en la cara aunque estaba sola, y tuvo un salvaje movimiento de defensa. ¿Cómo ocultárselo?… Pero cuando él llegó de la Universidad y escuchó sus pasos fatigados por el pasillo, se avergonzó de sí misma y se los tendió como hacía todos los días, o procurando al menos que él no notase en su cara que no era la de todos los días. Estuvo pendiente del momento en que llegaría a la hoja. «Ya está». El hombre no la movía, ni la pasaba; con la página abierta se levantó y no dobló el diario, lo extendió sobre su pecho, según lo llevaba, y ella sintió que entraba en el cuarto de estar. Solo. La había dejado allí cerca de la mesa, y él se había marchado para leer a solas la boda de su hija. El torcedor de su corazón, más profundo porque nunca lo hablaba, y se le hundía, se le hinchaba… (Hombre, déjame estar junto a ti mientras lees. Pronunciemos juntos el nombre). Pero no lo dijo, y se forzó a sonreír, sentándose sola ante la mesa, esperando. Al cabo de un rato llamó, sin moverse:

—¿No vienes a comer, Ventura?

Y echó atrás su melena, despejando su frente, porque ella debía ignorarlo.

Al mes siguiente descubrió, en los estantes de abajo de la librería, dos revistas de sociedad. Adivinó en seguida. Las hojeó, comprobando que faltaba alguna página. Se enternecía por él:

«Como un niño. Ha bajado al kiosco por estas revistas, buscando los retratos de su hija. ¿Qué ha pensado? Y no me dijo nada. Sería alguna noche como las otras, y él estuvo en su cama junto a la mía sin que yo adivinara… Hay una zona de soledad en él a la que no llego, no porque no lo deseo, sino porque él me la veda».

E hizo algo que no iba con sus modos. Se resistía a hacerlo, pero lo hizo. Sacó su chaqueta para cepillársela mientras él dormía, y le registró los bolsillos. No era sólo curiosidad: deseaba encontrar, mirándolas, las sensaciones del propio Ventura. Y le pareció que la vista se le enturbiaba y la respiración crecía, crecía, como si hubiese una bestia feroz jadeando dentro de su pecho, y que desde el cuarto él tenía que oír aquel bramar. No podía detenerse a pensar qué le pasaba, qué sentía, pero no era bueno. Dejaba un poso turbio, hirviente. (Ella podía ser mala y rencorosa. Le hizo daño saberlo).

Los recortes estaban allí, en la cartera del hombre, con la cara radiante de su hija, mordiéndose en la sonrisa el labio inferior, conteniéndose en la forzada postura de fotógrafo, pero le estallaban la vida y la juventud, una dicha insolente, un bienestar descarado. «No se parece a él. Nada a él…». Se sintió maligna e implacable porque era tan hermosa y el padre se habría embebido mirándola. «Mi hijo…». Aquella risa inconsciente le estaba pateando el corazón. Su hijo no era bello, no era siquiera bello. La cegaban las lágrimas. «Una chica frívola, vana, que no sabe lo que es la verdadera vida, ni el renunciamiento ni la necesidad. Una estúpida». Ella conoció muchachas así en la Universidad, que creían que todo les era debido… (Tenía que ser justa, que procurar ser justa). Fue a su cuarto y buscó a tientas el retrato del hijo en la mesilla.

Tampoco Ventura, que dormía, adivinó entonces que ella, tan cerca de él, estaba sufriendo. También ella tenía su zona de soledad.

Cayeron las lágrimas sobre la cara ingenua y conmovedora del niño. «¡Qué boba soy! ¿Qué me ha pasado? Fue como si me volviese loca». Porque mirar a su criatura la serenaba. Su hijo, sí tenía de Ventura. No en los rasgos —eran los ojos de ella, los labios de ella—, pero algo indefinible en la expresión. «Prefiero que se parezca en eso, en lo que llega desde dentro».

A partir de aquel día, cuando salían de paseo y, a veces, Ventura apretaba su brazo contra su pecho, o cuando la abrazaba en casa, pensaba: «Ágata está ahí», y apoyaba la frente sobre el bolsillo de arriba, o lo rozaba con el codo. Un roce furtivo, hurtándole algo de su soledad.

Para llegar a esta conclusión, pared por medio del cuarto en que yacía:

«No fue nunca del todo dichoso. Y procuró, al menos, que se salvara mi felicidad».

Había sido la vida misma para ella, él la había necesitado, incluso, bajo muchos aspectos, pero vivió y murió con aquella enorme nostalgia del corazón: su hija.

—¿No te la deja a temporadas? —le había preguntado en los comienzos de su intimidad.

Ventura se puso a pasear arriba y abajo:

Fui a buscarla a la salida del colegio, varias veces. Veía salir a todas, como animalillos cuando les dan suelta, y siempre, cuando una aparecía en la puerta, decía: «Ésta es». Pero Ágata no venía, y pregunté por ella. «Ya no viene al colegio». Fui, entonces, a la salida de la clase de baile…

Sonrió un momento con arrobada tristeza a una imagen que ella no veía, pero que él estaba recordando:

—Daba clase de ballet. *Llena de gracia… Los movimientos, la manera de hablar. Era una criatura armoniosa, vivísima… Creí que la habrían cambiado de colegio y llamé a Esperanza. «Quiero ver a la niña». Lo necesitaba.*

Fumaba de prisa, de prisa, el hombre, absorbiendo vorazmente el humo.

—La habían llevado fuera, a un internado. No quiso decirme dónde. «Lo averiguaré. Iré donde sea». Me contestó: «Dios te libre, ¿me oyes? ¿Qué quieres hacer? ¿Destrozarla?… Le he dicho que has muerto».

—¡Es mala esa mujer!

—No. Era recta en sus cosas, Esperanza, y justa. Procuraba serlo. Creyó de verdad que era un bien para la niña. Me lo explicó: no dividirla, no influenciarla, unas veces con uno, otras con otro, cada uno atrayéndola para sí ferozmente, para ganarse su predilección. Aprendiendo a fingir delante de uno y delante de otro. Aprendiendo a callar, una niña… Yo sabía que, a la fuerza, la podía ver, no había medio de impedirlo legalmente; pero así no podía hacerse, así caíamos en lo que yo había pretendido evitar al separarnos: no seria yo el aniquilado, ni ella, pero sí nuestra hija… Me quería más a mí, hasta ella lo admitía; pero, sin

embargo, ambos sabíamos que siempre, libremente, espontáneamente, la niña se hubiera ido con su madre.

Cuando Asís estaba para nacer nunca dijo Ventura si prefería una niña que le recordase a la suya. Apenas se habló de aquel hijo que iba a venir de ellos dos, entre ellos dos, gravando sobre sus vidas. Presencia no notó entonces aquel silencio, porque su vientre fecundado le henchía la soledad. Se volvió hacia dentro, durante aquellos meses, cerrada en sí misma. No había dicho nada a Ventura —enajenada con su secreto— hasta que él se sorprendió de hallarla en la calle de Don Pedro:

—Se basaron en eso, pero no es eso, comprenderás… A los tíos estas cosas les tienen sin cuidado, pero a algo tenían que agarrarse. No te preocupes.

Y él dejó de tocarla y de besarla desde que lo supo. Desde que decidió: *Nos vamos a casar*, se distanció de ella. «No lo siente. Él es creyente y le repugna esta farsa. Lo hace por el niño. También a mí me lo parece. No necesito una firma en ninguna escritura del mundo, no necesito testimonio alguno… Soy suya. Si alguna vez ha pertenecido totalmente a un hombre una mujer —una sola vez que tuviera que ser, y solamente una—, sería yo, Ventura… Posees todo de mí. Empecé por lo más difícil, la voluntad, el pensamiento. Tú los desvelaste. No otra cosa se puede decir porque no hollaste nada. Por el amor de Dios…».

No. No podía clamarse en aquel nombre.

Y Presencia, desde que el hijo nació, volvió a salir de sí misma y a tenderse hacia el marido. Entonces notó —quizá antes lo sabía también, pero no se detenía a pensarlo— el desvío de la gente de su calle. Al principio, en la escalera, les miraban con curiosidad «Recién casados». Debió de molestarles que ella no respondiera a los avances de sus vecinas: «Si necesita cualquier cosa, ya sabe… Si se le presentan los dolores de noche… He criado siete…».

Por fin les sorprendió que no recibieran nunca visita alguna, que en su estado nadie de su familia acudiese.

La calle de Calatravas está a medio kilómetro de los Desamparados. Alguien averiguó la verdad, y la cuchichearon a su paso, incrédulas y asombradas, al principio. Quizá lo que menos le perdonaron fue su aspecto de muchacha decente. «Como si fuese incapaz…». Con Ventura, en cambio, eran amables, hablaban con él

si coincidían con algún vecino en la escalera. Él se lo contaba y Presencia no se dolía. Sonreía en su fuero interno: «A él, sí; a mí, no». Como si ella fuese una terrible mujer que le hubiese cautivado.

Se contó la vida anterior de Presencia por todo el barrio: «Siempre sola, por las calles, escapando. Unos tíos buenísimos que la tenían lo mismo que a una hija, y así les pagaba. No acompañaba nada a su tía, ni ayudaba en la casa».

No insistían en este extremo porque veían a Presencia bajar a la frutería con su bolso de red, echando atrás su espesa y corta melena, y feliz como si en vez de ir a comprar verdura y fruta fuese a comprar el pedazo soleado y húmedo de la tierra en que brotaron.

«Porque una mujer puede tener un hombre, y allá ella… Pero quitárselo a la mujer y a la hija… Vamos, que hace falta cuajo».

Presencia compraba de una manera estúpida, a sus maneras de ver. Prefería llevar las primeras peras de agua —tres, grandes, amarillas, ovaladas, escurriéndoseles la humedad de la pulpa— que aquellos perojos que entraban más en kilo. «Claro, como el dinero es de él. Pobre…».

A Servando, el frutero, desde el primer día le conmovió la menuda figurilla y aquella sonrisa siempre a punto. No sonreía a persona determinada: era una sonrisa flotante por el rostro —a la mañana, al día, al mundo, al aire—, la sonrisa inconsciente de una muchacha feliz… «Si al menos disimulara», pensaba el hombrecillo. Porque intuía que lo que menos le perdonaban las otras mujeres era aquella ilógica felicidad con un hombre casado, mayor que ella, importante —escribía libros, les habían dicho— y que gustaba a las mujeres. (No sabía por qué, no era guapo ni buen mozo. Era alto, pero se echaba hacia adelante, cargado de hombros, huesudo, con grandes entradas en el pelo en forma de V. A veces pensó que no se merecía a Presencia).

Les miraban con ojos críticos cuando salían juntos:

—¿Qué ha podido ver en ella?

—Le habrá agarrado por el crío. Vete a saber…

Sí. Ésa es otra: vete a saber…

—Estas chiquillas de ahora saben más que Lepe. Le pueden dar a una lecciones, después de diecisiete años que llevo casada.

Quizá la hubiesen perdonado si fuese una hembra de bandera, y dirían, cómplices:

—Bueno, los hombres son los hombres…

Pero aquella muchacha —no podía decirse aún «mujer» cuando llegó a la calle— flaca y pequeña, con sus piernas sin pantorrillas y su aire de evaporada, las molestó. Presencia ignoró la habilidad de decirles unas palabras, de despertar su compasión o su simpatía: para ella eran algo que se movía en el fondo de su cuadro. Fue siempre intrépida: le tenía sin cuidado lo que pensaban.

Pero al nacer el hijo comenzó a observar la actitud de la gente. Le sacaba en su sillita hasta la Plaza y Servando sonreía fugazmente a su paso, secándose las manos en el delantal.

«¡Qué descaro!». Presencia sentía la hostilidad de los demás. Aquella misma hostilidad era sonrisa si Ventura pasaba a recogerles y volvían a casa, el niño en brazos de Ventura y ella a su lado, empujando la sillita vacía. Sonreían al padre las mismas que antes la miraban ceñudamente.

«Menos mal. Ventura les ha caído en gracia».

No pensó: «Cobardía».

Durante mucho tiempo gozó de lo que tenía como si le perteneciese; olvidó que había otra niña, por Madrid, y que Ventura, cuando miraba jugar al niño sobre la alfombra, o cuando le rodeaba el cuello con sus bracitos, al contacto con su carne nueva podía recordarla.

Una tarde la vieron. Sus entrañas le gritaron que aquella niña que estaba en el Retiro viendo el teatro de marionetas era Ágata.

Asís tenía dos años y ella le había comprado un teatro de cartón. Montó el pequeño escenario sobre la mesa del comedor, y ella misma introducía los personajes, sujetos sobre largas tiras de cartón. Cambiaba la voz, recitando sus papeles. El niño gozaba. Voz cavernosa del mal, voz aflautada de la mujer que espera, voz sonora, como una trompeta, del héroe. Presencia fue un momento a la cocina y a su vuelta encontró a Ventura reemplazándola delante del guiñol. No recitaba la comedia: estaba explicando seriamente al niño qué era teatro. A Presencia le hacían reír aquellas explicaciones sabias para el niño, pero Ventura gustaba de hablar con él así: «*Deformamos a los niños nosotros, con soluciones fantásticas. La verdad. Hay tanta magia en el cerebro de un niño que inmediatamente él la transforma —transformar, no deformar— y la encaja dentro de su pequeño campo, por otra*

parte más vasto de cuanto admitimos».

El niño, al ver a su madre, tendió una figura de cartón pidiendo:

—Más… Más…

—*Te voy a llevar a verlo en el Retiro, Asís. ¿Qué te parece?*

—Las fieras…

—*No. El teatro de marionetas, ya verás. Iremos los tres el jueves.*

El niño vivió excitado el resto del día.

—Mamá, ¿es jueves?

Miraba hacia el sol.

—¿Es jueves?

Como si preguntara: «¿Hace bueno?».

—Hoy es jueves, Asís…

Un jueves de julio, con el sol de frente, por el paseo de coches. Ventura dijo:

—*Hace demasiado calor. ¿No os hará daño?*

Pero a Presencia le gustaba aquel sol implacable y total —como de muchacha, camino del Manzanares—. Notaba que se le entornaban los párpados, y las pestañas le filtraban la realidad. La cabeza se entumecía. (Agua de río, piedras calcinadas, un verde vegetal vicioso, en las orillas del agua: fugaces espejismos).

El niño llevaba un gorro con visera que le protegía del sol. Presencia canturreaba, balanceando la manecita blanda y sudorosa en la suya. En el rincón de las marionetas había una sombra verde, surgida de altos árboles. Parecía aún más fresca después del paseo al sol. Frente al tinglado, un grupo de butacas metálicas. Muchas filas estaban ocupadas ya. Niños y niñas que se impacientaban, reclamando el espectáculo, mientras las amas y niñeras hacían punto o charlaban. Algunas llevaban termos con la merienda. Eran hijos de ricos, con sus institutrices extranjeras o sus amas uniformadas de blanco, con tiras bordadas, o con trajes a cuadros y tiras de terciopelo. Algunas llevaban pendientes y collares de filigrana, largos agujones atravesando las cofias. Había también niños de la clase media, con sus niñeras modestas, jovencitas, casi chiquillas, porque resultaban más baratas; otras con batas almidonadas y tocas de enfermera (para sus hijos los padres que andaban apretados de dinero gastaban en ostentación). A algunos les acompañaban sus mamás, mujeres jóvenes, un poco incómodas

de aquel público de ayas y muchachas, un poco distantes.

Ventura y Presencia se sentaron con el niño entre ellos. El hombre sonrió a su mujer por encima del hijo, y cuando Presencia se volvió hacia el pequeño tablado, la vio. Era Ágata, sin lugar a dudas. Estaba dos filas antes que ellos, con una pamela de paja natural, rodeada de amiguitas. Presencia sabía que tenía alrededor de los doce años, pero representaba más porque estaba desarrollada, alta y fuerte, aunque tenía formas y modales infantiles. Supo que era ella porque siguió la mirada trastornada de Ventura, inclinándose hacia delante: «¿Qué le pasa? ¿Qué ha visto?». Algo hubo en él que la obligó a mirar, y le vio tenso hacia la niña, y pensó: «Ya está. Su hija».

Ágata no paraba de moverse. Se levantaba, decía algo a sus amigas, se volvía rápida —*era armoniosa y vivísima*, había dicho Ventura una vez— y se levantaba las faldas para sentarse. Unas faldas de batista huecas, almidonadas. Llevaba una cinta azul en la cintura y, mientras se agitaba y palmoteaba, el larguísimo cabello negro le flotaba detrás. Presencia, instintivamente, apretó la mano de su niño.

Ágata se ponía de pie, se apoyaba en la silla delantera, se agitaba: con todo el cuerpo seguía la acción del guiñol. (¡Ah, los ojos del padre delirantes de ternura, de orgullo! Era su hija, la radiante criatura…).

Sin querer se volvió hacia el niño. Nunca le pareció a Presencia tan delgado, con las rodillas salientes y su modesto traje blanco. Algo le dolía, se le antojaba monstruoso en todo aquello, y estaba allí, con la mano del hijo en la suya, queriendo traspasarle todo su amor, su fuerza por la vida.

Un vendedor de papeletas para una rifa pasaba entre las sillas, ofreciendo cartas de las barajas:

—Se rifa el mono. El mono, el perrito o el paquete de caramelos…

Ofreció un naipe a Asís, que se retrajo, pegándose contra el respaldo.

—Déjelo —dijo Presencia.

—¿No quiere? ¿No quiere el niño el monito que sube y baja, el perro que ladra…? —apretaba un resorte al perro de trapo.

Las niñas se volvieron. (Ella también, como la sombra de los

árboles, con su cara deliciosa bajo las anchas y flexibles alas de la pamela. Los ojos le reían).

—A mí. A mí.

—Ágata, no saltes así. Estate quieta —intervino la institutriz cogiéndola del brazo.

Vio los ojos de aquel señor fijos en la niña, pendientes de ella, y sonrió, halagada.

El nombre estalló entre los dos. Presencia ni se movía. Miraba a las marionetas y sentía absurdos y dolorosos aquellos chillidos nasales, aquellos golpes, como si aquella voz fingida ocultase una terrible voz, un clamor humano. Vio, sin mirarla, que la niña también se había dado cuenta de la arrobada contemplación del hombre, y se volvía de reojo, o descaradamente hacia él (¡Que se la lleven!), y ladeaba la cabeza, y luego sofocaba risas con sus amiguitas, y todas se volvían a mirarle. «Una coqueta precoz. Vana, frívola, eso es, comparada con el mío».

Estaba haciéndose la interesante para el hombre pendiente de ella. Se inclinaba de pie, sobre la silla delantera —¡qué hermosas piernas rectas!—. (Aquel gesto torturado, embriagado, de Ventura…).

Arlequín pegaba a Colombina hasta doblarle el pobre cuerpo de trapo y serrín sobre el pequeño escenario. Chillaba, gangosa, implorando, lamentándose; la voz fuerte, implacable, no era una voz artificiosa.

Asís apretaba los labios, aguantando las lágrimas.

—¿Por qué lloras?

Presencia tuvo ganas de gritar: «No le hables así, Ventura».

—… No se llora; mira a las niñas cómo están de encantadas. Eres el único que llora. ¿No te da vergüenza? ¿Por qué lloras?

«Porque es tu hijo».

Y Asís, casi sin voz, balbuceó:

—La pega…

Vio el brazo de Ventura, rápido y seguro, rodeando los hombros frágiles del niño. «Le ha reconocido». Era absurdo, pero supo que se había visto a sí mismo en Asís, en aquella carita congestionada de sufrimiento porque Arlequín maltrataba a Colombina.

—¿Os vais ya?

No dijo: «¿Nos vamos!». Y Presencia se volvió a sentar.

Había terminado la función y aún continuaban sentados, hasta que la niña del liso y largo cabello negro y la cinta azul se alejó, saltando y volviendo la cabeza, apareciendo y desapareciendo entre los árboles.

Regresaron en silencio. Tomaron el trolebús hasta la Plaza de Ramales. En el trolebús el niño se puso a hablar incansable, reviviendo maravillado lo que había visto. Ventura le llevaba sentado sobre sus rodillas, y entonces que le veía así, seguro, rodeando al hijo, a Presencia le dolió no haber sido íntimamente generosa.

Al bajarse en la Plaza, Asís tropezaba de sueño. Ventura lo levantó y lo llevó en brazos hasta casa. Andaba de prisa, con el rostro sereno, y a Presencia el corazón se le estrujaba viéndolo así. (La primera vez que había temido, la primera vez que con él se había mantenido a la defensiva). Él llevaba a su hijo dormido en los brazos, y eran la Plaza de Rainales, y la travesía de las Canónigas, y los recodos, y las calles de adoquines, y las porterías conocidas, y las verjas de hierro negro en las ventanas bajas.

Acostó al niño en cuanto llegaron a casa. Asís ni se daba cuenta, parpadeando con la cara sofocada, más rojas la mejilla y la oreja que se apoyaron sobre la chaqueta del padre. «¡Qué horror si me separasen de mi hijo! No podría soportarlo».

Fue al cuarto de estar. Ventura no había encendido la luz —estaba la ventana abierta—, derrumbado sobre la butaca, con el rostro vuelto hacia la noche. «Sufre».

Se acercó a él. De pie, apoyó la cabeza del hombre sobre su pecho. Al principio no podía hablar porque tenía miedo a romper en llanto. Luego dijo, suavemente:

—¡Qué niña tan hermosa! ¡Qué niña hermosa y alegre y fuerte!…

Besó el cabello del hombre.

—… Daba gloria verla.

El hombre la retuvo así, largamente abrazada.

VIII

Las vecinas lo sabían. Cuando pasamos se callaron, pero se veía bien, por su manera de mirarme, que estaban de mi parte. La odiarán. Es lo natural, en una casa una mujer como ésa… A nadie le hace gracia. Aquella señora de la mantilla estaba diciendo algo muy excitada. Era raro que no estuviese ninguna arriba; no sé cómo no me di cuenta antes. Lo saben… No quieren poner los pies. Gente decente, en el fondo. Ventura no vivía según la ley de Dios… Y la portera estaba pendiente de nuestro paso. Se metió dentro de la garita y dijo algo, y después me pareció ver una cabeza de hombre detrás de ella. Sería el marido. ¿Quién les habrá dicho que soy yo la verdadera mujer, la legítima? Eso se sabe… Hace una buena mañana. Reacciono. Me había quedado fría. Un sol distinto que el que entraba en aquel cuarto. Un muerto al sol… Se va a descomponer; está loca. Ventura… ¡Adiós, Ventura! Todo se ha liquidado. Ni te guardo rencor.

Otra voz, más honda que la anterior, subió, cubriendo la primera: «Rencor, ¿de qué? ¿Merecía rencor?». No escucharla. Esa voz no importa.

En la calle no debía de hablarse de otra cosa. Había pequeños grupos, mujeres en las puertas que al aparecer Froilán con ella en el portal, se volvieron a una.

Froilán parecía molesto.

(¡Qué raro me está resultando! Era un muchacho sin complicaciones, y ahora… Estoy segura de que habló con ésa… Oí su voz en el cuarto de al lado. ¿Qué necesidad tenía de hablarle? No pensó en mi dignidad, ni en Ágata. ¿Le dirá a Ágata que habló con esa mujer? A mi hija le molestará. Tendría curiosidad; los hombres, en estos casos, sienten curiosidad por la mujer que ha perdido a

otro. Y a lo mejor… No. No quiero pensar nada malo. Froilán es bueno, y ella, por bien que esté, debe de ser ya fondona. Claro que a esas mujeres así, un hombre joven… ¡Qué disparate! No quiero tener malos pensamientos. Quiere a Ágata. También Ventura me quiso. ¡Dios, que mi hija sea feliz, que no se entere de nada!… ¿Por qué vamos por este camino? Hemos dejado el coche en Ramales. Yo creo que cabía aquí para dar la vuelta. ¡Qué frescas esas fresas, salpicadas de agua! La mujer ha corrido a mirarme. ¿Por qué me ha dicho: «Buenos días» la frutera? Parece que quería decir: «La acompaño en el sentimiento», o «Usted y yo nos entendemos». Es absurdo).

Se volvió, y vio que la frutera había salido a la calzada con otra mujer, y miraban hacia ella.

(Me admiran. Lo había notado ya antes, con las otras. De espaldas noto los ojos siguiéndome. «Hay que ver qué buena: vino y rezó por él, sin hacerse de menos. Los hombres…». Tengo que decírselo a las de los jueves. Se van a quedar admiradas… Lo mismo que se ve desde el cuarto de Ventura, entre estos árboles. La carretera de Extremadura. ¡Qué bonita la pista, con la hilera de verde en el centro! Madrid está precioso. Ha crecido).

Froilán la cogió del brazo. Dijo:

—Fue por ahí…

(Fue por ahí, ¿qué?… ¡Ah! El balcón en ruinas. ¡Qué imprudencia! Ya se veía que no estaba seguro. ¡Estas casas tan viejas! Y ahora todos los días vienen socavones en los periódicos… Ventura se asomaba a la ventana cuando volvía Ágata de clase. «¡Ágata! —No la llames desde la ventana, Ventura. —La niña… —A la niña se la enseña que no se habla a gritos, ni desde las ventanas. Esto no es un patio de vecindad». Ventura ponía aire desgraciado. ¿Qué aire pondría ayer? ¿Se dio cuenta? Debe de ser horrible ver que te caes, que te caes, que no puedes evitarlo; estrellarte en la calle, darse cuenta mientras uno se cae, y pensar: «En pecado…». No te empeñes. No pienso mirar a esa ventana. Bastante mal rato he pasado ya. Ese hombre pequeñín, con el delantal a rayas, no hace más que mirarme. Me tiene antipatía. ¡Qué bobada! No me conoce. ¿He visto yo alguna vez a ese hombre? No. Será el de la tienda de pescado. No he visto ninguna por aquí. Será el frutero. Pero la mujer: «Buenos días»; parecía que quería decirme: «La comprendo».

Lo que esta gente estará echando la cabeza a volar… Debo de llevar buena la cara. Vámonos. ¿Qué hace Froilán tan quieto, mirando a ese balcón? ¿Por qué escucha las explicaciones? Están deseando darlas, sacarte algo, tonto. Encima está él… En la ventana de al lado está él… Se agradece el sol. ¡Vámonos! Me horroriza la gente arremolinada. Buitres. No quiero…).

Dijo, arreglándose la mantilla:

—¿Te has fijado qué bonita vista desde aquí?

(Parece escandalizado. No debí haber dicho lo de la vista. Pero quiero marcharme. No hurgar en ello más tiempo. No puedo más. No puedo más, no puedo… Llorar de nuevo, no. ¿Por qué lloré? Estaba débil. No he probado nada desde ayer. Hoy tendré que tomar Pepsinal. El Franciscano no era simpático. Tengo que llamar al Padre Juan. He de preguntar… ¿Cómo se puede absolver en un caso así? ¿Estaba ella dentro del cuarto?…).

—Voy a casa.

(¿Por qué no me mira casi? ¡Al principio se estaba portando tan bien! Me confortó que me acompañara. Una mujer necesita de un hombre a mano para esas cosas, incluso para que no murmuren de una… Sí. Alejarnos. ¡Qué bueno alejarse! Estos flanes de la Plaza de Oriente. El pobre Don Cecilio… ¡Qué raro tanto sol, esta mañana! Ayer la mañana estaba desapacible. ¿Le gustaba el sol a Ventura? Pensar que no me acuerdo… Ya no lo verá más. Ventura no sentirá más el sol… Froilán no se porta bien. No me lo explico. Va tieso al volante, sin decirme una palabra de sentimiento, con ese ceño apretado… Tan joven y ya se endurece. Buena le espera a mi hija, si empieza así… No puedo preguntarle si la ha visto, qué le ha parecido. Algún día lo soltará. A la larga, lo sueltan siempre… Bueno, ya estamos en Bailén. Terminado… ¿Qué cuentas habrá dado a Dios? Allá no valen sofismas ni filosofías).

«*Te bastas a ti misma*».

La voz llegada desde ella, años enteros oculta, agazapada en alguna parte de ella, y ahora subía, se imponía. No importaba el motor del coche, ni el ruido chirriante de los tranvías bajando por Bailén. Ni los pensamientos atropellándose para sofocarla. La voz estaba en ella.

—*Te bastas a ti misma. No me echarás de menos*.

No existía ya. Cuando la guerra ella había esperado —sin

atreverse siquiera a pensarlo, pero algo en ella lo esperaba oscuramente— recibir la noticia. Muchas mujeres recibían la noticia; era un hecho que podía suceder. Vivió a la expectativa de que alguien le dijese:

—¿Sabes? Ventura…

Tantos morían, hombres necesarios en sus casas. En cambio, Ventura… todo se arreglaba si le pasaba algo. No hacía mucho que se habían separado y a la niña podía decírsele… Ella podía rehacer su vida. (¿A qué llaman rehacer la vida?). No le apetecía. Tenía su hija y sus amigas, no deseaba más.

Ventura estaba en el frente, alguien se lo dijo. Se había pasado y marchó a primera línea. No se lo imaginaba en fuerzas de choque, pero al mismo tiempo sabía que no se mantendría al margen de los demás. Simplemente por humanidad, diría. Se hacía solidario de todo lo humano y aceptaría su penalidad y sus privaciones para aliviar la carga de otro. ¡Le había oído hablar tantas veces en este sentido! Era pacifista, el muy… No. No era cobarde. Habría empuñado las armas con dolor y estaría en la barricada con la cara severa que ponía a veces, acercando su codo a otro codo, sintiendo el arma de otro cerca de su hombro.

Aquel Comandante, entonces —le conoció en San Sebastián, comiendo en «La Nicolasa»— le dijo que era un combatiente ideal:

—Se puede tener confianza en él.

Y luego riendo añadió:

—Le gastamos bromas. Le decimos: «Y usted, profesor, ¿cierra los ojos cuando tira?».

Esperanza quiso saber qué había contestado. «*Miro hacia dentro*»… Muy de Ventura, aquello. Para que todos se devanaran los sesos cavilando qué había querido decir. Buena manera de disparar. (Era injusta: ella sí sabía lo que significaba).

Sintió una especie de orgullo, en aquel tiempo, por haber sido su mujer. «Si muere ahora, podré contárselo a la niña. Un héroe…». Pero no se murió, y cuando acabó la guerra supo que le habían depurado. ¡Qué vergüenza! Recordaba aún su sorda rabia. Se reconvino a sí misma; no, no se podía desear la muerte…

Por lo visto había cobrado algún sueldo en la Universidad antes de pasarse. Y se enteraron, claro. Pero ¿no era un profesor? No entendía bien aquello, él se pasó en cuanto pudo. Después supo que

le habían repuesto en su cargo. Sabían todo el uno del otro: una comunicación secreta y completa, la de los matrimonios separados, lo mismo que la de los presos.

Un compañero de él le habló:

—Una vergüenza…

—No me diga nada. Figúrese lo que pienso yo.

—Pero no, Esperanza: una vergüenza lo que han hecho con él. Una malquerencia, una ambición mezquina… Otro quería su puesto y le denunció.

—Es tonto. ¿Por qué no llamó a declarar a su comandante? Le estimaba muchísimo. Le conocí durante un permiso en San Sebastián. Pudo decir que había estado en primera línea.

—Ya declaró. Se arregló todo. Son trámites largos, y se retrasaron más porque ya sabe cómo es Ventura: no quiso mover pie ni mano…

Muy de él. Cuando uno está seguro de su verdad, ni se ruega ni se solicita. Impávido. Y mientras tanto, el nombre en entredicho. Estúpido. La pequeña Ágata…

Si hubiese muerto entonces… Pero, no: tuvo que casarse, que colmar la situación. (Ahora ya no tenía rabia, no podía sentir aquel despecho en carne viva de los primeros tiempos). Lo supo por Reyes. A Reyes, Ventura en un tiempo le había gustado. En realidad, a Reyes le gustaban un poco todos los hombres, mucho más si eran maridos de sus amigas, pero Ventura debió de gustarle más. Ni siquiera estaba muy segura de que no hubiese habido algo entre ellos.

El año en que la guerra terminó, la niña estuvo mala; Esperanza llegó a preocuparse por aquellas decimillas rebeldes que no cedían. La propia Reyes debió de decírselo a Ventura: le encantaba actuar de componedora, y explotaba aquella situación para tener ocasión de tratarlo. Era atrevida Reyes: se cubría contándoselo.

—He visto a Ventura. Está que no vive por la niña. ¿Qué quieres que le diga?

Aparecía en su casa al anochecer, con el rostro divertido y excitado, y se lo contaba todo. O lo que quería contar, naturalmente.

—Fui a buscarle con el coche. Vive en una pensión en Espalter. Quiere a la niña de verdad. No hemos hecho más que hablar de ella.

¿Por qué no se la dejas ver? ¿Puedo pasar a darle un beso?

Entraba en el cuarto de Ágata y se sentaba encima de la cama. La acariciaba de una manera sospechosa, lenta.

—¿Dónde más estuvisteis?

—¿No te digo? Con Ventura… Quería saber todos los detalles.

A la luz rosada del cuarto de la niña, Esperanza detallaba la estola de martas, las sandalias de alto tacón transparentando las uñas de los pies esmaltadas a través de las medias, el cabello de un rubio apagado, escapándose del pequeño tocado de plumas rojas. Una mujer no engaña a otra mujer…

—Qué guapa estás. Déjame que te mire.

Las ojeras azules, plateadas, azules los ojos, la boca malva, y aquella tez mate, unida, del maquillaje ocre. Reyes reía mirándola.

—Mujer, ni que no me hubieses visto nunca. Es del año pasado…

Esperanza recordaba las palabras de Ventura:

—¿Reyes? Sí. Elegante, sin interés…

—No negarás que tiene personalidad.

—No lo creas. La personalidad no la da la ropa, ni las maneras. Es un artículo caro, Reyes. Perfectamente banal.

—Su marido es de la acera de enfrente…

Ventura tenía su opinión sobre estos matrimonios. «*Son disolventes*», decía.

Esperanza pensaba cuánto despecho hacia su marido podía encerrar la actitud de Reyes. No pareció dolerse cuando Ventura la dejó, y comenzaron el expediente de separación.

—Ahora comprenderás mejor muchas cosas.

—No, hija. Ventura es un hombre normal —reía con intención—. Te lo aseguro.

Y después, rápida:

—¿Por qué no os separáis tu marido y tú? Si es como dices…

—¿Para qué? —contestaba Reyes—. No vale la pena. Cada cual hemos arreglado la vida a nuestro modo.

Ventura no era hombre para tolerar situaciones semejantes. Eso le hacía honor. Había muchas cosas que hacían honor a Ventura, y ella empezó a reconocerlas, a pesar suyo, cuando ya no lo tenía.

«Si muere entonces, me hubiese liberado…». ¿De qué? Se había acostumbrado tanto a decírselo a sí misma, que solamente ahora

comprendía que era falso. Tenía la vida colmada: Ágata, la casa, las amigas, su posición en sociedad… Todo un artificio montado que le ocupaba días enteros, meses, años.

—*Si pudieses liberarte del medio en que vives… De las estúpidas preocupaciones o emulaciones*.

—Pero ¿por qué te molesta?

—*Tan absolutamente superficial… No hacéis nada, ni pensáis nada hondamente humano. No, no es cuestión de clase social, créeme. Es cuestión tuya, personal, de tu ambiente determinado; tener la mejor casa, recibir bien, no dejar al día espacio para nada trascendente. Es cansadísimo, además. No lo harías por penitencia. Todo el día con el rostro compuesto, sonriendo. Se siente uno agotado, fatigado mortalmente de tanto constreñir el alma. Porque no es elegante dejar traslucir el alma; no se lleva. Resulta indiscreto…*

Él hablaba ligeramente y Esperanza se rió.

—Es una elegancia casi heroica, a veces. Muchas son desgraciadas en su vida. Van mordiendo la sonrisa.

—*Fuerzas desperdiciadas sin provecho de nadie, ni en el propio… Tú podrías ser de otra manera. Hay clase en ti. Eres inteligente*.

Esperanza se sofocó. Oír de él que era inteligente la hizo sentirse dichosa.

—*Pero tu medio es como un monstruoso pulpo, y no sabes desenredarte. Llegas a casa ya con tanta admiración encima que te rebelas a la menor palabra verdadera. Hay que seguir mintiendo. Yo no sirvo*.

Ella se había acercado entonces, con su traje de cena de generoso escote.

—A este medio que dices acuden también intelectuales, personas que tú mismo admiras, ¿no es verdad?

—*Y se castran*.

—¿Qué dices?

Ella se enderezó, chocada.

—*Algunos van de espectadores, miran y no participan. Son los dignos. Los otros, te lo aseguro, se castran*.

Ventura… En aquella ocasión de Reyes deseó que Ventura cediese. Lo deseaba y lo repelía, pero se le antojaba un avance de los suyos, de ella misma a través de ellos, sobre el Ventura libre e independiente que no pudo sojuzgar. Casi sin darse cuenta apuntaba a Reyes el camino para el hombre:

—Con Ventura hay que dar siempre el primer paso.

—No me parece tímido.

—Lo es. Sobre todo, no se da cuenta.

Reyes dijo:

—Esperanza, ¿te declaraste tú?

Y Esperanza se tendió sobre el sofá, perezosa, riéndose:

—Me puse a tiro para que me besara…

Cuando Reyes se marchó supo que había dicho algo que debió callar. Se sentía a disgusto. Le remordía por dentro. «A Reyes… A Reyes que no comprende… Creerá…». Como si hubiese cogido una época de su juventud, intocada, y la hubiese arrojado de pasto a los demás.

Reyes besaba a Ágata de una manera voraz y sostenida.

—Deja a la niña.

—¿Qué te pasa, Esperanza?

Se estiraba sobre la cama, indolente. «Dios, le desea… Desea a mi marido».

La escrutaba, buscando en ella las huellas de Ventura.

«Si cae con Reyes, deja de ser él mismo».

Era casi decir: «Le recupero».

IX

AQUÍ —dijo Esperanza de súbito.

Froilán disminuyó la marcha.

—Pero ¿tú casa…?

—Me apetece tomar algo caliente, en seguida.

Frenó delante de la cafetería.

—¿Quieres tomar algo?

Froilán dudó un momento. Luego:

—Pediré un café.

Y entró con ella.

La cafetería tenía un aire falsamente tropical: piñas en el escaparate. Color maíz, verde. Playas doradas, largas palmeras. Y el escape de vapor silbante de la cafetera eléctrica. Una pareja en una mesita, al fondo, donde la barra hacía un recodo. El camarero se apoyaba en la puerta mirando con aire distraído a los que pasaban.

Esperanza se dirigió a una mesa. ¡Qué buena, la indiferencia de los demás! Se sentía relajada.

—¿Vas a ir con Ágata, ahora?

Froilán miró el reloj.

—Dentro de un rato.

(Aquella mujer había hablado con él. Le había dicho que esperaba a su hijo. Ágata le vería).

—Escucha hijo, ¿no va a ser desagradable para Ágata?

Froilán dejó que pusieran ante él la tacilla de café negro, oloroso. Cuando la camarera se alejó, dijo:

—Ágata ya no es ninguna niña. Tiene edad de hacerse cargo. Tiene dos hijas.

—Es tan joven… Y ese muchacho…

Pensó; «Puede haber una escena».

—No pasará nada. Ya has visto la casa.

Iba a decir: «Es gente decente», pero se calló.

(Aquella mujer tenía las manos posadas sobre las cuartillas escritas por Ventura. Se había puesto en pie y era tan pequeña que sólo los labios caídos y las ojeras hundidas alteraban su aspecto de muchacha. Pero cuando sonrió, su cara fue atrayente, luminosa. No era una mujer sexual, ni siquiera atractiva; atrayente era la palabra adecuada. Adivinaba a medias lo que Ventura había hallado en ella. Tenía aspecto de universitaria, de mujer en perpetua y ansiosa adolescencia. Había parido un hijo y debía de contemplarlo maravillada. Había sido la amante de un hombre y resultaba absurdo viéndola. Pero el hijo existía, luego era cierto… A no ser por el hijo, Froilán dudaría o negaría la relación sexual entre aquella mujer y su suegro. Se había comportado de una manera delicada y digna, manteniéndose alejada y en silencio mientras Esperanza estuvo allí. Dijo:

—Me pareció que era necesario.

(¡Qué extraña y profunda manera de discurrir para quien vive como ella!).

También Presencia era exótica, pensó mirando hacia la palmera pintada en la pared. ¿De dónde venía? Con sus ojos claros, alargados y estrechos, su cara angulosa y su boca estrecha y larga como los ojos. Llevaba el cabello lo mismo que un muchacho. Sus manos eran enormemente sensibles y nerviosas; eran manos que podían temblar… Las gaviotas pintadas en la pared. Presencia… Absurdo, pero sería bueno que Ágata la conociese. En la vida nada es enteramente malo.

Esperanza había sido infinitamente más guapa. No cabían comparaciones. Se volvió hacia la suegra: vio el rostro ajado en torno a los grandes ojos, la línea aún perfecta de la nariz, la boca estrecha, el maquillaje, agrietado por la noche y por las lágrimas. Había tenido una piel preciosa, según Ágata. (A él no le gustaban las mujeres de carnes muy blancas). Siempre le pareció que se escotaba demasiado, quizá porque sabía que mientras la piel del rostro se arrugaba y se deslucía, el escote conservaba su cálida palidez, los senos decadentes, aún breves, aún graciosos.

Era fácil imaginarse a Esperanza como amante, absorbente caprichosa, fría. «Una buena mujer…». Ventura se sentiría atraído,

envuelto. Debía de ser un hombre sin malicia… Claro que cuando él la conoció también pensó: «¡Caramba!». Demasiado atractiva para ser la madre de Ágata. Sin confesárselo le molestó que fuese así la madre de Ágata. Cuando se arreglaba y se componía, Esperanza aún llamaba con su decadente belleza experta. La tarde en que él la conoció estaba levemente excitada e irónica. Trataba a Ágata como a una niña, y a él como si no supiese bien lo que iba a hacer. «Le prevengo que no soy ningún pardillo», tuvo ganas de decirle, y le hormigueaba en la sangre el deseo de demostrarle que no era ningún niño. Por un momento reaccionó, y pensó: «Me marcho. No me caso». Algo le turbaba y sabía perfectamente el qué. Esperanza era breve y madura, pálida, con los ojos ardientes. Una viuda con marido… Ágata, en presencia de su madre, le pareció sosa, pueril y consentida. Entonces pensó: «Qué estúpido, el marido…».

—Bueno, ahora os dejo; querréis estar solos —dijo Esperanza más tarde.

Y él no podía ordenar sus deseos en aquella habitación muelle, fría y refinada que tanto tenía de su dueña. Ágata intuitivamente propuso:

—Vamos a «Aquilino».

Le gustó el fresco de la calle, y el fresco de los ojos nuevos, recelosos de Ágata. A solas los dos, volvió a ser lo que había sido siempre para él: terca y graciosa, espontánea y atrevida. Y enormemente femenina. «Se deja mangonear por su madre porque es femenina y dócil en el fondo. Cuando la besé me aturdió sentir que otros la habían besado. "Qué par de…". Pero luego comprobé que era inocente. Era moderno, se hacía… Estaba enormemente sola. Quizá fue eso: nunca hasta ahora lo pensé. Ágata ha sido la muchacha más sola del mundo».

¡Qué devastadora ternura hacia la mujer joven, a bandazos entre el egoísmo de los mayores!

Esperanza le tocaba el brazo.

—¿Tú crees que haces bien en llevarla?

Saltó:

—Por el amor de Dios, Esperanza, Ágata no es una muñeca. Vamos a dejar de tenerla siempre entre algodones. Que se enfrente con la vida, con los problemas, con la necesidad. Sobre todo, que sepa la verdad sobre su padre.

—¿Qué?

El rostro descompuesto de la madre.

—Tú no harás eso, Froilán. Si la quieres…

—Haré todo lo necesario para que juzgue a cada uno como es. Todo lo necesario para que pierda la amargura de creerse abandonada.

La mano ansiosa de Esperanza, en su brazo, aferrándole, hincándosele.

—No, no puedes. La obra de tantos años…

—¿Qué es lo que no puedo?

(Las gemelas tenían la barbilla y el arco de las cejas de Esperanza. Qué cosa tan estúpida; esto le enternecía).

—Dije a Ágata aquello que creí que tenía que saber, nada más. Le dije…

—Que su padre la abandonó, que no se preocupó de ella. No es cierto. Tan cierto como vivo, sé que no es cierto.

No habló. No se defendió. Le tuvo así, sujeto por su mano, con aquellas lágrimas pesadas escurriéndosele por el rostro, ella tan compuesta. Froilán pensó: «Te vas a mojar», porque quedaron suspendidas como gotas, en la barbilla.

—Lo habrás hecho por lo mejor —se ablandaba—, pero Ágata está endurecida por el rencor, y me mira de una manera extraña cuando beso a las niñas. Me mira con ojos de huérfana.

Acababa de comprenderlo y le despedazaba el corazón.

—Nunca noté que lo echara en falta. Era tan feliz conmigo… Viajábamos juntas y me besaba. De pequeña era mimosa. Y mimada… No creo que ninguna otra madre se ocupara de su hija más que yo.

«Era bien tuya», tuvo ganas de decir Froilán. «Era tu cosa, tu propiedad exclusiva. Cuidaste de que fuera así».

—La niña estuvo enferma, ¿no lo sabías? Ganglios. Tomé una casa en la Sierra y me pasé un invierno entero con ella, tiritando con la ventana abierta. Poco expansiva…

«¿Por qué poco expansiva una muchacha con su madre? ¿Qué le retenía? Ágata… ¡oh, Dios!».

—Para que me dejase siempre. En cuanto podía escapaba con las amigas. A los catorce años cambió. Volvió de Francia cambiada. Estaba en el colegio y yo fui a esperarla a la frontera. Me besó, y

supe desde el mismo beso aquel que mi hija no tenía nada que decirme. Estaba en la edad estúpida de las amigas. Se marchaba de casa en cuanto podía, todo el día colgada del teléfono. Oía sus risas y sus cuchicheos. Si entraba yo, cambiaban la conversación… Me besaba siempre, pero había una barrera de años entre las dos. Era mi hija, y yo hubiese querido que fuese mi amiga también.

(Como un rayo las palabras aquellas: «… *fuese una amistad perfecta*»).

Se tapó la cara con las manos. Estuvo así un momento, con la cara tapada. Froilán pensó en todo lo que estaba oyendo de su mujer. En la nueva Ágata que surgía desde dentro de la joven graciosa e indolente que jugaba con él al golf en Puerta de Hierro. Se ponía un pañuelo en forma de banda para sujetarse los cabellos. De perfil —era hundida de riñones— inclinada para dar a la pelota, resaltaba la línea de los anchos hombros, las caderas redondas y ceñidas, la firme curvatura de los muslos. Cómo le apasionaba a Ágata jugar. ¿Por qué la apasionaba tanto jugar?… La veía tardes enteras embebida, absorta en las cartas, sentada ante la mesa de juego con su tapete verde. No era mujer de envite ni de riesgo. ¿Por qué le gustaba? Se abstraía totalmente.

—¿Necesitaba abstraerse?

—No me gustan los niños. Por mí…

—No sabes lo que dices.

—Lo sé perfectamente. No me gustan los niños.

Nacieron las gemelas y Ágata se cuidaba de ellas de una manera rápida y escrupulosa, pero sin alma. «Es demasiado joven aún». Había pensado así hasta ahora, pero todo empezaba a trastocarse esta mañana. Las causas y los efectos confusamente los intuía, se encadenaban.

Decían que Ágata no era tan bella como lo fue su madre. Decían que era moderna, con sus altos pómulos y la barbilla encendida, y breve. Tenía largo el cuello.

Se volvió hacia la suegra superponiendo sobre aquellas líneas de huesos aún perfectos, la imagen de su mujer.

—Tengo un recado para ella —dijo, pese a sí mismo.

Esperanza apartó las manos de las mejillas. Miró aquellos recortes que Froilán extendía sobre la mesita. Preguntó:

—¿Qué es?

—Ventura los llevaba consigo. Compró las revistas.

Se había cubierto el rostro de nuevo, y se estremecía. Era un temblor nervioso, sin llorar.

—Vaya, Esperanza. Toma un café. Lo necesitas.

—(Le he dicho que has muerto… Es lo mejor.

Aquel silencio horrible… Para alguien había muerto en vida.

—¿Qué quieres que le diga? ¿Qué te has separado sin más ni más, porque has querido, porque se te ha metido en la cabeza que te aniquilaban? Unos días a tu casa, otros días a la mía… Aprendiendo a mentir desde pequeña. Con uno de los dos se sentiría incómoda; te aseguro que yo procuraría que no fuese conmigo… Las hijas son de las madres. Ella es mujer; más tarde te juzgará, se pondrá de mi parte.

Oía su respiración, rápida y anhelosa, como en el amor o en la agonía.

—¿Qué quieres que le diga? ¿Qué has resucitado? Esta niña va a perder la fe en mí y en todos, ¿no lo comprendes? La estamos destrozando. Escucha, Ventura… Ventura, ¿estás ahí?

El ligero clic al colgar).

—Déjame los recortes. Yo le diré…

—No puedo. Son de su padre.

Una bien pequeña herencia. Una herencia leve como una hoja, y que pesaba sobre ellos, la herencia de Ventura… Dos recortes. Las manos de su hija tocarían aquello que él había llevado escondido, hurtándoselo a la mujer que amaba y al otro hijo; lo único que iba a llegarle que hubiera estado en contacto con él. Froilán pensó que él hubiese amado tan leve y extrañable herencia si su padre hubiese sido Ventura.

—¿Qué explicación vas a darle? Piénsalo, Froilán. Piensa lo que vas a hacer.

Él se estaba poniendo de pie. La mujer le retenía por la manga.

—No me quites a mi hija. ¡No la apartes de mí! Por Dios, ya a él no le puede remediar nada… Tú no sabes lo que es una madre.

—Sé lo que es ser padre. Yo agradecería que alguien devolviese mi memoria intacta a mis hijas en un caso como éste… ¡Qué disparate! Mis hijas no se separarán de mí.

—Pues bien, yo lo negaré.

Estaba lamentable con aquel desvarío en los ojos, desesperados.

—Lo negaré aunque me condene. No, no me condeno: sin perjuicio de tercero…

—¿Y Ventura?

—Ya no está. La que está es ella, y lo negaré. Veremos a ver a quién cree…

Se apartaba de él, decidida, apretando los labios.

«Ésta es la Esperanza que Ventura dejó. Oponiendo la madre al marido, Ágata…». Iba a pensar: «Me creerá a mí», y sintió un aviso del corazón: ¡Cuidado!

Sin saber lo que hacía se volvió hacia la camarera de la barra.

—¿Qué se debe?

—Deja. No me voy todavía.

—¿No vienes con nosotros?

—No.

Sentía marcharse así, dejando sola a aquella mujer que al fin y al cabo acababa de sufrir un rudo golpe, por poco que significara para ella su marido. Tantos años, recuerdos, emociones… Y una advertencia al mismo tiempo.

Se volvió desde la puerta. Esperanza miraba ante sí, atravesándole con los ojos, capaz de destruir cuanto la separase de su hija. Froilán no pudo menos de admirarla. Repulsión, piedad y respeto ante aquella denodada lucha silenciosa. No le daría ninguna explicación; no se la debía, pero tampoco iba a decir nada a Ágata. Esperanza lo merecía. Le entregaría los recortes simplemente, sin un comentario, sin una palabra, y así no traicionaría a nadie.

Sonrió, forzado, agitando la mano hacia aquella mujer que ahora le movía a compasión. La camarera les miraba, intrigada. Froilán dijo en voz alta, para que todo pareciese normal:

—¿Pasamos a la vuelta por ti?

Esperanza no contestó, como si reservara sus fuerzas para un gigantesco esfuerzo.

—Ven a casa luego.

Agitó la mano de nuevo y se dirigió hacia el coche. Esperanza oyó el portazo. Arrancaba.

«Mi hija. Ahora va a ir allí mi hija. No le verá la cara. ¿Qué pensará? Si algo he hecho de bueno en la vida, Dios mío, si de algo me sirve haberla querido tanto…».

Bebió el café, con los ojos turbios, y por encima de la tacilla

buscó el reloj metálico en la pared, sobre la barra. Las once y media. Cerró los ojos.

«Aquél ha llegado ya. Aquél…».

(Pantalones de muchacho. Un cuerpo de muchacho abatido sobre una caja. Unos brazos largos y nerviosos —ella había sentido unos brazos así— enlazando otro cuerpo vestido de blanco. El hijo… Un rostro ardiente y deshecho de muchacho. El hijo…).

Apoyó la cabeza sobre el diván corrido. Oh, Dios, no le quería mal. «Ella tiene a su hijo, para sí, soltero…».

Rogó por las dos sin darse cuenta:

«¡Déjanos a cada una nuestro propio bien!».

Embates la llevaban, la traían. Como una ola gigantesca que la dejase caer y la levantara.

La camarera se inclinaba hacia ella.

—Señora, ¿se siente usted mal?

Hizo con la mano: «No», sin abrir los ojos.

—¿Quiere que llamemos a su casa? ¿Dónde vive?

La ola, la ola… Comenzaba a subir con ella, a subir… «Estate junto a Ágata. Asístela». Bandazos a derecha e izquierda, a derecha e izquierda. ¿Qué decía aquella mujer? ¡Arriba ya, arriba! Antes de descender: «No me la quites».

Abrió los ojos y vio la cara asustada de la camarera.

—No es nada.

Se pasó la mano por la frente.

—Estoy muy cansada. Me he levantado temprano.

La camarera apartaba la silla. Sonrió torpemente, excusándose:

—Voy para casa.

X

Tú que estás aquí con este hábito blanco; tú, mi padre… ¿Cómo has podido?… Yo te amaba. Más que a nada en el mundo. Me sentía orgulloso de ti. Mentía por ti… «Mi padre, ¿sabéis?». Mucho tenía que contar tuyo que fuese bueno e imitable, pero a veces yo exageraba y no me remordía la conciencia. «Todo esto es aunque no lo manifieste, porque es sencillo».

Tú eras sencillo. De pequeño tenía miedo de ti, muy de pequeño, porque eras grave. Miedo y adoración. No me decías las palabras falseadas que a los niños se dicen. Hablabas al hombre que en tu hijo habría —padre, sí—, hablabas al amigo.

Tus palabras me enajenaban y transían. Cuando te apartabas de mí quedaba como después de ver en el circo una trapecista arriesgada, o el payaso aquel de raso blanco atravesando la cincunferencia encendida.

Tú atravesabas una incendiada circunferencia: mi corazón, mi vida, el mundo; redondo todo e incendiado, en torno mío.

¿Cómo has podido hacerme esto a mí, para quien eras la verdad, el norte?

Tú eras el norte de tu hijo, padre… Madre se ha cubierto los ojos porque te he destapado la cara cuando te vi. Me eché sobre ti y quise verte, fuese cual fuese tu presencia. Quería que algo de ti me hablase a través de tu rostro conocido… Tú no eras tú. Pero ¿acaso no has pasado por mi vida con el rostro cubierto? ¿Acaso no sé ahora que había siempre un velo sobre tus pensamientos, que te dabas a mí y que te ocultabas?

Supe que no mentía el compañero que se decía amigo y que me arrebataba a mi padre. «Perdona. Pensé que lo sabías. No creí que lo tomarías así…». ¿Cómo había que tomarlo? Te llevaban lejos de

mí, te apartaban… no hacia arriba, ascendiendo —siempre he alzado la cara para hablarte— te ibas, te ibas, más abajo que yo. Tuve ganas de gritar: «¡Mi padre! ¡Se hunde!»… Y ahora, por vez primera, tengo que inclinar la cabeza para verte. Tengo que hacer el gesto de descubrirte para hallarte, y no te encuentro. Ya no eres tú.

¿O es éste mi padre? ¿Este rostro destrozado, lívido, que no causa repulsa sino piedad y dolor? ¿Este rostro sin boca, cárdena la frente?

Tú tenías boca. Amaste a la mujer aquella —tu mujer— y has amado a mi madre. Yo he nacido. Y tu frente pensaba. (Quizá se ha vuelto negra al morírsele los pensamientos tuyos. Eran tan altos…). Había luz en tu hablar. Dios, ¿por qué mentías?… A mí, a tu hijo, me mentías.

Me traías por la plaza en tus brazos. Medio dormido me parecieron tus brazos firmes: imposible caerse de tus brazos. Y entre párpados me alcanzaba la llamita alargada del farol. «Buenas noches, farol». Estaba en casa.

Me acompañaste a misa algunas veces. Tú me acompañaste a misa… De rodillas a mi lado pensé que rezabas con unción, y aprendía a poner las manos como tú las ponías, y a mirar como tú mirabas. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Por qué no me dijiste: «Hijo, yo no… Yo, desde fuera»? Y yo hubiese juntado las manos y hubiese mirado a Aquél, pensando: «Mi padre está ahí, y espera…».

Ahora comprendo cuánta melancolía en tu mirada. Te iba a buscar, a veces. ¡Qué loco orgullo! «Asís, luego me vienes a buscar, a las siete»… No había amigos, ni películas, ni nada. A las siete en punto, rondando el portal, y el conserje decía: «Pasa, pasa…». (Mi padre habla aquí. Una parte de la vida de mi padre es ésta). Yo no quería hollarla.

Aquel largo pasillo junto a ti, andando, andando… Sé cuánto he ido creciendo por aquel pasillo. Me antojaba proyectado pequeño, y luego fui notando que nuestros pies iban haciendo un ruido igual, que mis piernas alcanzaban a las tuyas. Me confortaba tu sonrisa, seria y orgullosa. «Es mi hijo. Mi hijo, que ha venido a buscarme». Decían:

—Un hombre ya…

¿Lo dirían de una manera rara? ¿Sabían todos que yo…? Pero entonces yo no lo percibía, y el corazón se me escapaba de júbilo.

En la calle, el viento nos pegaba en la cara.

Una tarde marchamos los dos de cara al viento, con las manos en los bolsillos, y tú te reías mirándome. Dijiste —tu voz, querido amigo mío—: «¿Vamos andando?», y no esperaste contestación de mí porque veías los ojos que me brincaban. Vamos andando tú y yo, luchando con el viento y con el frío de la Sierra en los costados, y mirándonos con una secreta sonrisa.

Creo que supe desde siempre cómo era la vida. Nací sabiéndolo. Quizá todos nacen sabiéndolo y sólo buscan las palabras que se acoplen. Hace dos años me mirabas con una pregunta calma en tus ojos, y me observabas. Lo sentía. Yo estaba atrozmente turbado por tu pregunta, no por lo que querías preguntar. «Este niño crece demasiado. Duerme poco…». Tú me mirabas, sentado en esa butaca de gutapercha verde vuelta hacia la lámpara. Madre lo decía sin intención. Fue el único momento que hubo entre nosotros dos algo que silenciamos.

Conociste mi corazón —era tuyo, lo había dejado en tu mano, para que tú… ¡oh!— aquel anochecer de la primavera pasada, sentados sobre la tapia de los Desamparados. Te gustaba apoyarte allí con madre, y mirar hacia la noche, a lo lejos. De muy pequeño yo os veía desde el balcón del comedor. Me agarraba a los barrotes de hierro, y sacaba los pies sobre el vacío. Entonces no cedía… (Oh, ese balcón sin nombre. ¡No nombrarlo!). Después, cuando yo venía del colegio, madre se retiraba a la sombra de casa y me dejaba toda tu luz a mí. Y era yo quien se sentaba en el muro al caer de las tardes.

Nos sentamos, y algo dije… El rumor de mis palabras removió a dos personas debajo de la tapia y huyeron sorprendidos. Lo comenté contigo casi sin darme cuenta, y nos hallamos hablando de la vida, y tu voz no preguntaba nada; dirigía mi curiosidad, recuerdo. Ahora comprendo qué sabiamente dirigiste mi curiosidad. Tus palabras eran puras y tranquilas: todo me pareció puro y tranquilo en gracia de tu voz… Sé que otros chicos se torturan, y preguntan y quieren conocerlo todo —no por saber, sino por conocer— y a ocultas leen y pecan a escondidas. Pero yo supe de aquellas cosas la verdad, dicha de una manera natural y tan alta que no hubo choque en mí, ni suciedad, ni se me enturbió el deseo. Fluyó tu experiencia hasta mi duda, y no nos pareció a ninguno de los dos que nada trascendente

se cumplía. Era un justificarme la razón de vivir, y apoyarme en anhelos más altos. Por encima de todo la intención, no el hecho.

Así eras tú. No, así tú no eras. ¿Lo eras? ¿O te velabas siempre el rostro para hablarme?

¡Muerto mil veces, muerto y enterrado, con cien codos de tierra sobre mí, antes que oír la espantosa revelación! Muerto cerca de ti, mirándote y sintiendo las manos leves de mi madre… ¿Madre? Lo es. La has hecho madre mía. Sin derecho. Te lo digo mal que te duela, porque me duele a mí: sin derecho me hicisteis.

Y te beso. Tantos besos menudos que no te di, porque tu amor se componía de viriles abrazos, y de posar tus labios en mi frente o yo en las sienes tuyas… Ahora te beso como besaría a un hermano, a un compañero, a un pobre; a alguien que se ha caído y me puede hacer daño. Y me escuece tener que perdonarte.

Ella te ha puesto el Rosario, y el hábito, y las flores. Ha abierto las ventanas porque a ti te gustaba la luz, y el fondo llano, y el olor de la jara… Ha sufrido también, pero si ella no hubiese… Nada más que se hubiese negado… Y al mismo tiempo no quiero no vivir. Y menos no ser tuyo, padre, padre… Me parece mentira que tú seas éste, y que ya no lo seas. Si yo te hubiese dicho…

Ahora comprendo por qué me llevasteis al colegio, lejos de aquí. ¡Qué empeño! «Padre, en Madrid, más cerca de vosotros». Y tú no me mirabas: «*No, hijo*». Temías que alguien me lo dijera.

Me lo han dicho, porque lo que hace daño siempre hay alguien —y no era malo, no es necesariamente malo el que nos trae el mal— que arrastra el daño aquel desde kilómetros, hasta parar en uno. Así me lo dijeron. Y yo me anonadé, primero, y después negué, furioso, a puñadas con el que había hablado. Y a él, sin defenderse, se le saltaban las lágrimas. Debía de sentir horror por ser apóstol del mal, porque —según él— me quería, más que a ninguno me quería. Y quiso separarme de mi padre. Yo le hablaba de ti con fervor, con calor. Todo lo que a ti nunca te dije y que me era fácil decir a otro de ti. Y hasta mentía para que él te conociese mejor. Porque había cosas en ti que se adivinaban, sin hechos para apoyo: yo inventaba los hechos.

Y él me quitó la fe, y la compañía. Cuando me cansé de pegar y vi sangre en su labio partido o de sus dientes, me dejé caer sobre el lecho en la camareta, y se pudo marchar. No se fue. Me miraba con

la sangre corriéndole de la boca, sucio de lágrimas. Yo no le pedí perdón, ni le limpié la sangre —estaba allí el lavabo con la jarra—, ni me aliviaron sus lágrimas.

Y me encontré desierto como un páramo, sin jugo en mí, sin nada enternecido, ni deseo del bien ni del mal. Vacío, pavorosamente vacío… Aquello era tu hijo, lo que tú hiciste. Todo falso, cuanto me habías dicho, puesto que tú eras falso. No encontré a Dios tampoco, que tanto me atraía. Y empecé a planear cómo huir del colegio, y de ti y de la vida que proyectábamos.

El dolor me ha poblado otra vez. Este desmembramiento… Y supe que te quería más que nunca, que eras más que nunca mi padre, que daría mi vida, mi fuga y mi perdida fe por retenerte. Inexorable.

—Su padre ha sufrido un accidente. Grave.

Estaba allí el muchacho como un perro mordido. «¿Quién le ha puesto la boca así? ¿Quién le ha pegado a usted?». «Me di contra una puerta». Y porque él no se atrevía, yo le abracé. Le dije:

—Mi padre, un accidente… Reza tú mientras voy porque no sea nada.

La cara se le transfiguró, y allí mismo juntó las manos y entornó los ojos. «Padre, ¿puedo hacer Hora Santa?».

Sabrá —o lo sabía ya— que mi padre se ha muerto. Estará de rodillas, lo mismo que yo aquí, por el padre que me arrebataron él y la muerte.

No he besado a mi madre. Perdóname. No puedo. Contigo puedo hablar, con ella no, y me apena. Pero no es pena lo que mi madre despertaba, ¿o puede amasarse con piedad a una madre?

Está a mi lado, la siento estremecida, mientras yo estoy aquí, de codos en el reborde de tu caja, sin cansar de mirarte, o besándote la estameña blanca que huele raro y pica, o apoyando mi frente, que me duele, donde tu codo dobla.

¿Qué piensa? Algo piensa porque no la beso, ni lloro con ella, ni la digo nada. Perdón, padre, si la querías… Quiero ser tuyo, tu hijo, costara lo que fuese. Entonces…

¿Por qué no lo dijiste? Sé que me lo hubieses hecho comprender si me hubieses hablado de tu manera seria y tan consoladora. Por difícil que fuese yo te hubiera creído. Quizás en eso pensabas cuando pesaban tus ojos sobre mí. ¿A qué esperaste? Lo debiste

decir tú, no otro. Nunca hubiera sido tan terrible, o si lo hubiera sido…, pero no pensaría que lo mismo que en esto me fingiste… No, no. Tú no has mentido nunca. Tú jamás me mentiste. ¡Ay, una palabra sólo!

Yo soy el hijo espúreo, al que sonríe la gente cuando se habla de él, al que sacuden la cabeza con piedad las viejas. Eso me has dado. En el colegio había un hijo de… Bueno, la palabra no se debe decir: era una madre… Su madre no era buena. Su madre… Y, sin embargo, le pagaba el colegio al hijo y venía al recibidor a verle los domingos, y todos la mirábamos con recelo y curiosidad desbocada. Olía dulzón y penetrante, quedaba el olor mucho tiempo en los pasillos, y los chicos nos mirábamos con las orejas coloradas. ¡Qué vergüenza!… Después, al hijo todos le regalábamos estampitas… Nos recogía las pelotas cuando jugábamos, nos pasaba la solución de los problemas. Se hacía perdonar, ¿el qué? ¿Qué culpa era la suya?

Ahora debo marchar junto a él, en apretada fila y mirar de frente si se escuchan risitas o si enseñan dibujos, y si se pelean nunca dar la cara, porque se calientan y sacan los pecados a relucir. Y yo mato al primero que me nombre a mi madre…

Aquél lo sabe… A estas horas todos lo saben y se dicen: «Con las cosas que nos contaba de su padre…». Y el hijo de aquella mujer que no era buena se siente menos solo.

La madre de Rafael le dijo un día:

—No trates a ése, porque su madre… Y el día de mañana no sabrás desligarte.

A todos nos parecía justo. Ahora me toca a mí.

Padre: si esto he de hacer por ti, si ésta es mi herencia… (Tus queridas manos destrozadas… ¡Cuánto hicieron tus manos! Me cogías, me aupabas. Hasta la lámpara. «¡Qué alto el niño!». Falsa mi altura de tres años: tus manos de izador). Si ésta es mi herencia, padre, la recojo. Ya no dirán de mí: «Crece el chico y no duerme», porque hay motivos para no dormir, con las blancas cortinas corridas, devorando la noche, y he dejado de crecer por dentro. Aquel que me impulsaba para crecer ha muerto. Hace días vivía aún, y alguien vino a ponerme la mano, en nombre suyo, sobre la coronilla, y me dijo: «No crezcas. El cielo se mira desde aquí, con los pies enlodados».

XI

FROILÁN se llegó hasta Correos y rellenó un papel de telegrama: «Ventura muerto. Me gustaría que vinieras». Tuvo la estilográfica un momento detenida, y después corrigió: «vinieseis», y rápidamente terminó: «Besos».

Lo dirigía a sus padres, pero lo había redactado con el recuerdo de su madre fijo en la mente. «Me gustaría que vinieras y verte en mi casa, con mis niñas, y charlando con Ágata».

Esto era lo difícil: mamá y Ágata. Mamá la quería con cierta reserva, y Ágata la mimaba con condescendencia… Las mujeres son complicadas, porque mamá era la mujer más buena del mundo. Ágata también, pero mamá, a la antigua, machamartillo. Ágata sabía que a Remedios, al principio, la boda no le gustó. Esperanza tuvo que desplegar toda su seducción, su más afable «estar pendiente»; por halagar los gustos de la futura consuegra asistió a unas conferencias religiosas, buscando hábilmente los puntos comunes. Los ejercicios del padre Rubín, las costumbres… Ah, a ella le hubiese gustado vivir en el campo, pero las cosas…

—Qué vida tan tranquila, tan verdadera, pero… Dios me ha dado esta cruz de mi matrimonio.

Y Esperanza bajaba la voz para que Ágata no oyese:

—Desde los treinta y cinco años, ya ve usted, Remedios, procuro conllevarla.

Remedios, al principio, estaba en guardia, sin confianza, pero Esperanza la desarmó.

—… Y salgo, y entro y voy a todas partes porque no puedo aislarme, por la niña. Usted que es madre me comprende. Estos hijos no saben lo que nos cuestan.

Lo más curioso fue que ella misma se sorprendió diciéndolo,

porque llegaba a creer que era verdad, o que tenía un fondo de verdad cuanto decía. Buscó su solidaridad de mujer.

—Y luego, tantas tentaciones. La ven a una sola, y no mal del todo…

Remedios hizo con la mano un gesto como diciendo: «Vamos, no sea modesta».

—Por mi gusto no hubiese vuelto a salir de casa, con las tres o cuatro amigas más íntimas… No podía ser. Tenía que pensar en la niña. Me pareció que debía de conservar las amistades para el día de mañana, y no hacer triste la casa. Ágata no tenía la culpa de nada; no debía sufrir las consecuencias.

Buscó su mirada franca con sonrisa entristecida.

—Quizá me he equivocado. He vivido tan sola… Hija única, sin hermanas. ¡Ay, Remedios, cuánto me ha faltado un buen consejo! Una persona como usted…

—Tiene buenas amigas.

—Sí, pero una persona de su buen criterio…

—Yo también me equivoco, tantas veces. Ya ve, no sé si hice bien en dejar al chico estudiando solo en Madrid.

Esperanza interiormente se impacientó. ¿Qué pretendía decirle? ¿Qué se arrepentía de ello porque en Madrid había conocido a Ágata? Pero vio la mirada llena de candor y comprendió que había hablado sin malicia.

—Me alegro de que lo hiciera, así nuestros hijos se han conocido… Yo, después de lo que me pasó, nunca hubiera dejado casar a mi hija con cualquiera, comprenderá; pero Froilán me parece un muchacho seguro, de lo que no se encuentra.

Froilán agradecía a Esperanza todo aquello porque ablandaba el natural compasivo de su madre.

—¡Pobre mujer! —dijo Remedios en el hotel, mientras comían—. A la que le toca una desgracia así…

Y miraba al marido con expresión bondadosa.

Esperanza, por aquellos días, abandonó sus relaciones sociales. Se dedicó a acompañar a Remedios de un lado a otro, y solamente convidaba a cuatro o cinco señoras, mayores y tranquilas, antiguas amigas de la familia, que se encontraron a gusto con la madre de Froilán desde el principio.

Aquellas señoras querían a Esperanza. Las reunía de cuando en

cuando a merendar, les contaba lo que pasaba por el mundo, y aparecía ante ellas escotadísima, enjoyada, y aquellas mujeres que habían renunciado ya hasta a ser tenidas por tales, la admiraban y le consentían lo que criticaban a las demás.

(—Una mujer así, es un crimen…

—Desde el principio pensé que era un chiflado. No era para ella.

—Era tan amable con nosotras, ¿no te acuerdas?

—No me acuerdo. No quiero acordarme. Esperanza es mi amiga, y él se ha portado de una manera infame).

Aquellas señoras llamaban a Ágata «la niña», y le llevaban menudos obsequios, y cuando Ágata salió del colegio hallaron un nuevo motivo de conversación: casar a Ágata. Una boda a gusto, compensación de la de su madre. Conspiraban ingenua y cariñosamente.

Ágata las besaba, rápida y un poco ida, antes de marcharse con sus amigas.

—Déjame que te vea. ¡Qué monada! ¡Cómo la llevas siempre! De Flora, claro…

—Mucho ojo, niña, que no hay hombre que te valga.

Cuando Ágata se marchaba, Elvira decía:

—Mira, Esperanza, la niña es una monada, pero donde estés tú…

Esperanza se sentía halagada.

—¡Jesús, Elvira, los diecinueve años!… Esa piel, y esos dientes…

—Lo que te dé la gana. La niña es monísima, con esa belleza que ahora se estila: un rasgo por aquí, un rasgo para allá. Pero tú… Ahora mismo te echo a reñir con ella.

Le hacían coro:

—Mira que después de casada, con aquel traje de noche azul, que fuiste a aquella fiesta de la Embajada inglesa, ¿no te acuerdas? Con el collar de chatones y aquella *cloche* en el pelo. Debiste hacerte un cuadro.

Esperanza fumaba, reía, se inclinaba mostrando el nacimiento de los senos.

—¿Un poco de *whisky*?

—Niña, tú estás loca. *Whisky* a mis años…

—Ponme a mí un poco; un dedo nada más.

—¡Elvira!

—Vaya, mujer, hay que sacarle jugo a la vida, mientras dura.

No hubiesen renunciado a las tardes de Esperanza a cambio de cualquier otra diversión.

En invierno, cuando se resfriaban, se preguntaban por teléfono:

—¿Y no estarás buena para el jueves?

A última hora, alguna vez, aparecía Reyes. Estaban ya enfrascadas en el juego y aparecía Reyes en la puerta como una elegante provocación.

Sentían un cosquilleo delicioso, porque de Reyes se decían tantas cosas… Y Reyes besaba a una y a otra sin posar los labios, y ponía la misma voz que Esperanza, como si hablasen con personas menores de edad. Reyes contaba algún chisme tremendo, con nombres propios. Las señoras se estremecían. «¡Oh, parece mentira!…». Reyes las divertía enormemente.

—¿La llevo a usted en el coche, Luisa? ¿Trajo usted el coche?

La que iba con ella en el coche mullido, empapado de aquel ácido perfume de Reyes, llegaba a su casa ligeramente trastornada. Llamaba de prisa por teléfono.

—Elvira…

—¿Qué te contó? Estaba deseando que me llamases.

—Bueno, ésa… Esperanza no debe tratarla.

—Pero ¿qué te contó?

—Aludió a él de la manera más tranquila del mundo. No sé si sabrá que todo el mundo lo dice. Creerá que estamos en Babia. Dije: «Te estoy retrasando, porque vivo en el extremo opuesto a tu casa». Y me contestó: «No se preocupe, la llevo encantada. Además que hoy como por su barrio. Voy a casa de Nieves —¿Tiene cena? —No. Sólo cuatro personas: ella y yo, Elías y Agustín». Así, con toda frescura. Esperanza no hace bien en tratarla. La gente…

—Ya sabes cómo es Esperanza, tan buena con las amigas. Hacen de ella lo que quieren.

Esperanza había dicho a Reyes:

—Si quieres venir, tengo señoras.

Y Reyes se reía. Comentaba después:

—Son deliciosas. Y yo, ¿te fijaste?, Daniel en la cueva de los leones…

Se reían como locas, pero a Esperanza la risa le remordía porque estaba apegada a ellas y la querían, y se preocupaban por Ágata.

Reyes decía, sagaz:

—Estas señoras te van muy bien en tu situación. Ellas se encargan de ponerte en los cuernos de la luna, y como están emparentadas con todo el mundo, y no hacen más que hablar… échate a dormir.

Esperanza se picaba.

—No tengo que echarme a dormir para nada. Tú sabes —y lo recalcaba— que lo que yo hago lo podía hacer a la cara del mundo. Y no es porque me falten ocasiones…

—Pues eso mismo que haces, que no es más que salir y entrar y no parar en casa, y cenar fuera y volver a las tantas, y viajar con tu niña, o largarte sola a París y hacer de tu capa un sayo, si no fueras tú te habías caído.

—¿Quién puede decir nada de mí?

—¡A quién se lo vas a contar! Eres más fría que un témpano.

Esperanza saltaba con voz mordiente:

—¿Sabes, Reyes? No es cuestión de frialdad sino de principios.

La tirantez entre las dos duraba poco, porque Reyes quería a Esperanza y sabía que en ella era cuestión de principios y de frialdad.

XI (*Continuación*)

La madre de Froilán, desde su finca en Extremadura, había tomado informes. Una prima suya trataba a Esperanza:

«Separada del marido. Él se volvió a casar, por lo civil, naturalmente, y tienen un chico. No se tratan con nadie, pero Esperanza sí. Está metida entre lo mejor».

—No me gusta.

—Mamá, ¿qué culpa tienen?

—No me gusta, hijo. Los líos no me gustan. Una familia como Dios manda, con su padre y su madre.

Por primera vez el hijo se le distanciaba. Razonaba con su padre… después:

—Hacer a la chica responsable… Bastante desgracia tiene.

Y el padre contestaba, escurriendo el bulto:

—Ya sabes cómo es mamá. Y algo de razón lleva, no creas. El ejemplo…

—Pero si Esperanza es ejemplar… Una mujer estupenda que se queda tan joven sin marido; peor que sin marido: abandonada por una cualquiera, y nadie ha podido decir nunca una palabra sobre ella.

—No lo tomes de frente, con tu madre. Si es así, créeme, a la larga…

Pero Froilán tenía ganas de casarse. Aquella misma situación le enardecía.

—Sólo una cosa, mamá: ven a Madrid y yo te las presento.

—¿Cuándo se ha visto? Por una mocosa… Tú estás loco. Además, ahora no puedo, es el mes del Rosario.

Froilán se desesperaba. Marchó a Madrid sin decir nada a sus padres.

Aquel día, en Majada-la-Real, durante la comida, los padres estuvieron silenciosos. Los dos hijos menores, Sebastián y Anita, procuraban animar la conversación, evitando el nombre de Froilán. Remedios, al atardecer, acompañada por el marido ocupó el banco familiar en la Parroquia. Al acabar el rosario todos se ponían en pie y cantaban la Salve.

«No puedo ir. A la gente le gusta vernos aquí, rezando con ellos. Nosotros en el banco. Si no viniéramos, muchos no vendrían. Ese hijo, Madre Santísima… No me gusta la boda. ¡Con la de chicas buenas que hay en Sevilla! La hija de Angelita… pero no: ha de ser lo que ellos quieren. No debía dejarlos salir de aquí ni a sol ni a sombra. Claro que hay que casarlos, pero cualquiera mete en la finca a una chica acostumbrada a Madrid y a viajar por el extranjero. Está en muy buena posición. Le vive la madre… Por este lado es de buena familia. Pero el padre… Por algún lado anda el padre, para darles cualquier disgusto».

Alrededor de la cabeza de la Virgen brillaba una coronita de luces. «¿Cómo me voy? ¿Y Anita? ¿Y Sebas? ¡Vaya ejemplo, el mayor! La hija de Angelita le hubiera ido tan bien. Su madre era amiga mía de soltera».

Sebastián y Anita rezaron para que Froilán se casara. Ágata allí sería una novedad. Traería amigas, amigos…

No contaron a nadie que Froilán había tenido en el cajón de la mesa de noche un retrato de Ágata en traje de baño. Anita llamó a Sebas para enseñárselo, y el chico se hizo atrás, como si le quemasen los ojos.

—Son cosas de él. Si viene…

Pero Anita la miraba y él se inclinó de nuevo sobre su hombro, con un deseo vehementísimo, para volverla a ver.

—Es guapísima, ¿verdad?

Sebas no contestó. Le remordía mirar a la novia de su hermano así, disfrutando de algo que pertenecía sólo a Froilán. No se atrevería a mirarle de frente.

Había aún otro retrato más, en el que Ágata, detrás de Froilán, le pasaba el brazo por el cuello, con una joven y triunfante sonrisa de desafío. Anita dijo:

—Es mejor que se casen.

Y cerraron la mesilla con muchísimo cuidado de que no

chirriara.
Ahora Froilán, de vuelta de Correos, camino de su casa, pensaba en sus padres y le subía un tierno orgullo por que fuesen como eran. Su madre era una madre, sin equívocos. Nadie podría decir: «Parecen hermanos». Seguro que su madre lo tomaría a mal. Llevaba el cabello que le blanqueaba, liso sobre la frente, recogido atrás en un moño discreto. Jamás se había maquillado, y cuando quería acicalarse se empolvaba profusamente con polvos de arroz, avivándose los labios —apenas un toque, extendido con cuidado— con una barra de color natural. Tenía unos ojos mansos, pueriles, maternales. Se sentaba siempre en sillas altas porque se encorsetaba exageradamente y el pecho se le remontaba. Si el traje no era cerrado, llevaba pecheros, con un vivo blanco… Froilán sintió un gozo infantil de que aquélla fuese su madre. Se dio cuenta, de repente, que tener una madre así era como haber nacido a la vida con bastón o con alas detrás.

Y el pobre viejo volviendo de la finca a casa, dejándose caer junto a la mujer, al calor de la chimenea. Asistiendo con ella a las funciones religiosas o acompañándola a Sevilla para visitas interminables. En Ferias se escapaba unas horas al Casino. «Sí, hijo. Me gusta que trates a tus amigos…».

Y de cuando en cuando, en Majada-la-Real, llevaba las andas del Patio de la procesión, porque era Patrono. Y los niños del pueblo, mirándolos pasar, se chupaban los dedos o los metían en la nariz. «Los señores…».

Era hermoso ver avanzar el palio, por la seca carretera empolvada, y a derecha e izquierda los chaparretos y nudosos olivos, la riqueza de la tierra. El Señor había amado siempre los olivos: sudó entre ellos. Había una bendición de Dios en la tierra que producía olivos. El sol chispeaba en los hilos de oro con que las monjitas bordaron el palio, en las doradas andas. Los del pueblo se descubrían y arrodillaban al paso del Santísimo. El palio hacía sombra al sacerdote: sombra gustosa a aquellos rayos de oro, cuajados de brillantes, que nacían del corazón de la Custodia. (Mamá había regalado un brillante cada vez que tenía un hijo). Y cerca de los olivos, del polvo del sendero calcinado, de los penachos de los Maestrantes, y del oro fulgurando, parecía —extraña reacción— más grande, más blanca, más sobrecogedora, la sencillez

del Pan.

Froilán había seguido la procesión, de pequeño y de muchacho, tantas veces… La vela se le recalentaba en la mano. Sólo los hombres acompañaban al Señor. Las mujeres se arrodillaban a los lados, sobre el camino, y al llegar a la finca, en el amplio patio habían levantado un altar bajo dosel, y el Señor descansaba un momento en su casa. Y su madre estaba allí, la primera entre las mujeres del pueblo, arrodíllanse con las demás, transportada de dar alojamiento —un momento sólo— a Aquél en quien creía sin vacilación, a quien servía con sencillez, porque aprendió a vivir así al mismo tiempo que a hablar o a sonreír.

Froilán veía los ojos de su madre en él: «Algún día serás tú». Jamás podría llevar a Ágata a Majada-la-Real y seguir el camino trillado y portar él las andas. Su hermano Sebas, quizá. (Sebastián va a casarse con la hija de Angelita. En un tiempo mamá debió de pensar en Angelita para mí).

Papá pensaba repartir los títulos; no lo habían comentado, pero comprendió que el padre aceptaba de una manera irrevocable que fuera el menor quien quedara en la finca. A mamá aquel torcer las cosas de derecho le causaba disgusto.

«No se entenderán nunca, Ágata y ella. Se querrán de una manera lejana, porque las dos me quieren. Se quieren en mí, pero no tienen un solo punto de contacto. No se puede improvisar. En el fondo están las dos a la defensiva. Mamá debe de pensar que si me gusta Ágata y la quiero, tan opuesta a ella… y Ágata pensará lo propio».

Sonrió. Ágata era su bien. El bien suyo.

«Pero las niñas… Ahí se hallarán».

Pensó en Ventura, en el abuelo que acababa de morir sin conocerlas. ¡Pobre hombre! Hubieran podido ser amigos. Algo le decía que Ventura y él hubiesen podido hablar. Debió de…

Tarde ya para todo.

Y ahora. Ágata iba a ir allí. Violentándose, lo sabía. Pero por una vez no le iba a hurtar el sufrimiento, ni iba a ceder, porque no quería que más tarde le doliese a Ágata esto también: no haber llevado su presencia junto al cuerpo de un muerto que era como llevar —donde quiera que esté— un perdón tácito, y un reconocimiento de paternidad.

Saber que a su hija le habían dicho que él había muerto, debió de matarle en vida una semilla fecundada. Desde entonces arrastraría aquel triste cadáver dentro de él.

Valía más que ahora se hubiese ido ignorando que llegó un momento en que Ágata supo la verdad —la verdad a inedias— de labios de Esperanza. Y que en aquel mismo momento, deseó ferozmente seguir en su creencia anterior, no haberse enterado nunca: «Muerto. Muerto. Lo prefería muerto».

XII

Las doce y media según el meridiano. Las doce y media en el barrio de la Latina, en la calle de los Desamparados.

Una calle breve y quebrada, ni amplia ni estrecha, con un ancho de losa por calzada, buena para ir los hombres uno a uno a cualquier clase de aventura o riesgo —¿la vida?— o dos personas tan unidas que una misma capa las embozara. Un arroyo de piedras apisonadas, con un declive en el centro, y en el declive una tira de losas. Por la calle de los Desamparados no podría navegar un autobús, y si algún camión se aventura, sube sus gruesas, gigantescas ruedas a la calzada. Porque para los niños que miran, refugiándose en las porterías, las ruedas parecen gigantescas en la calle que no se hizo para el tráfico.

Antigua y quieta calle con dignidad de pobre con altiva llaneza. Las casas tienen breve alero al amor de la teja curva, y pequeñas garitas —habitaciones abuhardilladas— en los tejados. Calle secreta y escondida, maravillosamente joven porque pocos la huellan.

Como es corta —bruscamente se termina, y uno no sabe si es el final o un recodo nuevo— cuenta con pocos vecinos y por eso se diría que muere menos la gente que en otras calles, aunque los niños vienen al mundo lo mismo. Todos los vecinos participan de los sucesos.

Es una calle de Madrid a un paso de la Armería —la mira desde lo alto, sobre el montículo de prados con tejos, tuyas y álamos blancos—, cerca de la plazuela de Santa María la Real, camino hacia el Viaducto y la calle de Don Pedro.

Los Desamparados tiene dos accesos: una escalera pina por la derecha, en grupos de siete escalones, y al llegar arriba aparece la calle en ángulo quebrado sobre el bosquecillo y el césped de Bailén.

En el vértice del ángulo un viejo farol herrumbroso con una luz caliente, verdosa y blanca, luz de gas. La bella y misteriosa luz, menuda y alargada, como una llama alerta sobre la calle.

Igual que una vena del cuerpo, parte de los Desamparados la travesía de las Canónigas que vierte calle a calle, buscando el otro acceso. Las puertas de las casas abren a los Donceles. Hay que subir por la Plaza de Ramales, dejar a un lado la Parroquia de Santiago y la calle de Lemos, subiendo suavemente —sin sentir que se sube, no se camina—, porque por aquel lado la curva es amplia y atenúa la altura. Viejos portales, casas humildes con oxidados hierros en los balcones, y surgiendo entre ellas o apoyándose en ellas, dos anchas casas sólidas, con columnas de piedra a los lados del portal, y un zaguán de guijarros. Hay un momento en que se llega al vértice de los Donceles, y desde allí se ve la iglesia de Sacramento, la plazuela de Santa María la Real, casas viejas en calles hondas y tortuosas.

A la derecha, confluye con los Desamparados, desciendes, terminó. Y lo hizo —graciosa manera de acabar— en una rampa con balaustrada bordeando los álamos blancos, las tuyas y los cedros. A lo lejos, pasado el campo del Moro con su fronda, aquel paisaje severo y formidable, árido y llano, con la amarillenta tierra abriéndose, reseca. La nueva pista de la carretera divide el barrio de Extremadura y las edificaciones de la Feria del Campo, con su aspecto provisional de pueblo edificado en una noche, y en horizonte, a la derecha, Retamares, pardo y verde, con su coto de caza. Húmera en el fondo. Más abajo, refrescantes y espesos desde la altura, los árboles de la Casa de Campo. La estación del Norte. El perfil de las montañas de la Sierra: Villalba, El Escorial… A la izquierda de la pista, en la línea del horizonte, Cuatro Vientos. Más cerca, los cipreses, entre losas de mármol, de una antigua Sacramental.

Los que viven en los Desamparados ya ni miran aquel compendio de Madrid. Las casas de su calle tienen sótanos de luces, con ventanas enrejadas. La gente es tranquila, rutinaria y paciente. De cuando en cuando, un fermento de juventud, de rebeldía o de pasión. Y las gentes siguen con la mirada a quienes así alteran, con su propio calor y nervio y vida, el sosiego estancado. No hay locales para comercio en los bajos de los Desamparados. Hay una carbonería, un zapatero de portal y una tahona en las Canónigas.

Los comercios se han establecido al otro lado de las fachadas, donde la calle cambia de nombre, aunque sean las mismas casas, de mucho fondo.

Últimamente la calle ha sentido un germen de inquietud: en los sótanos se descubrió una imprenta clandestina donde falsificaban moneda. Hombres de paisano deambularon por el barrio, penetraron en las tiendas, entablaron relaciones, y en el anochecer esos mismos hombres efectuaron la redada humana. La gente se agolpó para ver cómo conducían hasta el coche a Manolo, a Crispín y a Félix. Se resistían a creerlo: les conocían, les trataban, se llegaban a la taberna a tomar un chiquito. Pero entonces no miraron a sus vecinos y les parecieron otros hombres de los que ellos veían a diario: hoscos, amenazadores y asustados. También los vecinos quedaron con el susto de ellos en el semblante. «Si no puede uno fiarse…». No se habló de otra cosa, bajaban la voz para comentarlo. Y vieron cargar máquinas y rotativas en un camión, y sellar la puerta de entrada. El sótano se convirtió en cueva. Los que vivían en la misma casa miraban la puerta sellada, al pasar, y los chiquillos se metían en el portal a verla:

—Así hacían tantos viajes…

—¡A saber si no hay detrás algún pez gordo!

—Félix era el encargado de pasarlos.

Buscaron entre sus billetes con temor al engaño. «Sería el colmo, a sus vecinos…» y los miraron al trasluz.

De la taberna salió gritando Paca, la mujer del dueño, blandiendo unos billetes:

—¡El hijo de perra! Con la de veces que mi marido le fiaba la consumición…

Presencia, desde la ventana, vio cómo se llevaban a los hombres. Pensó en las palabras de Ventura:

Han aprendido a no conformarse, a ambicionar… Les han privado de alegría.

Le causó asco la gente discutiendo. No dijo nada a su marido, sin propósito deliberado.

Un invierno, la hija de los del siete, segunda, se escapó. Los padres lo ocultaron al principio. Después se supo y todos recordaron que últimamente llegaba en coche hasta la travesía, y apenas contestaba cuando la hablaban.

(—Vaya humos…

—Si creerá que las demás no hemos sido jóvenes como ella, y de buen ver).

De este hecho, Presencia no se enteró.

A ráfagas llegaban la inquietud y la angustia de los tiempos nuevos a la vieja calle. (El marido de la modista estaba en Francia, no podía pasar porque se había marchado con los rojos. La modista estaba perdiendo la juventud preparando un misterioso viaje que nunca realizaba: «No sé si para el año podré coserle más, doña Pura. Ya arreglé los papeles… Un amigo me ha dicho que allí se defiende bien —era mucho hombre— y que está deseando que vaya». Las vecinas comentaban: «¿No encuentras raro que no la reclame el marido? —Yo creo que él allí se ha buscado otra mujer. Y ésta pobre reventándose…»).

Al anochecer, furtivos, saltan los gatos en la calle de los Desamparados. De día se acurrucan al sol, en la calzada o en las porterías, pero al llegar la noche saltan sobre la rampa, o hacia el bosquecillo, asustando al transeúnte. Parejas que rondan la Plaza de Oriente o que llegan de Bailén, buscan la muralla junto a los árboles. La llamita del farol no les alcanza. En la noche se siente, vago y próximo, alentando, lo humano. A las niñas del barrio les han dicho que de noche se vuelve a casa por el otro lado, y que no se mira por encima de la tapia. Presencia subía a diario la escalera, siempre ida, sin preocuparle lo más mínimo lo que allí cerca, separado de ella por un muro, pudiera suceder, ansiosa de la llamita del farol, al fondo, a mucha altura, cerca de sus ventanas. Le gustaba su casa desde allí. «Detrás de aquel balcón está Ventura»…

En la calle íntima y silente el amor fluiría ancho y profundo. ¿Se puede acaso amar bajo los tubos sin sombra de la luz fluorescente?

Ventura decía que amar se puede siempre, aun sin cobijo.

Fueron juntos a ver la nueva iluminación de los bulevares. Iban del brazo y se soltaron al llegar a Princesa. Caminaron bajo aquella claridad aséptica y deshumanizada como dos sombras —tan menuda la de ella— como dos seres lunáticos, perdidos en Madrid. No dijeron palabra: andaban, andaban y se sentían responsables. Cuando llegaron a San Bernardo, se volvieron a una, contemplando tras ellos la luz, sin sombra, meridiana, salpicada en hilera de tubos inclinados.

Presencia dijo:

—Me recuerda a un quirófano.

—Quizá lo sea. Quizás ahora el mundo sea una inmensa sala de operaciones, y para vivir como se vive —en acción, operante— sea conveniente despejar sombras.

La había mirado con una sonrisa.

—Tienes cara espectral —dijo— y yo la tendré también, con esta luz.

Presencia la levantó hacia él: los labios blanquecinos, la palidez azulada… Le apretó el brazo desesperadamente.

—Está bien así. Hay que andar al paso que se anda. Vivir el tiempo que se vive, Presencia. No puede uno cerrarse.

Y después sonrió con tristeza:

—Nuestro farol ha envejecido en una noche.

Les pareció más cálido que nunca. Una luz caliente y ahusada que alumbraba débilmente, respetando la sombra. Los rostros también se llenaron de sombras bajo el farol. Las sombras de un rostro humano son hermosas: aletas de la nariz, ojeras, algo en torno a la boca, algo en torno a las sienes…

Volvían de una ciudad trepidante y organizada a una villa con pausa. Dejaron el metro en la Plaza de la Ópera y fueron a la de Oriente por la Encarnación, porque a Ventura le gustaba. Mirtos, cipreses, piedra, rejas. La Plaza de Oriente les pareció más digna. La noche la rodeaba de encanto. Olvidaba uno deliberadamente lo que la mano del hombre desmochó, porque apenas se adivinaban las sombras bajas, verdes, y podían imaginarse que eran matas o arbustos. Las mismas estatuas adquirían un aire irreal, de pavana. Madrid, el de los Borbones, al alcance por aquellas escalerillas y callejas del austero y ceremonioso Madrid de los Austrias.

A la sombra de los plátanos de Bailén, Presencia sintió en todas sus fibras la compañía del hombre a su lado. Se inclinaron sobre la barandilla del Viaducto, juntos y ansiosos, como si un río corriese bajo los arcos. Aquel puente dejaba ver el viejo Madrid, uniendo lo suntuoso a lo miserable, sin distingos en el aire ni zonas limítrofes. Un bordoneo imperceptible —rasgado por voces o por ruidos— subía de todas aquellas casas, de las calles entrecruzadas: vida, pasión y muerte, turbina humana capaz de poner en movimiento a una nación.

Presencia y Ventura miraban y escuchaban, como se escucha el ruido de la ola sobre la roca. Habían amado aquel paseo siempre. Aquél y los jardines de la Cuesta de la Vega habían sido los dos lugares en que se refugiaban cuando se hallaron juntos.

Presencia vivía en Calatravas y salía de su casa, ligera, evitando las miradas, porque le parecía que todo el mundo tenía que adivinar lo que le sucedía. No se citaban en sitio determinado: se encontraban por el camino, y él la cogía del brazo. Iban a acodarse sobre el Viaducto, o se sentaban en los jardines de la Cuesta de la Vega. Las niñeras les miraban, acostumbradas a husmear parejas, pero aquel señor y la muchacha eran capaces de estarse horas sentados en un poyo de piedra, entre los árboles —había bancos en los macizos centrales, pero ellos buscaban soledad— y apenas hablaban, y ella sonreía… Tampoco se miraban con frecuencia a la cara: miraban a lo lejos, hacia las verdes, frondosas avenidas. Poco a poco las niñeras se marchaban, arrastrando a los niños. El jardincillo quedaba sólo para ellos. (Un viejo dormitaba en un banco. Un obrero descansaba sobre la rampa, con la boina sobre los ojos).

Presencia pensaba: «La una y media. Tengo que ir pensando en volver». Pero no podía, porque se hallaba entumecida de sol, de belleza, de felicidad, y porque, cuando el jardín se quedaba solo, sentía sobre sus hombros el brazo de Ventura que la estrechaba. Y se besaban con los labios calientes de sol, con los ojos deslumbrados de lejanía. El hombre la retenía un rato, tan pequeña bajo su mano.

Nunca le dijo:

—Tenemos que terminar esto. Debemos…

Cuando se consumó, ella supo que no la abandonaría jamás.

XIII

El sol comenzaba a calentar dentro del cuarto. (Ya nunca su boca recibiría el sol a través de otros labios). Destacaba la sobada blancura del hábito, se adivinaba recalentado el pañuelo. Presencia, desde la butaca, se volvió hacia la ventana y vio al fondo el mismo paisaje magnífico y severo que vieran tantas veces. Levantándose, entornó las ventanas.

Oyó el timbre, pasos por el pasillo. No podía negarse. Antes, mientras estuvo Esperanza aquí, ordenó a la muchacha que no permitiese la entrada a nadie.

(—¿Y qué digo?

—Está con él su familia).

Ahora no se podía negar. Iban llegando —apenas se daba cuenta— como cumpliendo un deber, pese a las circunstancias, y se arrodillaban en torno a la caja. Miraban a Asís, le decían palabras de consuelo. Pero Asís no les escuchaba porque sus propias voces le ensordecían.

No venían solas. Dos o tres juntas, o acompañadas por sus maridos. Sacaban el Rosario y rezaban ostensiblemente. El frutero se estuvo de pie, torpe, y miró tímidamente hacia ella. Pero Presencia no parecía verles, ni enterarse de que estaban en el cuarto.

—Ni una lágrima —diría alguna después, bajando la escalera—. ¿Te fijaste? Estas mujeres no tienen sentimientos.

—¡Pobre hombre! Tuvo buen pago.

Una vecina cuchicheó, inclinándose a otra:

—¿Te has fijado? Ni siquiera se pone de rodillas.

Presencia estaba con sus manos en el regazo, quieta, perdida en la butaca de gutapercha verde. «Mi hijo…».

Todo el cansancio se derrumbó sobre ella. De pronto se dio cuenta que estaba mortalmente cansada, que su cabeza funcionaba demasiado. Todas aquellas sensaciones, atravesándola, todos aquellos pensamientos alzándose delante de ella, persiguiéndola, obsesionándola. Un gran aliento la había mantenido hasta que Asís llegó. En el pasillo, con el rostro trastornado, la había apartado con una mano cuando se acercó a besarle, y ella pensó: «Sólo piensa en él. Va a besarle a él». Y entró detrás del hijo en aquel cuarto. Y vio al muchacho derrumbarse sobre la caja con un ruido que no era un grito, sino algo retenido desde el pecho, y lo primero que hizo fue enlazar el cuerpo con sus brazos.

«No —tuvo ganas de clamar—. ¡No!».

Aquel consuelo que ella se había negado el hijo se lo daba. Sollozaba con tanta fuerza que se dio cuenta que un muchacho no podía llorar así, que era un hombre el que lloraba. Había apoyado la cabeza cerca de las manos y lloraba con los labios sobre ellas, y las miraba y las volvía a mirar como si se resistiese a admitirlo, y se le escapaba un lamento. Y después se volvió hacia el rostro del padre y lo vio cubierto, y le arrancó el pañuelo.

Presencia cerró los ojos y se dejó caer de rodillas junto a él. Con los ojos cerrados se dio cuenta de que le cubría de nuevo y que temblaba. Tan próxima al hijo, aquel temblor la sacudía a ella. Tenía las fauces secas, los ojos secos. *Una mujer debe ser como el agua.* No podía llorar. «Quisiera llorar», suplicó. Pero no podía.

Comenzó a mentir para el hijo, para el dolor del hijo.

—No sufrió —dijo, sin atreverse a abrir los ojos para que él no leyese la verdad—. Fue todo tan rápido… Perdió el conocimiento.

Y tendió la mano, como una ciega, para sentir la carne de su hijo, del hijo que Ventura le había dado, y la mano se hizo atrás con intención tan evidente que ella se halló con los ojos abiertos, enloquecidos, mirándole, y vio que el muchacho ocultaba su cabeza contra el reborde de la caja. Y la verdad la atravesó.

—Hay en ti una capacidad de recepción. Eres receptiva: como si los pensamientos o los sentimientos nuestros emitiesen ondas que tú captases.

«Sabe la verdad. Se lo han dicho. Asís sabe».

Y fue entonces cuando se sintió fatigada, exhausta. Fue entonces cuando se levantó y se acercó a la butaca, y quedó en ella como

postrada. Y las que entraban y cruzaban delante, diciendo unas palabras obligadas de sentimiento, creyeron que era sueño o indiferencia el abatimiento de aquella pequeña y desamparada mujer.

Decía por dentro: «Ventura», y Ventura no acudía. Decía: «Dios», y se rebelaba. Decía: «Mi hijo. ¡Hijo mío!», y el dolor la sacudía como un látigo.

(¿Quién se lo ha dicho? ¿Quién ha tenido el valor? Yo te dije: «Creo que debes decir algo al niño». Y tú me dijiste: «*Más tarde. Es pronto todavía*». Y yo volví a decirte: «¿Y si se entera? ¿Y si le dicen algo?». Porque no me atrevía a quejarme —no tenía derecho— de lo que en tomo nuestro se cernía: miradas insultantes de las vecinas, patente apartamiento si yo pasaba. «¿Y si se entera?». «*Quiero decírselo cuando sea un hombre. Cuando esté en edad de comprendernos*». Y yo me callé: No lo comprenderá nunca, Ventura, no te engañes. Cuando esté en la edad de perdonarnos, has querido decir… Os ibais los dos a la estación cuando marchaba al colegio, y yo no os acompañaba. «¿No vienes, madre? —No, hijo mío. Padre te acompaña». Y os miraba desde el balcón a los dos, y todas las veces era como si pariese, pero no para tenerle, sino para perderle. Pensaba: «Ahora se están despidiendo». Y sabía que Asís estaría pendiente de tu abrazo, y que te besaría con aquella mezcla de respeto y de adoración, y de ternura exaltada, que me causaba miedo. «*¿Miedo por qué? Es tan hermoso, un alma tan sensible*…». No me consolabas. No es consuelo para una madre saber que el hijo es materia fácil para el dolor. Tú venías de la estación y oía la llave en la cerradura, y me quedaba quieta, presa de mis temores. Y tú te acercabas a mí y me apretabas contra tu pecho, como tú me abrazabas, abarcándome de lado a lado, y buscabas mis labios. Cuando Asís no estaba volvías a mí como de novio. Asís en casa era el pudor entre nosotros dos. Amarnos con él bajo nuestro techo era, aunque no lo dijimos nunca, hacerle partícipe de nuestra suerte, y nos lo negábamos, sin hablarlo jamás. Instintivamente tú no me buscabas, yo no me ofrecía. Y, sin embargo, el hijo ido… «Está pensando lo mismo que yo. Lo mismo». «*Si vieras qué bien iba, con otros compañeros en el departamento*… Y —te detenías un momento— *se hacía el fuerte*». Tú también te hacías el fuerte, y cuando venías a mí y me abrazabas, era más por necesidad tuya que

para consuelo mío. Me parecía que algo del hijo se recobraba en ti, porque en el fondo tú, mayor, con tu sabiduría, con tu suave firmeza inflexible, fuiste siempre una criatura para mí. Creo que así me encontré amándote; primero te admiré —el profesor de la palabra justa, limpia, elevada (tus palabras se hallaban con algo que yo siempre había intuido, un mundo que había presentido, que estaba en alguna parte y que no hallaba, y tus palabras me cogían de la mano)—, y cuando estuve más cerca de ti me conmovió tu inmensa soledad, roída por la ternura. Porque vi que para pensar e incluso para trabajar, tú necesitabas un contrapeso de ternura, una válvula humana que te equilibrara y te dejara luego los pensamientos limpios. Y cuando me tomaste, fui yo la que me di.

Una mujer la empujó con el pie al pasar. Dijo:

—Perdón.

Y Presencia alzó los ojos neblinosos y la miró, desde aquel mundo en que vivía, aislada. «Están molestando al chico. Asís querría estar solo. Y a Ventura…». No. A Ventura no le molestarían. Ventura amaba la conversación sencilla, el roce de los demás. Tenía una manera cortés y atenta de escuchar cuanto le contaban. Todo el mundo pensaba que su caso debía interesarle, y acertaban. No sabía mantenerse ajeno a la preocupación de los otros.

(Asís no es como tú. Tú lo creías y te vigilabas, descarnándote de flaquezas, porque veías que te imitaba. Pero yo te lo dije: «No es como tú. —*Yo, a esa edad*—… ¿Fuiste alguna vez así, tan de una pieza y tan apasionado?». Y otra vez te dije: «Para él no existe más que el bien y el mal, lo bello y lo feo. No admite matices intermedios», y te echaste a reír y me dijiste: «*Entonces no es mi hijo*». Y yo: «Tengo miedo». Recuerdo que junté las manos y que tú me atrajiste porque adivinaste a qué tenía miedo. Y me dijiste: «*No temas*». Y por un momento me olvidé de todo, porque estaba oyendo tu corazón, en la caja del pecho, y hacía un ruido enorme. ¡Qué corazón más grande! Entrabas desde la Universidad y mirabas en la comodita del recibidor por si había cartas. Yo las había dejado allí sin abrir. Y entonces no acudías presuroso junto a mí, sino que avanzabas por el pasillo, rasgando el sobre, sin quitarte el abrigo, y me decías un distraído: «*Hola*». Y después las leías, empapándote con las palabras de tu hijo, las leías con tanta calma… Y yo leía los pliegos según tú me los pasabas, y de dentro me subía la señal. Del

fondo, del fondo de mí misma. Una señal del hijo que yo había llevado, que yo había alumbrado desde allí… Tenía ganas de acercarme a él y posarle la mano en la frente como cuando era chiquitín y no dormía, y decirle con una voz baja y sostenida que le hipnotizara: «Se-re-ni-dad». «*¡Qué bien escribe este muchacho! Como una fuente*». Y yo, que sin darme cuenta estaba pensando: «De un hijo no importa cómo escribe, sino lo que escribe», decía a media voz, porque me subía la reminiscencia: «que bien sé de do mana escondida —aunque es de noche…». Tú amabas que yo dijera cosas bellas aunque para expresarlas tuviera que usar palabras de los demás. Y quedábamos un momento quietos, enlazados, con una música delgada y ardiente entre nosotros, y yo me figuraba a un Carmelita con hábitos blancos y una coronilla orlándole la frente y una pluma de ave en la mano. «Que bien sé de do mana». El horizonte yermo se encendía, se cristalizaba. «Aunque es de noche». Ahora es de noche, amor… Y no sé de dónde mana la fuente, ni siquiera si mana. Aunque sé dónde está. Dentro de mí: lo que tú has dejado tuyo dentro de mí. Y una vez me dijiste cosas muy bellas, tuyas, propias, hablando de tu hijo. Me dijiste: «*Está en la edad heroica, Presencia. Descubre, avanza, lucha, vence o es vencido. No importa que todo se haya descubierto por otros, por mí mismo, su padre, a la edad suya, ni que la lucha sea secreta, ni que el triunfo se desorbite a sus ojos y el ser vencido le anonade. A ti te gustaría que viese la vida de una manera más humana. Ya llegará. Y para verla así hay que perder este bello ropaje de ahora, estos púrpuras y estos amarillos, y estos blancos incandescentes. Tiene fibra y ternura. Por eso, a veces, temo por él, no de él, como tú… No tendrá una vida blanda, el hijo, por mucho que te empeñes. Yo no la he tenido, y él no la tendrá. Está marcado. Irá como un joven héroe a buscar el sufrimiento porque está preparado para él. No todo el mundo lo está. Se lanzará sobre él con violencia, dándose. Y después de esta entrega comenzará a infiltrarse en él serenidad, perspectiva humana, amor o caridad, llámalo como quieras*».

Tú ya no puedes verle. Aquí está: abrazado, yugulado, uncido al sufrimiento. Y le viene de ti. Y le viene de mí, sobre todo. Lo sé. Lo estoy sintiendo. Y está sacudido de dolor, de humillación, de

desencanto. Porque tú no presumiste que tu joven héroe, armado de su arrojada fe, iba a chocar contra tu muro humano y a partirse el corazón en dos. Y que en aquel momento pensaría: «¿Qué he salido a buscar?», porque el bello ropaje de tus normas le sonaría a hueco, hasta el día en que las palabras resonasen de nuevo en el vacío —¡oh, Dios, clamo por ese día!— y lo llenasen de calor y sentido. Ni preveíste que iba a ser contra mí contra quien volviera su acerado e impetuoso juicio, y que lucharía cruelmente para verme en mi medida real, no en la mítica que él se forjó. Mandaste a tu hijo a la empresa con un arma bien débil: la ternura. Y ahora yo le veo vencido, derrotado…).

Aquella mujer que entraba. Aquella mujer que avanzaba. Aquella mujer que se arrodillaba… Se llevó las manos al pecho. Todo en ella clamó:

«Ventura, ¡Ágata está aquí! ¡Ágata ha venido! Al fin…».

XIV

PRESENCIA había alzado la cabeza y les miró. Froilán vio los ojos estrechos y alargados dilatarse y la boca temblar: «Que no grite», pensó. No se oyó un ruido, como si en la pequeña habitación hasta el aire se mantuviera en suspenso.

Ágata lo había ocupado todo, pareció invadirlo todo desde la puerta. Era como las ramas de acacia sobre la camilla o sobre las piernas del muerto.

La miraban. Ágata ignoró las miradas, las desdeñó.

No había dudado en la puerta, como Esperanza, ni se echó atrás en el pasillo: bajó del coche decidida, se compuso la mantilla, miró el número sobre la puerta de la casa y entró. Froilán la alcanzó en el portal y la cogió del brazo, oprimiéndole suavemente el codo.

Nadie había cogido su brazo cuando tenía trece años y perdió verdaderamente a su padre. Hubo dos choques en ella: «Me han abandonado. Una niña abandonada». Y rápidamente: «Mamá me ha mentido».

Durante años, no se acordaba cuántos, había creído a su padre muerto. Por la noche, antes de acostarse, rezaba con la institutriz: «Por el alma de papá». Algunas veces su madre estaba en el cuarto con ella y respondía al padrenuestro.

—De niña no entenderías… No quiero que te enteres por los demás.

Esa noche, cuando fue a rezar formulariamente, como siempre hacía, casi sin darse cuenta de por quién rogaba, se detuvo un momento. Recordó que acababan de decirle que ya no era una niña y tuvo frío. Dijo, con una gran angustia: «Por el alma de papá», y mientras recitaba el padrenuestro sola, en camisón, al pie de su cama, se mordía los labios para aguantar los sollozos. Pequeños

sollozos entrecortados y nerviosos que sofocó entre las sábanas.

(Mamá me lo dijo con compasión. «Bueno, ¿y qué? Nos ha abandonado. No cambia nada para mí…». Me daban vueltas las palabras de mamá. ¿Por qué me dijiste: «No comprenderías»? Es verdad. Pero… tampoco ahora, mamá, tampoco ahora. ¿Por qué? «Cosas de los hombres». No era un hombre, era papá. Yo era su hija. Yo no le hice nada).

—Y ahora, nena, vas a salir conmigo.

Como cuando tenía ocho años y se había portado bien. Y la llevó al teatro —¡santo Dios!—, al teatro en aquellos momentos.

—Ponte guapa para venir con mamá.

Y antes de que fuera a su habitación a arreglarse la besó en la frente, en las mejillas:

—Por eso… No tengo más que a ti.

Y Ágata rechazó las lágrimas que le subían porque era aún demasiado pequeña para dar.

Vio su cara en el espejo, con los labios tirantes. Sacó el abrigo de pana y se lo puso. Algo daba vueltas como un carrusel dentro del pecho. «Vamos al teatro…». Esperanza estaba perfumándose cuando se dio cuenta de que la miraban y se volvió, y vio a la niña, tan alta, en la puerta, con su abrigo de pana. «¡Pobre cría!».

—Ven, nena; un poco de perfume.

Y con el tapón de cristal le puso de aquel perfume seco y ácido detrás de la oreja y en el escote. «Ya está bien. Ya es bastante».

Y mamá dijo:

—Como una señorita… —animándola, ajena a que lo que dolía a su hija en el desconcierto del rostro era precisamente el desgajón de la infancia que se le iba. Y estuvieron en el teatro. Como si oyese timbres y campanillas por dentro. Se volvía nerviosa a todos lados. Y Esperanza no supo qué pensaba: «¿Y si estuviera aquí papá? ¿Y si estuviera en este mismo teatro?».

E infantilmente deseó: «Si me viese…». Porque le pareció que si la viese la querría. Y su imaginación de muchacha, aún tan próxima a las exaltadas fantasías infantiles, le sugirió que ella podía atraerlo. Y le pareció que era una empresa como atravesar los lagos helados de Suecia en pos de los Caballeros, o convertirse en salamandra por amor.

Había querido escaparse de casa cuando leyó la vida de Santa

Teresa y de su hermano Diego, y luego quiso ir a curar leprosos, a unas islas azules y perfumadas, en el Pacífico —tenía que ser precisamente en las islas—, y después se paseó por el cuarto de jugar arrastrando dos velos del colegio anudados para que hiciesen cola. Y se asomó con el rostro delirante a la ventana para ver si alguien la saludaba.

En el teatro pensó: «Ya está. Esto es». Ella iba a unir a su padre y a su madre, ella iba a atraer al hijo pródigo (no se podía decir hijo pródigo, más bien «padre»). Y los dos dirían: «La niña…». Y la besarían con orgullo. Casi se rió, y su madre la miraba contenta: «La edad. Bendita edad. Ya no se acuerda de nada». Y le compró un cartucho de bombones en el descanso. Ágata la miraba con los ojos brillantes, anhelantes, sonrientes. «He hecho bien en decírselo. Ahora me querrá más…». En el segundo entreacto salió con ella, para que viese que no la trataba como a una niña; fueron al ambigú, y Ágata tomó una gaseosa. Notó que la gente les miraba. «Mamá es tan guapa…». Mamá iba bellísima, con las pieles sobre los hombros, surgiendo el rostro, perfecto y frío, en contraste con aquel extraño fuego de los ojos, devorándola. Parecían comer terreno a la cara, sus ojos. Los hombres buscaban, alterados, aquellos ojos de mujer insatisfecha.

Ágata pensó: «Todos la miran. ¡Tan guapa!». Le dio rabia ser alta y fuerte y tener la nariz remangada y aquellas piernas enormes (no sabía qué hacer con ellas, tan largas y macizas, y mamá unas piernas esbeltas, torneadas, frágiles). Ágata no sabía que las miraban por igual a las dos.

«Va a ser guapa, la nena. Este tipo que ahora se lleva. El invierno que viene la mando a Francia. Está en la peor edad».

La peor edad confería gravedad a su niña y ansia. «Va a ser una amiga para mí». Ágata llegó a casa transportada. Cuando rezó: «Por el alma de papá», lloró por papá, por mamá, por su propia soledad y por su grandeza.

Froilán vio a Asís, le adivinó desde la puerta. Agradeció los batientes, entornados de la ventana, y aquella fresca penumbra donde comenzaba a pudrirse el olor de las acacias, o quizá no fueran las acacias las que se pudrían.

El olor no era, como en el amanecer, fresco y penetrante, sino agridulce y denso. Y Presencia estaba allí. «Que no grite», deseó

Froilán, porque vio cómo se alteraba al divisar a Ágata. Y Ágata, ignorándola —¿cómo iba a responder aquella menuda, delgada mujer (le había parecido más vieja ahora, con el rostro arrasado, y tan insignificante, hundida en la butaca) a la idea que Ágata tenía?—, se acercó a donde estaba la caja y se puso de rodillas. No miró al muerto.

«¿A quién se parece Ágata ahora? No es el gesto duro de su madre, es un gesto severo». Y sintió respeto por ella. Presencia reconoció, estremecida: «Tu hija…».

Asís no se enteró de nada porque estaba entumecido de sufrir. Froilán se colocó entre los dos.

Ágata, que miraba obstinadamente ante sí, entornó los ojos hacia aquel embudo de luz y paisaje que llegaba por la ventana entornada. Y después, fijamente, las brazadas de acacia debajo de ella, cubriendo los pies que muchas veces habían corrido con ella sobre los hombros. ¿La había querido aquel hombre? Al menos alguna vez, cuando era recién nacida, ¿la había querido? A Ágata le había dolido el desamor, no los hechos. Ahora ya no le dolía nada y estaba dispuesta a conservar su armadura para siempre, a no dejarse ablandar a última hora. Tan fácil, a última hora… Pero su vida, su adolescencia, su juventud, ¿quién se los devolvía? Y ahora, de un brochazo, «el pobre se ha muerto»…

(¿Qué me importa? No me importa nada. Para mí está muerto desde hace nueve años, más, hace dieciocho, desde el momento mismo en que deseó marcharse de casa, en que cerró la puerta detrás de sí y me dio su último beso. Si es que me lo dio… Idiota de mí, ¡unirlos! Averiguar dónde vive mi padre, qué hace…).

Le preguntó al tío Fermín.

—Padrino, no se lo digas a mamá.

Toda excitada. Y el tío Fermín pasándose la mano por la barbilla y diciéndola:

—Bien. Bien. Bien…

Como si no se decidiese a hablar.

—Así que eso te han dicho.

—Sí.

Y su cabecita discurría: «Riñeron y se marchó», como cuando ella se enfadaba. Y tío Fermín dijo con bondad:

—Bueno, procuraré enterarme.

—Secreto, padrino, es un secreto…

Y le pareció que tío Fermín ya lo sabía.

—¿Seguro que no lo sabes?

Y después:

—¿Cómo es papá? ¿Qué hace?

—¿No se lo has preguntado a mamá? ¿No tienes ningún retrato?

—No.

Y tío Fermín le dijo:

—Eso sí. Mira, eso… Tengo yo algo para ti…

Y ella pensó: «Un retrato. Un retrato de mi padre…». Y la casa recargada de cachivaches del padrino le pareció una casa mágica y que todo podía surgir de allí, entre los cojines o los viejos muebles, o los intersticios de pared donde no había un cuadro.

Tío Fermín resoplaba:

—Ayúdame… —porque el cajón del secreter pesaba. Y tiraron los dos. Estaba lleno de fotografías, en cartones muy tiesos, y fotos flexibles en papel brillante. Y por un momento se olvidó de que iba a ver la cara de su padre, porque todo aquello la apasionó: «¡Dios mío, Dios mío! ¡Cuánto hay que ver!», y el padrino juntó sus enormes cejas —le colgaban los pelos blancos sobre los ojos como un fleco rígido— y le dijo:

—Siéntate por ahí. Déjame que yo busque.

No quería que viese. Que no mirase. «Ah, Dios mío, ¿por qué no le llaman por teléfono?». Porque estaba sofocada del deseo de ver aquello que la defendían. El padrino buscaba y rebuscaba. Por fin levantó una fotografía entre los dedos y dudó, con ella en la mano. Era una foto pequeña de seis por ocho: un hombre joven, con un bigote fino sobre los labios, muy esbelto, tenía sobre los hombros a una niña. Un jardín alrededor. El hombre sonreía, y las piernas de la niña cabalgaban a ambos lados de su cuello. La niña llevaba un lazo enorme, de mariposa, sobre la cabeza. «Soy yo». (Papá la había llevado así. Papá había sonreído así, teniéndola). Se acercó a la ventana para buscar más luz. La foto le parecía oscura, oscuro el jardín. Quería más detalle. Tenía la nariz larga… «¡Papá! ¡Papá!».

—Aquí tengo otra.

(Las hicieron el mismo día. Es el mismo jardín. Y están los dos: papá me tenía en brazos y mamá se agarraba a él. Mamá parecía menos joven que ahora… Y papá… Aquí no sonríe. Me tiene en

brazos y no sonríe. No mira hacia la máquina, está vuelto hacia mí).

Amó a aquella fotografía instintivamente.

—Que no se entere mamá.

—Oh, padrino…

Le besó como no le había besado nunca, ni después de Reyes, que le dejaba tantas cosas en el zapato.

—Entérate dónde vive.

Confusamente pensó: «Tú me acompañas». Pero se veía sola, avanzando hacia su padre en un cuarto como éste.

—Y, ¿qué tienes en el cajón?…

Ahora sabía que tío Fermín estaba enterado ya y no hizo nada. No hizo nada por ayudarla porque no cabía ayuda ya. Y ahora sabía también que al verla terca, decidida, habló con su madre:

—Esperanza, no le digas nada. Si no, perderá confianza conmigo y es peor. Anda con cuidado: se le ha metido en la cabeza encontrar a su padre.

—Tú le habrás dicho algo.

—Vaya, hombre; si lo sé no te lo digo. No se puede tocar este punto contigo.

Le había dicho también:

—La pobre quiere uniros…

Y Esperanza se echó a reír, nerviosa, a carcajadas:

—¿Quién le habrá metido cuentos en la cabeza? La culpa es mía, por ser demasiado buena y andar con paños calientes. Le voy a contar la verdad, la verdad clarita…

—Mujer, a una niña…

—¿Qué quieres que haga? ¿Que la deje correr tras él y que se crea que yo la mando? Pero ¿no te has enterado, como yo, que se ha casado, que tiene un hijo?

—La nena no lo va a comprender.

—No, si todavía me pedirás que le idealice a su padre, para que entonces resulte yo la mala… De este asunto no se habla más. Lo termino de una vez.

—Esperanza, no te precipites…

—Hago lo que quiero.

Se puso en pie, como despidiéndole:

—Gracias por haberme avisado.

Tío Fermín quiso retrasar el golpe:

—No, hija; no te empeñes en echarme, que no me voy. Me quedo a comer con vosotras.

No se podía evitar. A la noche, Ágata acababa de acostarse cuando Esperanza entró. Se puso a hablar con ella distraídamente, recogiendo sus cosas, ordenándolas. Ágata, apoyada en la almohada, la miraba y se mordía las uñas. «Mamá sabe algo. El padrino…».

—Escucha, nena…

Mamá, sentada sobre su cama, hablando sin mirarla casi, con voz de fría rabia. «¿Rabia por qué? Yo no tengo la culpa».

—No te dije todo porque no me parecía el momento. Pero ahora sé que lo es. Tu padre, cuando nos dejó, ¿entiendes?…

Hablaba despacio, mirándola y recalcando para hundirle bien las palabras dentro.

—… se marchó con otra mujer.

(¿Con otra mujer? ¿Qué podía hacer con otra mujer? ¿Para qué con otra mujer?).

—Nos abandonó, ¿comprendes?, a ti y a mí, por una mujer cualquiera. Me da pena decírtelo: se ha vuelto a casar.

—Pero tú…

No acabó: ¿Pero tú no te has muerto?

—Claro, para Dios es como si no se hubiese casado. Pero vive con ésa y… puedo hablarte ya como a una mujer, Ágata, han tenido un hijo.

Ágata no habló. El telón se alzaba y se bajaba, se alzaba y se bajaba. La gente declamaba sus papeles: «Tu padre…». «Se ha casado tu padre». «Tienen un hijo…». (Que se vaya mi madre. Me ha hecho daño).

Y mamá consolaba:

—De pequeña te dije que había muerto porque no entenderías.

Salvajemente, ferozmente, el deseo: «Cuanto mejor. Muerto. ¿Por qué no está muerto? ¿Por qué no me lo creo yo? No quiero saber nada. Se ha acabado. No quiero saber más nada de nada».

Mamá, antes de irse, dijo aún:

—Vive en pecado, Ágata. Tú, que eres una niña buena y piadosa, sabes lo que es eso. Y esto sí puedes hacer: pedirle a Dios por él.

A Esperanza se le había ido la rabia y la invadía la duda.

—Esta noche voy a rezar contigo.

Se puso de rodillas y levantó la cara hacia la Virgen sobre la mesilla:

—Por el alma de papá.

«Una farsa. Dios me va a castigar. Las cosas no han sido así. Es por el bien de la niña. Que sea desgraciado, que aprenda, que aprenda, por lo que me ha hecho, por lo que me hizo. Tendría gracia que después se salvara como los demás. ¡Ah, pero mi hija no! Mi hija no te la llevas, Ventura. Te lo dije por teléfono: la defenderé, es mía. De su madre. Las hijas son de las madres».

—¿No contestas, Ágata?

Un murmullo desde la cama.

Cuando Esperanza se fue, ella echó las sábanas abajo. El cuerpo le ardía. «Un hombre puede estar con una mujer que no es la suya. Puede tener hijos de una mujer que no es la suya…». ¿Cómo era aquello? Le había dicho Encarnita… Se imaginó a su padre —al padre esbelto, del fino bigote— en un jardín con una mujer, con su madre, con una mujer, con su madre… y hacían porquerías. Algo sucio y revuelto. Se ahogaba. Una náusea invencible le subió desde las entrañas, la sacudía: «Qué asco, los hombres. ¡Qué asco!». Se sintió sucia, manchada por manos que jamás la habían tocado. «¡Qué asco! ¡Qué asco!». Y sacó del libro de misa las dos fotografías. No se detuvo a mirarlas. Las rompió, las hizo añicos, con aquella extraña fiebre temblándole en los dedos, en las rodillas. Abrió la puerta del cuarto de baño. ¡Qué bueno el frío del mosaico bajo la planta de los pies desnudos! Echó los pedacitos por el retrete. Se quedó tonta, pasmada, mirando cómo el agua caía, revolvía en torbellino los papelitos, los cogía y los arrastraba.

XV

FROILÁN deseó que su mujer sintiera misericordia hacia el muerto. Era difícil, porque tenía una idea falsa de la situación y habían sido tantos años creciendo primero con indiferencia, luego con un rencor sofocado. La veía de perfil —el joven y gracioso perfil de Ágata—, severa y ensimismada, sin que ni por un momento se volviese o se inclinara hacia el padre en la caja.

«Me gustaría saber lo que piensa. Qué hay detrás de esa frente». La frente era estrecha, con un pico pronunciado en el arranque del cabello. «Es testaruda».

Aquella joven arrodillada era como una hermana diferente, un reflejo en el fondo que avanzaba, se superponía, más Ágata que Ágata misma.

Aún ayer noche habían salido con unos amigos. Mientras bailaban él sintió bajo su mano la espalda desnuda de su mujer. Se acostaron muy tarde, a la hora en que probablemente, Presencia volvía con la ambulancia a casa. Nada avisó a la hija de que aquello sucedía, no hubo intuición ni presentimiento. Recordaba perfectamente su sonrisa mientras bailaban.

Pero Ágata podía ser también así, severa e inflexible. Él, que la imaginaba siempre débil y manejable, supo que se equivocaba radicalmente con su propia mujer, ¿no se habría adjudicado una personalidad que le convenía, sin intención previa, pero porque instintivamente se escudó en ella, se ocultó tras ella? Ágata, en el fondo, era ésta. Le parecía más digna y más compleja. «Podríamos haber vivido años y años sin conocernos». Volverían los días fáciles, y esta última Ágata, ¿desaparecería de nuevo? «Me gustaría que fuese como es, como ha sido siempre, pero en la intimidad, para mí solo, o en los momentos importantes, esta joven desconocida que es

ella misma. Ha sido siempre pura. Me acuerdo, cuando nos casamos, cuánto me sorprendió su íntegra pureza. Con sus costumbres ligeras, otro hubiera sospechado…».

Tenía un miedo cerval a las relaciones físicas. Había cierta conexión, sin duda, entre su temor y su nueva imagen de ahora. Entonces pensó:

«¡Qué fría! Cualquiera supondría lo contrario, viéndola tan vehemente, y se llevaría un chasco. De novios no se cansaba de besarme. Me encendía y ella parecía anhelante. Me acuerdo que tardé en decidirme porque tuvo un poco de miedo: aquella muchacha tan apasionada, tan sin recato abrazándome… Además no me negó que la habían besado ya; desvió la mirada y se rió, nerviosa:

—Pues si quieres, déjame…

Fue lo único que dijo. Desde el principio supe que me necesitaba. Se reía de mí porque, según ella, se me veía aún el pelo de la dehesa.

—No seas anticuado.

Ahora creo que se casó conmigo precisamente por eso… Ella misma me contó todo lo de su padre, de una manera tan impersonal que pensé: «¿Cómo puede ser tan frívola?». Eso me pareció entonces. Debía de estar a la tortura mientras me lo contaba. No éramos novios todavía: estábamos en Club de Campo y ella tendida en una tumbona con la lona anaranjada, y que era como el reflejo de un fuego. Se detenía de cuando en cuando con risitas cortas. Lo explicó dando por descontado que yo lo sabía. Me dijo:

—Nos abandonó cuando yo tenía cinco años.

Y yo no me atrevía a decirle: «¡Pobrecilla!», porque intuí que le sentaría mal. Dije sólo:

—¡Qué mala suerte!

Y ella se volvió rápida hacia el otro lado, y contestó:

—Mi madre es perfecta. ¿No la conoces?

Alzó el brazo y entonces pensé que se cubría los ojos porque el sol la dañaba. Llevaba un traje sin mangas, rasgado en las axilas. El brazo curvado, bellísimo, me distrajo.

—Me casaré con un hombre mayor que yo. Mucho mayor que yo. Que tenga canas.

¡Buscaba a su padre! Un hombre paternal… Pero yo no lo soy,

paternal. ¿Por qué me aceptó? Tenía tantos…

«No seas anticuado, Froilán». Y sus ojos me reían. Anticuado porque no me gustaban algunas de sus amigas, porque yo mismo la apartaba un poco cuando se me ceñía al bailar, y si me pasaba la mano por la espalda y sentía su palma en la nuca, le decía:

—No, Ágata. Aquí no.

Y ella se reía de mí… Anticuado porque dejé de verla después de besarla la primera vez. Y fue ella la que me llamó por teléfono:

—¿Qué es de tu vida? ¿Te has muerto?

Me dio rabia que fuera tan despreocupada cuando tenía que haberse dado cuenta de mi desencanto… No era despreocupada: me quería. Debió de temblar que yo, irremisiblemente, la hubiese abandonado también.

Aquel muchacho desgarbado, con los ojos enrojecidos —el hermano de Ágata—, se apoyó en el borde de la caja para levantarse. Llevaría tiempo arrodillado porque se adivinaban las articulaciones anquilosadas. Tuvo que hacer un esfuerzo. Era muy joven. Ágata se volvió al notar el movimiento y se miraron fugazmente. (Presencia se apretó las manos).

Desde lejos, con aquel zumbido en las orejas como si estuviese a mucha altura, Asís la miró con indiferencia. No adivinó quién era, pero le pareció ilógica aquella mujer allí, tan vital, deslumbrante, con el rostro impasible y ligeramente desdeñoso —los ojos escurriendo su mirada por la cara de él—. Algunas vecinas se habían marchado ya, otras cuchicheaban cerca de la ventana, mirándoles con curiosidad, o pasaban las cuentas del Rosario. Aquella mujer joven estaba de rodillas, pero no estaba de rodillas. Era solamente una postura: no parecía rezar, ni dolerse, ni siquiera deseaba aparentar que rezaba o se dolía. «¿Qué hace aquí?». Era una mujer de otra clase. La acompañaba un señor joven, y su madre le miraba, medio alzándose de la butaca, con expresión vigilante. «—… Con una señora muy rica. Y tenían una hija…». Se dirigió hacia la puerta. Los pies no pisaban firmes, le dolían los huesos de las piernas. La humillación le quemaba las lágrimas.

Fue a la cocina y él mismo se llenó un vaso de agua. (Tenían una hija). Veía caer el agua del grifo. «¿La tuvo padre en sus brazos? ¿Cuántas veces la vio? No hablaba nunca de ella».

Ágata le siguió con la vista mientras salía —deseando

esconderse, lo adivinó— con aquellos brazos demasiado largos en las mangas que le habían quedado cortas. Pensó: «Es distinguido. Tiene buena facha», y sin querer bajó los ojos al muerto. Froilán vio que levantaba la cabeza rápidamente y la giraba hacia la ventana, cerrando un momento los ojos, respirando de prisa, de prisa, como si le faltase el aire, y en el instante en que él iba a inclinarse para sostenerla, ella se volvió con las mejillas pálidas y los ojos oscurísimos, y le dijo —su voz resonó alta, despiadada y clarísima en el cuarto—:

—¿Cuándo nos vamos?

La ayudó a ponerse de pie. Algo la había trastornado, revuelto. Se pasó la mano por las rodillas levantando un poco la falda. Cruzó delante de Presencia, que ya no la miraba, que tenía los ojos fijos en el suelo y un rictus en la comisura de los labios. Froilán le cedió el paso y se inclinó ante Presencia. Murmuró apurado:

—Hasta luego. Vendré a las cuatro.

(Vuelve. ¡Vuelve! Dile algo a tu padre. Toca lo que le cubre. Besa la cruz pequeña del Rosario… «Tiene los dedos como yo, con los nudillos marcados. Los tenía ennegrecidos, despellejados. ¿Le dolió?…». Vuelve. ¡Vuelve! Qué importa lo que digan. Inclínate… Aunque no te haya querido nunca, no te marches así. Te pesará. Se volverá contra ti. ¡Vuelve, Ágata!).

Qué pronto terminaba el pasillo. Corto al venir, corto para marcharse. El muchacho surgió por una puerta de la izquierda. «Ha llorado. Él puede llorarle porque le quería. De pequeña pedí que me trajeran un hermano. A él no le faltó. Viviendo mi madre…».

Se enderezó. La puerta.

(A la cruz del Rosario… ¡Perdona!).

«¿Qué piensa Froilán? Se ha portado divinamente. Con mi padre… Espera algo de mí. No. ¿Quién me devuelve lo perdido?… *Vuelve*».

Salieron del recibidor oscuro a la claridad del descansillo, a la escalera ancha. Los pasos de Froilán detrás de ella. Si estuviera sola… Si no hubiera nadie… Bajó las escaleras sin retroceder, pisando fuertemente para oír el ruido de sus tacones en la madera fregada.

En la acera que correspondía a la casa daba el sol. Cruzaron. Ágata miró la hora en su reloj. Dijo:

—Van a ser las dos ya.

Froilán la cogió del brazo. Bajaron por la calle en cuesta. El suelo se le escapaba, como si no fuese firme… (No se lo diría a Froilán. Estrellitas, rayitas doradas o azulísimas).

«No es la impresión. No estaba muy segura, pero es eso…».

De repente pensó: «Sentí el primer mareo delante de mi padre». Volvió a pensar: «De un muerto. Que no le traiga desgracia».

Caminaba sujeta por el brazo del marido y Froilán debía de atribuir su debilidad a otra causa. Algo se rasgaba en ella, maduraba en ella. Deseó al hijo. Lo deseó con todas sus fibras, fieramente:

«Que sea un niño. Quiero un niño».

Se abandonaba contra Froilán. Por primera vez desde que estaba casada se dio cuenta que no se trataba de muñecos de carne, nacidos de un momento fugaz, sino de seres humanos que llegaban desde nuestra infancia, desde nuestra vida toda, cuajados en un momento.

«Será el ser más feliz del mundo. Todo lo que yo no he tenido…».

Quiso a aquel hijo por nacer apasionadamente, desde el instante mismo. Y lo anhelaba hombre.

«Quiero ser madre», pensó, porque supo que esta vez iba a ser otra cosa.

La vida. La vida pequeña yendo de ella a aquel incipiente ser humano. Eso era lo que ella daba, no la muerte.

XVI

TODA la gente se había ido marchando. La hora de comer. Quedaban Presencia en la butaca y el hijo en una silla baja, junto al féretro. Miraba a ratos hacia el embudo de la luz que les llegaba desde la ventana, a ratos hacia su padre, a ratos hacia el suelo. A ella no la miró.

«No puede ni pensar. Está como idiotizado. Demasiados golpes seguidos —ha reconocido también a Ágata— y además sabe que ahora, a las cuatro, vendrán por el cuerpo. ¡Pobre hijo mío!».

Se levantó y fue hacia la cocina. La criada comía, apoyada en la mesa.

—¿No ha preparado usted nada?

¡Qué absurdo! Le tenía perfectamente sin cuidado comer, pero Asís debía alimentarse. Le esperaba lo peor aún. Se sentiría mejor después de haber comido.

«Hasta luego», había dicho Froilán. Qué buen marido el de Ágata. ¿Con quién se casaría Asís?

«Vendré a las cuatro». Para el entierro. ¿El entierro de quién? El entierro de Ventura…

Se llevó las manos a la frente. No era posible. Ayer mismo, a esta hora, estaba llegando a casa, avanzando por el pasillo. Ninguno de los dos presintió que era la última vez, que nunca más viviría el mediodía. ¿Qué le dijo? ¿Cuáles fueron sus palabras? No se acordaba. Ella estaba en el comedor cuando él entró.

—*¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?*

Era más fácil recordar sus palabras del pasado que las que pronunciara ayer. Quizá algún día volvieran, una a una, las que ayer dijo cuando llegó a su casa y la besó distraído, o mientras comían.

«Cuando entraste, la tarde aquélla, sentí como un puño en la garganta. Nada podría ser como antes. Algo iba a aclararse o a romperse. Un frío ardiente que me atravesó, de arriba abajo, nada más verte».

¿Qué había dicho Ventura ayer, al saludarla, besándola en la frente? ¿Qué había dicho mientras comían? Hablarían de Asís, siempre hablaban de algo referente a él. Dijo —eso sí— algo como:

—*Ya empieza el calor*.

Y Presencia automáticamente pensó: «Tendrás libre. Estarás más en casa».

Los exámenes, una época fastidiosa. Se cerraba la Universidad y Ventura aprovechaba para escribir y leer hasta altas horas de la madrugada. Publicaba poco. Ella se quejaba:

—¿Por qué no recoges tus lecciones? ¿Esto mismo que me dices a mí?

Ventura sonreía, escéptico.

—… Las conferencias que has dado. Son magníficas; lo dice todo el mundo, no es cosa mía.

Se daba cuenta de que la distanciaba con su sonrisa.

—Debes publicarlo. Te debes a los demás, en cierto modo.

A Ventura le impacientaba que ella se inmiscuyera en su trabajo, y al propio tiempo lo agradecía. Fue aprendiendo a callarse. Los hombres hacen compartimentos estancos: el trabajo (la vocación) y la vida —la vida y el amor (amor como pasión humana, no forzosamente sexual)— o la vida y la familia. Ella era más homogénea y todo afluía, participaba del eje central de su vida: Ventura.

Había llegado a ella de una manera imprevista, el día en que menos lo esperaba. Eran tiempos difíciles para él. En la Universidad comentaban:

—No puede dar clase. Le han formado expediente.

Una viva sensación de injusticia. No atendía a las palabras del suplente. «¿Por qué?»… La clase era un bordoneo, indisciplinados. Notó las pequeñas traiciones de alumnos que le admiraban, de muchachas que le escuchaban extasiadas y corrían a la salida de clase para acompañarle. «Chicas, ¿sabéis lo que me dijo?». Valle le había sacado una fotografía, por los pasillos, sin que él se diera cuenta. La repartió entre sus amigas. Ni se le ocurrió que Presencia

podía desearla, ni Presencia la hubiese cogido. «No estoy enamorada de él, ni ellas tampoco. Son estúpidas. Pero oírle es como encontrarme».

—Debió de portarse mal durante la guerra.

—Estaría con los rojos.

—Valiente, no es un hombre valiente… Creo que fue algo pastelero.

—¿Cómo podéis decir eso?

Las amigas la querían, sonriente y abstraída, tan absolutamente gris. ¿Por qué se sofocaba?

Estaban en los pasillos, a la salida de clase, y se fue formando un grupo en torno a los más enterados.

—Pregúntaselo a cualquiera.

—¿Quién me dijo que estuvo en el frente con los nacionales?

—No es posible. En el frente…

Sí. No parecía posible, con su aspecto ausente.

—… Se cargaría los propios objetivos.

«¿Cómo pueden ser así, tan crueles, buscándole fallos? Ayer le querían, se precipitaban a cogerle la cartera cuando llegaba por este mismo pasillo, con su aire de despistado. Siempre había alguna montando guardia a la entrada de la Facultad para venir con él, y nos miraba, suficiente y triunfante. Yo le esperaba dentro de la clase. Todo aquello no me parecía serio ni digno de él».

Una vez le había preguntado algo en clase y Presencia se puso en pie, casi cubierta por el alumno de delante.

—*¿Cómo dice? Hable más alto*.

Todas las caras se volvían hacia ella sonriendo. Ella forzó la voz, aspirando los finales más que nunca. Ventura parecía esforzarse para oírla.

«—Está casado con una mujer riquísima. Una tía estupenda. Mis padres la conocen».

Los muchachos que se sentían vejados porque las más guapas de la clase se enamoraban del profesor y les trataban como a chiquillos, se vengaron. Lo seguro eran ellos, con un porvenir por delante, y no aquel hombre vivido y encima sin riñones.

—¿A ti te gusta un hombre que no sabe ni agarrar un fusil y liarse a tiros?

—No es de los que dan la cara. De seguro que ése cerdeó con los

rojos.

—¿Cómo podéis decir eso? —insistió Presencia.

—Toma por lo que dicen.

—Sin una prueba, sin estar seguros… Él está por encima de esas cosas.

—Ay, hija, no. Nada de seres aparte. El que la hace la paga.

—Mientras mataban a mi hermano, él con sistemas sobre la proporción.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Y tú, ¿cómo sabes que no?

—Otra que está por él. ¿Qué os ha dado?

A Presencia se le agolpó la sangre en las mejillas. Estaba indignada.

—No —dijo—. No soy tan ridícula, pero no me creo sin más ni más lo que me cuentan. Estáis como los cuervos… Parece mentira, aún ayer…

—Peque, no seas pesada.

Una muchacha dijo:

—Tiene razón Presencia.

—Ven aquí. No te vayas así, mujer.

No tenía ganas de llorar. Sentía asco y desprecio, y un gran interés por el ausente. Preguntó al bedel la dirección del profesor.

—No creo que venga más por aquí.

—Tengo que devolverle unos apuntes…

Con la dirección en la mano no supo qué pretexto buscar para llegarse hasta la casa.

Había pensado impulsivamente: «Iré a verle». Quería que la viera y que supiera hasta qué punto sus lecciones… «Le debo esto. Tengo que decírselo».

Por la tarde recorrió las calles, no al albur, sino siguiendo un rumbo.

Toqué el timbre con las manos sudorosas y frías. Tardaron en acudir. No pasaba nadie por la escalera. La puerta era verde, oscura y alta. El timbre era una anilla dorada, y se tiraba de ella. No se oía el timbre; debía de ser una casa antigua de mucho fondo. Toqué, y toqué, más decidida al ver que no me abrían. «¿Estaremos sin corriente?». Pero por fin una muchacha abrió y me dejó pasar:

—… Está. Espere un poco; voy a ver si puede recibirla. ¿Quién

le digo?

—Una alumna de primero. Para cosas de clase.

Más serena desde que entró en la casa. Era una casa grande, buena, en el barrio de los Jerónimos. En la puerta no había letrero de pensión.

—Que pase.

Llevaba su cartera de estudiante contra el pecho. «¿Quién me ha mandado venir? ¡Qué disparate!». Había preparado mentalmente la entrevista, se la había repetido a sí misma cientos de veces desde la mañana.

Una oleada de intimidad y pudor ante el cuarto de Ventura, porque él estaba en su cuarto y se adelantaba hacia ella. Una habitación espaciosa y muy sencilla: la cama de barrotes cromados, la mesilla —a la derecha, un biombo tapaba el lavabo de agua corriente—, junto a la ventana una butaca de mimbre, y adosada a la pared una mesa con papeles revueltos. Un armario. Librerías. Libros apilados por el suelo, encima del armario. Los visillos eran de ganchillo rojo.

La reconoció.

—*Siéntese usted.*

Le adelantó la butaca de mimbre y él se sentó en la silla. No estaba triste ni dolido. No necesitaba de nadie. Era un hombre silencioso y profundo, no como aquellos muchachos que cifraban la hombría en una petulante seguridad, en hablar alto, en tener buenos puños, en presumir de machos. Aquél era un hombre. Tan distante para ella… No se podía decir nada de lo preparado. Repentizó:

—Clases particulares… Estoy tan atrasada…

Él volvió imperceptiblemente los ojos hacia las cuartillas dispersas. Debía de haber pensado en aprovechar el tiempo para escribir, ahora que iba a sobrarle. «Le estoy fastidiando». Se volvió hacia ella:

—*¿A qué hora le conviene?*

«¿Con qué dinero? ¿Cómo se lo digo a los tíos? No puedo preguntarle cuánto me va a llevar».

Así comenzaron las lecciones. Presencia llegaba a las seis, en días alternos. Conoció a la dueña de la casa. Se llamaba doña Anita y era una señora mayor, viuda, sin hijos, que adoraba a Ventura. No

tenía más huésped que él. «Avaló a mi hermano, y gracias a él…».

A veces hablaba con la niña. Doña Anita la llamaba «la niña», porque tenía veinte años y parecía mucho más joven. Instintivamente Presencia se protegió en aquel trato infantil. Hábilmente fue enterándose de cuanto se relacionaba con Ventura. A doña Anita le gustaba hablar, y la muchacha era silenciosa y escuchaba.

—Tómate esta manzana, niña. ¿Cómo anduvo hoy la lección?

Hablaban junto a la puerta. ¿Qué había sido la lección? Presencia no estaba muy segura. Sabía que se iba plena, henchida. Nunca llegó a decir a Ventura nada de cuanto había proyectado.

Una tarde le encontró sentado ante la máquina. Escribía con un dedo velozmente. No se movió al oír la puerta. Presencia esperó un momento, de pie. Pensaba si se habría dado cuenta de que estaba allí, cuando él dijo, señalando con la barbilla hacia la butaca:

—*Siéntese. Acabo en seguida*.

—Si quiere, se lo escribo yo. Sé escribir a máquina.

—*Tengo un poco de prisa*.

Dudoso, pero aceptando porque la vio quieta, incómoda. Presencia se sentó y puso sus dedos sobre el teclado. Le pareció recoger la pulsación de sus yemas delgadas. Al principio, él se paseaba por el cuarto. Después se inclinó sobre lo que escribía y por fin cogiendo las cuartillas:

—*Le dicto…*

Dictaba paseándose. Presencia escribía ligera. «¡Que no me retrase!».

Dijiste:

—*Gracias*.

—Si quiere, vengo mañana y le paso todo en limpio.

—*Mañana no es día de lección*.

—Es lo mismo.

Tú me mirabas y debiste de darte cuenta que podías disponer de mí como quisieras.

—*Yo no estaré aquí mañana. A esta hora tengo quehacer. No sé lo que me da…*

Desde entonces fui a la casa de Espalter todas las tardes, una para estudiar, otra para escribir. Fue mi manera de pagarte las lecciones. Tú mismo lo dijiste. No solías estar en casa el día en qué

me tocaba trabajar para ti, al principio. —Trabajar para ti era una forma de amarte—. Pero después te acostumbraste a dictarme y ya estabas aguardándome cuando llegaba.

—*Vamos, Presencia.*

Sonreías. Nunca hablamos del motivo que te había alejado de la Universidad; cómo iban tus cosas. Tú no me preguntabas por mi vida. En las clases me hablaste de un Ser Supremo. Yo te dije que no creía en nada. Afirmé, aún más fuerte de lo que sentía, y tú te sorprendiste: «*¿Cómo es posible?*». Te fijaste más en mí. Me razonaste la idea de un Hacedor.

—*Dígame, ¿pero sus padres…?*

—No tengo padres. Vivo con mis tíos. Él es radiólogo. Dice que no se ha tropezado nunca el alma.

Sabía que lo que decía era vulgar y estúpido y falto de base, pero aquella tarde estaba cansada y sordamente deseosa de sacarte un poco de quicio. Te quedaste un momento callado, mirándome. (Tus ojos me miraban tan detenidamente, tan hondamente, que una gran llamarada se me encendió —la hoguera alta, con llamas como lenguas, calientes, encendidas, incitantes—. Yo saltaba por encima: un gran salto mortal sobre la pira. El rostro arrebolado del reflejo del fuego, no por sí mismo. Inverosímilmente alta, suspensa sobre la pira —las piernas como teas—, las lenguas ardían sin tocarme, mi falda era como una campana y me purificaba, me purificaba…).

Me parecía que tenías que ver mis palpitaciones a través del jersey. Seguías mirándome y los labios me ardían, me temblaban.

—*Bien. Estábamos en Copérnico. Era nuestra lección de hoy*.

A veces volviste a preguntarme con curiosidad, con interés, sobre mi falta de fe.

—*No está usted en contra, no niega usted la idea de Dios: simplemente la desconoce. Todo requiere una preparación, una formación, una adaptación. Usted ha vivido tan sola, tan abandonada…*

—Mi madre estaba siempre rezando.

—*Una cosa es creer y otra fe: la fe exige conocimiento y entrega. La credulidad está bien para los crédulos. No puede satisfacerle. Estamos hablando de fe, en su caso. Además, cuando vivia su madre era muy niña, ¿no es eso? Y demasiado*

independiente. Usted no admite sujeción.

Se rebeló un poco:

—Todos dicen que soy dócil.

—Es diferente. Se puede obedecer sin espíritu de obediencia. El medio agnóstico en que se ha criado… Ha crecido usted sin pensar en ello; de corte marcadamente intelectual, ha empezado usted por sí misma; eso no quiere decir que la fe no esté en usted de alguna manera.

Ella repitió, obstinadamente:

—No creo en nada.

«No sé hasta qué punto no es morboso desear ser compadecida por él, dirigida, analizada, auscultada por él».

Toda su adolescencia le estalló en aquel cuarto. Quedó tan indefensa y tan concreta al propio tiempo. Dejó de contenerse, de esquivar su mirada. Halló un valor inaudito, una fuerte heroicidad en no encubrirse. Algo dijo su intuición aguda de mujer que había dejado de ser muchacha: «Necesita de ti». Y llegaba sin veladuras, con su ansia apasionada, sonriéndole desde la puerta, e iba hacia la máquina y escuchaba su voz en el dictado.

De cuando en cuando apartaba el pelo que caía, tapándole los ojos.

—¿Se cansa?

Estaba junto a ella. Veía en sus ojos la inmanente ternura de la muchacha.

—No…

Se daba media vuelta y reemprendía el paseo por el cuarto.

«Entonces yo me sentaba en la silla y tú más bajo, en la butaca, de espaldas a la ventana. Al llegar la primavera no encendías la luz porque los días eran más largos».

Había terminado ya la hora de la lección y ellos seguían hablando pausadamente, la interrogaba o se mantenía silencioso. Ella vivió aquellas horas tranquila y enajenada al propio tiempo y cuando se encontraba en la calle le zumbaba su voz en los oídos se cruzaban sus palabras en su cabeza. No se preguntaba: «¿Me quiere?». Sabía que no era posible, tan lejano… Pero supo también que no le era fácil prescindir de ella.

«¡Dios mío, qué hipócrita soy!», porque a la salida del cuarto procuraba ver a doña Anita, sonreírla y fingirse infantil,

defendiéndose.

—Don Ventura te quiere mucho. Podía tener una hija de tu edad.

Un día, Ventura estaba dictando y se inclinó sobre ella para comprobar si lo había tomado bien, y al mismo tiempo ella levantó la cabeza. Le rozó con sus cabellos. Él no se movió. Quedó un momento así, sintiendo el cabello en sus labios, pero no la miraba. «No está leyendo. Que no me diga que está leyendo».

Cuando recogió sus cosas para marcharse, el hombre dijo:

—*¿Va a su casa?*

—Sí.

—*La acompaño. Voy con usted.*

Ella tuvo ganas de decir: «Doña Anita…». Salieron juntos. Doña Anita sonrió, maternal.

—Hace bien en estirar las piernas. Todo el día encerrado…

Caminaron absolutamente en silencio, Prado abajo hasta tomar el trolebús. Él no encontró asiento. Iba de pie y oscilaba en los frenazos. Bajaron juntos a la Plaza de Oriente y se dirigieron por Bailén hacia el Viaducto. Ella dijo tontamente:

—Por aquí se suicidaban.

Ventura se inclinó sobre la barandilla mirando hacia abajo. Los raíles del tranvía, la calle honda, los árboles envejeciendo resignadamente en el desmonte, escalerillas difíciles, quebradas.

Cruzaron, yendo a acodarse sobre el pretil de la derecha: el Seminario, el barrio de Extremadura con su aire de pueblo urbanizado y sudoroso, de pueblo satélite para obreros. Un espacio de tierra melada y plana… Lo que luego verían desde su casa. Nada les anunció que aquel horizonte iba a formar el fondo de sus vidas, y que ella lo vería a través de la ventana con Ventura muerto.

—Muchas veces he venido yo sola aquí, y me estaba así horas…

Y se encontró narrándole sus correrías solitarias:

—Andaba… Andaba… Como las cerezas. Una calle traía otra. Me parecía que algún día iba a hallar algo, que me esperaba algo maravilloso…

No hablaron más.

«Quisiera que no me despidiese en la puerta; ¿qué les importa a los tíos?».

—*Mañana le dejaré las cuartillas preparadas, pero no estaré.*

Mañana no es posible.

(No me mentiste. No me dijiste: «Tengo quehacer. Tengo una clase». Dijiste: «*No es posible*»; y yo supe que, en efecto, cada día era menos posible seguir viéndonos así, menos posible escapar a aquel mutuo imantarnos. «Si yo dejase las lecciones…». Pero yo no podía privarme: era demasiado joven para renunciar o para pensar si podías recibir un bien de mi renuncia.

Estuve media hora en tu cuarto sin trabajar, de pie, mirándolo todo, no por curiosidad, sino para poseerlo de alguna manera: tu cama, tu lavabo —por primera vez di la vuelta al biombo y vi mi rostro arrebatado en el espejo—, tus libros. Me ahogaban las ganas de llorar. Si hubiesen entrado en aquel momento… Tú te habías dado cuenta, eso era lo cierto. Me sentía turbada y humillada como si estuvieses viendo al aire mis costillas, los huesos pronunciados de mis caderas, mis pechos de muchacho, los muslos flacos que no juntaban bien. Estúpida de mí, ya nada podría seguir o ser como antes… Me senté ante la máquina. Copié tus palabras sin atención, mecánicamente. Toda yo era una sensación viva, no pensamiento. ¿Qué iba a pasar mañana? La clase… Buscarías medio para cortar la clase.

Estabas escribiendo a máquina cuando llegué. Me miraste absolutamente sereno. *Buenas tardes, Presencia*. ¿Cómo podía yo haber pensado que tú estabas turbado, que algo en ti me llamaba, tiraba de mí? ¿Cómo pude creer que aquellas exploraciones tuyas por mis pensamientos fuesen otra cosa que tu interés humano hacia todos? «Me aprovechará para sus ensayos. Una experiencia». Me sentí sarcástica y pude conservarme fría. Tenías una cuartilla en la mano. Habías hecho apuntes para ceñirte a ellos durante la lección, trabajabas en eso cuando entré. Dos veces dijiste: *Usted que es aún muy niña… Una criatura como usted*… Me subió una indignación sin nombre.

—Presencia, si le parece podemos suspender las clases hasta octubre. Si usted desea reemprenderlas en octubre… Porque, debe saberlo, he sido repuesto en la cátedra. Continuaremos allí nuestras lecciones. Ahora voy a ausentarme unos días, y usted tiene que preparar a fondo sus exámenes.

Tuve ganas de decirte: «Yo no me voy. No me eches», pero no

podía decirlo. Dije:

—¿Y la máquina?

—No tengo humor ahora. Estoy…

Te inclinaste levemente hacia mí y me dijiste:

—Yo estoy casado, Presencia; tengo una hija.

Viste en mis ojos que lo sabía.

—Mi hija está enferma, estoy preocupado. No tengo la cabeza para nada.

Pensé: «Yo, que me había creído… Su afán de compañía la otra tarde era él quien la necesitaba. Estaba preocupado por su hija. Se sentía más solo. Yo creía que sentía como yo. Entonces…». Era más fácil hablar contigo si la turbación y aquella diferente manera de portarte nacían de esa angustia. Me hallé perfectamente tranquila preguntándote:

—¿Qué edad tiene su hija?

Y me hablaste de Ágata por primera vez. Con dolida ternura. «*Su madre quiere llevarla a la Sierra*».

Su madre, tu mujer. ¿Os veíais? Tus propias palabras me dijeron que no. No supe hasta días más tarde que era una amiga de tu mujer la que te tenía al corriente de todo.

—Siendo así, si le parece, yo vendré a escribir a máquina como siempre. Puede dejarme la labor preparada. Suspenderemos las lecciones, porque comprendo que no tendrá ánimo.

(¡No cortar los puentes!). Me miraste viéndome lo que parecía: una muchacha poco desarrollada y sonriente. Noté que te tranquilizabas. ¿Luego temías?

Así comencé a verte de nuevo en días alternos. Tú llegabas a última hora, cuando yo estaba aún. Había llegado a una fase íntima de serenidad. La idea de tu mujer y de tu hija te distanciaban de mí. Casi prefería estar a solas en tu cuarto, pero tú venías antes de que me fuera, y repasabas lo escrito y yo te preguntaba:

—¿Y la niña?

Parecía que estuvieses esperando la pregunta para hablarme de ella. Comencé a verte como a una criatura, a ti. Ponías una cara atormentada y pura. Sentí una gran piedad. «Su mujer no es buena. Es la vida para él, su hija…». ¿Qué había habido entre vosotros dos? ¿Qué os había separado?

—En la vida no es necesario que sucedan hechos terribles;

roces pequeños, diarios, pueden aniquilarnos.

Más tarde intuí que te había traído a mis brazos. Volvías de hablar con aquella amiga de tu mujer, y noté que te aliñabas más y que parecías más joven. Pensé: «Le gusta esa Reyes». Traías un perfume ácido y costoso contigo. Dios, ¿cómo podía ser entonces tan hipócrita y tan astuta siendo tan joven? Te hacía decirme cuanto deseaba saber. Reyes venía a buscarte con su coche: me asomé una tarde a la hora en que solías regresar. Frenó un coche de lujo, pequeño, y tú te apeabas, y estuviste con el sombrero en la mano, inclinándote cuando el coche arrancó. Mujer, al fin, adiviné la intención de otra mujer: «Dura demasiado esta enfermedad». Pero no dije nada. Tú traías las orejas encendidas y te humedecías los labios, y en tu rostro se mezclaban una renovada juventud y preocupación.

—Reyes me decía… La niña no sabe nada. Va ahora Reyes a verla. Todos los días va a verla para poder contarme.

Tenía ganas de sonreír. «¡Qué ingenuo!». Me dabas pena, tan indefenso para todo lo que fuese artero, astucia. ¿O es que la preocupación te impedía ver los móviles de Reyes? No. Porque tú te vestías con cuidado y había algo en ti expectante, tenso. «Se va a enamorar de otra mujer. En mis propias narices. Soy para él una chiquilla. ¿Cómo será Reyes?».

Y de pronto, sin más, adquirí, oyéndote confiarme cosas de tu hija, y de tu vida, tan íntimas y escondidas en ti, una seguridad maravillosa. Me necesita. Esa mujer no sirve para escucharle. Todo lo más servirá para un momento.

No supo de dónde le vino aquella seguridad, aquella plenitud. Pudo ser generosa y escucharle. Deseaba ponerle en guardia contra Reyes. «No tengo derecho. Me callaré». Bien. Aunque hubiese otra mujer en su vida, suponiendo que la hubiera, sería sólo en un sentido físico. Algo le había dado Ventura sólo a ella, intocable, perenne. No disimulaba que le gustaba encontrarla allí; le hablaba de sí mismo, tenían gustos comunes, las mismas aficiones (o quizás ella reflejaba las suyas). «No quiero más. Renuncio a todo lo demás».

Aquella tarde estaba escribiendo; acabó su hora de trabajo, pasó otra y Ventura no venía. Se alarmó. Salió a la puerta.

—Doña Anita, ¿no dejó dicho algo don Ventura? Tenía que

consultarle sobre el trabajo; le corre mucha prisa.

Mentía sin pensarlo.

—Si quiere quedarse conmigo mientras le espera…

—No, gracias; adelanto tarea.

Se hizo de noche. Empezó a enloquecer. ¿Qué hacía allí esperando? No escribía.

(Abrí la ventana de tu cuarto y me asomé, espiando vuestra llegada. «Esa furcia…». No sé cuánto tiempo pasó. «Un rato más, y me voy. Un rato, y me voy…». Allí estaba el coche. Me volví dentro del cuarto y el corazón sonaba tan alto, locamente… «Le va a parecer mal. ¿Por qué le he esperado? ¿Qué le digo?»).

Estaba cerca de la puerta cuando él entró. Venía turbado, con los ojos enfebrecidos. La miró. Indignación o desesperación. Había pasado su frontera de serenidad. Presencia retrocedió instintivamente hacia la ventana. «¿Qué ha pasado? ¿No habrá bebido?». No era el rostro de Ventura. O sí lo era: su rostro de hombre que ella no conocía.

—¿Qué hace usted aquí?

No se podía mentir en una hora como aquélla.

—¿Por qué me esperaba?

Se había acercado y la forzaba a mirarle. No contestó. No era necesario. Apretó las manos sobre el pecho, como conteniéndose. Él perdió algo de su dureza (la había sujetado por un brazo y era una mano nerviosa y fuerte) y dijo con una voz cálida, vencida:

—¿Tú te das cuenta de lo que estás haciendo? Muchacha…

(Hueles a otra mujer. Deseas a otra mujer. Te has negado —amiga de Esperanza, volver a empezar— y vienes a mí desde ella. No importa. Estás humillado porque te has negado… En lo oscuro estaba yo, sin saber por qué. En lo oscuro, con la fragancia de la noche entrando por la ventana… Oh, no tomas nada que no hayas tomado ya. No dudes. No temas).

La apartó un poco de sus labios.

—¿Te das cuenta?

Presencia dijo:

—Sí.

XVII

SI había de morirse, la verdad: pudo liberarte antes.

Esperanza pensó: «Quiere darme a entender que ya soy vieja para rehacer mi vida; que a los cincuenta años de poco me sirve esta libertad».

Había llamado a Reyes en cuanto llegó a casa. Se acostó —notaba el cuerpo destemplado, calambres en el estómago— y llamó a Reyes.

Necesitaba que la consolasen, que la apoyasen. No el ceño de Froilán ni su juicio, no Ágata; le eran precisas las palabras ligeras y afectuosas de sus amigas, quitándole importancia.

—No le guardo rencor. Me dio pena ver cómo vivía. Ha debido de echar de menos esta casa tantas veces…

—Claro mujer. Lo que pasa es que estaba atado corto. Mil veces se habrá acordado de ti.

—De la niña, más bien. De la casa. Estoy deshecha.

—Eres demasiado buena. Por lo que él se preocupó.

Él era bueno, débil. Cualquiera lo envolvía.

—En realidad, ¿qué motivo tuvo para separarse?

A Esperanza le dolió que supiera que el rompimiento había partido de él.

—Nada, fíjate. Un día me dijo: «Me estás aniquilando». No podía trabajar, daba vueltas. Me dio la sensación que cogía manía a la casa.

—Que tenía ganas de plantarte, porque no es motivo.

—Él dijo: «*Nos estamos destruyendo los dos, y, lo que es peor, la pequeña se da cuenta, pesará sobre ella*». Tú sabes que soy generosa…

—¿…?

—No doy importancia al dinero. Le compré el reloj, la botonadura. Le di las cosas del pobre papá —me las devolvió, por supuesto—, y no le escatimaba dinero. Todo lo de la casa lo pagaba yo. Me parece que más… imposible. Pues lo que más me indignaba es que me trataba como si fuese mezquina…

(Gastaba en libros como un loco. En Bruselas se hubiese llevado todo lo que encontró. No sé cómo se le iba el dinero, pero se le iba de las manos, en nada. Sólo gastaba de lo suyo, eso me dijo. Pero era lo nuestro también, porque si no llego a pagar yo todos los gastos, ¿de dónde iba a sobrarle aquel dinero? Le fastidiaba que yo me enterase de los reembolsos. Y aquel ayudar a los demás, compañeros o necesitados, como si fuese un Creso… «Son jóvenes, pueden trabajar. Pase una vez, pero todos los meses no les haces ningún favor. No sé cómo no les da vergüenza». Y lo malo era que yo me sentía sórdida mientras le hablaba, y no lo soy. Llegó a decirme: «*Preferiría vivir como antes, con apuros, privándome a veces de cosas necesarias, pero con dignidad*». No le creí. Eso fue lo malo: no le creí a tiempo).

—Él no era hombre para ir tirando… Me dijo (fíjate qué estupidez, cuando a los hombres se les mete una cosa en la cabeza): «*La niña empieza a tratarme con compasión*». ¡Le adoraba, la niña! «*Pero no como a un padre. Hay cierta complicidad en su cariño, como si pensase que a mí también me puede caer una regañina*». Algo así dijo. Te aseguro que no era cierto.

—La quería. Estaba chiflado por Ágata. Acuérdate cuando estuvo enferma…

—Sí.

—… me preguntaba por ella con tanto afán… Estaba trastornado y no lo ocultaba. Al revés, parecía desvalido. Daba casi risa ver a un hombre tan serio y tan pueril…

(Ventura en el coche, junto a su amiga. ¿Hasta dónde habían llegado? Conocía a Reyes, de seguro le incitó).

—Era un hombre atractivo…

—Sí.

Esperanza sintió como una vaharada de juventud que le volvía. No era el Ventura de los últimos tiempos de convivencia, con un silencio pesante, incómodo, difícil, sino el hombre que fue su novio,

el marido de los primeros meses. La muerte escamoteaba un tiempo de nadie, dejaba sólo el poso de lo bueno, y nostalgia…

—Lo siento, ya ves. Con un poco de buena voluntad por su parte…

(Él esperó algún tiempo, transigió, calló, procurando que vuestras vidas no se rozasen. Pero no era posible mantener aquella ficción. Cuando suplicaste que no se divorciara por la niña, él te dijo: «*¿Qué importan los papeles? ¿No lo estamos ya?*». Y entonces tú deseaste rabiosamente el divorcio, porque te amontonaste la cabeza, pensando: «Me va a llevar a la niña. A la larga me lleva a la niña». Y buscaste el mejor abogado. No era necesario).

—¿Y para las misas…? ¿Crees que debo decir misas por él?

—¿Tú crees? Las dirá la otra…

—Una mujer así… No sé qué hacer, Reyes. ¡Si viese claro qué hay que hacer! Me parece absurdo, pero ¿le guardo luto? Era mi marido y no lo era.

—Lo que es, sin duda, es el padre de Ágata. Yo que tú me ponía una temporada de negro, con algún bies blanco o las perlas. Las perlas son luto, ya lo sabes. Unas medias humo y quedas divinamente… Yo también lo siento, Esperanza, porque en el fondo Ventura era un infeliz, tan sensible… Y conmigo fue siempre amable y correcto.

—Sí…

—Contigo también. Ya ves, si no haces uso de ello, te diré que sé de buena tinta que, en una ocasión, una amiga tuya y mía estuvo a punto de… Bueno, le buscaba…

«¡Dios —pensó Esperanza—, tiene el valor de contármelo!». Y le dolió el amor propio.

—… Pues a él, por lo que me contaron, le gustaba también. Pero no llegaron a nada… Por lealtad hacia ti, supongo, y eso que estaba embalado.

De nuevo la vaharada de juventud, de triunfo femenino. «No te lo llevaste. Creías que era tan fácil Ventura, que le deslumbrarías. Ya me lo figuraba». Le pareció que recobraba a su marido. Que pensar en Ventura, una vez muerto y sin tenerlo que imaginar conviviendo con otra, le emocionaba. ¡El único hombre! Había sido cómodo estar casada y librarse de esta manera de nuevas complicaciones… En el fondo organizó su vida de la manera que

más le gustaba. No necesitaba un hombre para nada. Había habido alguno… De ella también hubiesen podido contar a Ventura si fuese ella la muerta. «No llegó nunca a nada…». Miradas, palabras, manos de hombres, labios húmedos: deseo, deseo, como un polvillo de sol en torno a ella, y le echas mano, y nada… Cartas apremiantes o prudentes, flores, compañía casual en un viaje. Nada. Acelerarse el corazón, no amor: necesidad de aquel halo en su derredor. Hábito desde niña:

—¡Qué guapa!

—Ven acá, preciosa. ¿Has visto qué ojeras tan bonitas en esta cara?

—La más guapa eres tú…

—Puedes conseguir lo que te propongas: siendo quien eres y encima ese cuerpo, y esa cara…

La Castellana, y las miradas rápidas de los hombres o sobresaltadas de los muchachos.

—Te casarás con quien quieras.

—Los traes de cabeza.

Despreció a los hombres desde la pubertad. Los ojos golosos de aquel banquero amigo de papá, la avidez de todos pegándosele al cuerpo, ciñéndola… Concedió desde niña. No daba; concedía.

—Mamá, que me despeinas.

—Los vas a traer por la calle de la Amargura.

Y toleraba el achuchón de besos.

—¿Por qué le tratas tan mal? Te quiere.

—Es un pelma, mamá.

Su madre no le llevó nunca la contraria. ¡La única hija! «No quiero verla llorar. No quiero que le falte nada. ¿Qué la mal educo? No me importa; el día que me muera quiero que tenga un buen recuerdo mío». Tenía tanto dinero —no supo lo que era desear—, daba tantas fiestas…; las amigas la halagaban. Una riñó con ella.

—Si crees que a mí me manejas, dominante… Yo no soy como las otras. Yo no te bailo el agua.

Fue la primera vez que una verdad la hirió. Estuvo distanciada de aquella amiga y procuró, de una manera indirecta y ladina, atraérsela. La atrajo. Entonces pudo permitirse ignorarla, no contar con ella, alejarla de nuevo.

—¿Te acuerdas Reyes, de cuando éramos muchachas?

La voz sonó riente.

—¡Uf, hija, adonde te remontas!

Reía como negándose que hiciera tanto tiempo.

—Estás alterada, Esperanza. Es natural. Pero no te dejes entristecer. Iré a verte. En cuanto me arregle estoy contigo. Si me lo llegas a decir, te acompaño a la casa. Me hubiera gustado rezar por el pobre Ventura.

—No me pareció, en un caso como éste…

—Estás llena de prejuicios, mujer. A mí no me hubiera importado nada.

Reyes hubiera sido capaz de hablar con la otra por curiosidad.

—¿Y Ágata? ¿Cómo ha reaccionado?

—Está allí ahora con el marido. Fíjate qué complicaciones. Yo era partidaria de no decirle nada.

—Algo había que decirle… Esperanza, eres terrible.

—Tenía mañana la fiesta de los Mena. Estaba muy ilusionada. Se ha encargado un traje maravilloso.

—¿Cómo es?

—Negro, con espigas, no bordadas, como si fueran naturales, sobre el traje.

—Puede llevarlo. Retrasáis la noticia un par de días… No habrá esquela, supongo; no pega. La gente yo creo que no sabe ni que seguía viviendo. Con que lo sepamos tres o cuatro íntimas, terminado. Yo te aconsejaría que no lo pregonaseis por ahí. Os quitaría libertad una temporada. La gente ya sabes cómo es: amiga de dar su opinión sobre los demás.

—Froilán ha estado insoportable.

—¿Froilán? ¿Qué me dices?

—Fíjate, cuando menos lo esperaba. En el fondo, los hombres son todos unos…

—Tienes que tener cuidado, Esperanza. Sin querer eres un poco dura. Les gusta más flexibilidad, más…

«No me vengas ahora con lecciones».

—No pretendo gustar a Froilán. Soy su suegra. Te olvidas de que tenemos cincuenta años.

Un silencio. «Reyes no me cuelga porque le doy pena. No ha querido decir eso. He estado brutal. No me cuelga el teléfono por ser el día que es».

—Tienes razón; quizá, a veces, soy un poco dura, pero estoy tan escarmentada. Si hay alguien que tiene una excusa, soy yo… No sabes cómo estuvo. Odioso. Me dejó en la cafetería…

Tenía la voz empañada de lágrimas.

—Estás nerviosa, Esperanza. Te has afectado. ¿Sabes lo que te digo? Que en el fondo yo creo que querías a Ventura todavía. Sí, no protestes.

(No le quería. Me encorajinaba saber que estaba a un paso con otra. Eso no se puede remediar. No me importaba que no viviese conmigo, pero me fastidiaba que me reemplazase. Ahora es casi más cómodo que haya muerto. Si lo quisiera no pensaría esto).

—Si vieses la casa…

—¿Dónde vivía?

—En los Desamparados. Hubiese dado cualquier cosa por que la vieras.

—Tienes que contarme. ¿La viste a ella?

—No, comprenderás…

—¿No estaba en la casa?

—No apareció mientras estuve yo. Supongo que estaría durmiendo a pierna suelta. Y eso que no, porque Froilán la habló…

—¿La habló? ¿Froilán? ¿Qué me dices?

—Sí. Fíjate, tuve que aguantarlo todo.

—¿Qué le dijo?

—No le he preguntado nada. Te digo que está raro.

—Habrá que confesar a Froilán… —reía suavemente.

—No poder desahogarme ni con mi hija… Por eso te he llamado. Al menos contigo…

—Ya lo sabes, cuentas conmigo para todo.

—Me parece que siento el timbre. Ya deben ser los chicos.

—Hasta luego, querida. No te montes la cabeza. Has estado admirable. Ahora me arreglo para ir a verte. Te organizaré una mesa para esta tarde: sólo cuatro, las más íntimas. Necesitas distraerte.

Ágata estaba en la puerta toda pálida. Dijo:

—¿Hablas con Reyes, mamá? No le digas nada.

La voz de Reyes sonaba todavía en el teléfono. No oía bien lo que Ágata le decía. Colgó.

¡Ágata, criatura! Se abrazó a su madre y le cubrió la cara de

besos.

—¿Cómo estás, mamá? ¿Cómo te encuentras? ¿No estás mala?

—No, mi vida.

—Pobre mamá.

Se había sentado sobre su cama y cogió la mano de la madre sobre el embozo, la acercó a su cara y la besó en la palma. Esperanza se sentía incómoda.

—No hablemos, hija. Me hace daño recordarlo.

Y a la hija se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Eres tan buena… Ahora me doy cuenta, mamá.

No había calculado que Ágata, tan indiferente, se pondría así. La palmoteo en la mejilla.

—He procurado ser siempre una buena madre. No sé si he acertado…

—Mamina…

—¿Qué decías antes de Reyes?

—Era mejor no decirle nada, ¿te parece?

—Se lo he dicho. Es mi mejor amiga. Ha sido siempre consecuente conmigo, una amiga perfecta. No contará nada.

«Le ha molestado que haya hablado con Reyes. Ágata no puede ver a Reyes. ¿Por qué?».

—No era necesario, creo. Al fin y al cabo…

—Tiene razón Ágata —intervino Froilán—. No debemos ser nosotros mismos los que comentemos. Ya se encargará la gente de desfigurarlo.

Esperanza no pudo contenerse:

—Tú no te metas.

Y vio que Ágata se ofendía de que hablara en aquel tono a su marido. Pero inmediatamente reaccionó.

—Déjame con mamá, Froilán. Está cansada.

—No te haces cargo, Ágata… Tú tienes a tu marido. No tengo que decir nada de él…

—Se ha portado como un hijo.

—Bueno. Pero yo necesito un poco de desahogo. Reyes es para mí como una hermana.

—¿Y yo?

Acarició la mano de su hija.

—Es tan distinto… Tantas cosas que a una hija no pueden

decirse.

Ágata no la escuchaba. La estaba mirando detenidamente, apoyada en las almohadas, con los encajes de su camisón, los brazos fláccidos, el rostro sin maquillar, los tendones del cuello. «Está vieja… ¡Dios, que no me falte!».

Dijo, como entregando algo:

—¿Sabes, mamá?, creo que estoy otra vez… Froilán aún no sabe nada.

—¡Qué lata, tan seguido! Como empecéis así…

En el momento de decirlo se dio cuenta de que no había que decir aquello, pero aquello era, sin embargo, lo que se podía decir a Ágata ayer… ¿No la había oído mil veces: «No quiero cargarme de hijos. Confieso que a mí los niños…»?

Ágata dijo con sencillez (qué difícil hablarse hoy: la niña solía ser complaciente y blanda).

—Me gustaría que fuese un chico.

Y le temblaron un poco los labios.

«¿Un chico? ¿Por qué? ¿Por Ventura? No me vas a salir con ésta ahora…».

—Son mejores las niñas, menos enredadoras. Pero, claro, comprendo que un niño os haga ilusión.

(No es esto. No pienso en lo que me dices ni en lo que te digo. Te estoy hablando con la caja delante. Me parece que está aquí, entre nosotras dos. Dime algo, aunque te cueste… El cuarto era sencillo y terrible. No lo olvidaré mientras viva. Tú estás aquí, en este cuarto refinado, de tan buen gusto, tan cómodo… Era tu marido. ¿No tienes algo que decirme de mi padre? ¿No hay nada bueno de él para mí?).

—Mamá, ¿por qué se fue?… No me contestes si te violenta.

(¡Pobre madre, qué sola has estado! Y te juzgué con dureza. Me molestaban tus amigos, tus reuniones, tus escotes. Eras una mujer joven como yo. Las madres no parecen sólo madres, y los hijos olvidamos que son mujeres también… Y ahora estoy yo sola, y ni Froilán ni tú me decís lo que tenéis que decirme. Hay que tener paciencia porque estás alterada. Se portó mal contigo. Te dejó. Pero conmigo… Yo no le había hecho nada).

—Creo que ya te lo dije, Ágata.

Esperanza cerró un poco los ojos. «¿Recelas de mí? ¿Por qué me

mira así Ágata, tan diáfana y sincera, como dudando? ¿Por qué esta nueva angustia?».

—Perdóname. Tienes razón. No hablemos.

«¿Qué puedo decirte? ¿Que él te adoraba, que se refugiaba junto a ti para escribir, que te miraba embobado mientras bailabas, que él te buscó y penó por ti como no ha penado ni buscado a aquella mujer ni a mí misma? A costa de mí misma quieres esto. ¡Egoísta, egoísta!… Éstos son los hijos: implacables. No importa que me vea deshecha: exige».

¿Por qué volvía la voz acallada? «Si no le hubieras atosigado con tu dinero… Si no le hubieras hecho la vida imposible… —Las hijas son de las madres, Ventura. Mi hija me creerá a mí».

—Mamina…

(No ocultaré nada a mis hijos. Sabrán siempre la verdad de todo. Procuraré comprenderles. Son difíciles, los niños…).

Esperanza se debatía, con los ojos cerrados, sin mover una mano. «No puedo sembrar la duda en tu espíritu. No puedo yo misma encenderte la desconfianza. No tienes más que a tu madre. No quiero fallarte». Aun, más en lo hondo, pensó simultáneamente: «Me haría bien decírtelo. Créeme, sería una descarga para mí. No lo hago por ti, pensando en ti. A mí nada me importa ya. Me tiene sin cuidado».

—Mamá, ¿quieres que te mande a las niñas?

Iba a venir Reyes. Las niñas revolverían y no podrían hablar. Las mandaría con el servicio…

—Gracias, hija. Mándame sólo a una porque estoy un poco mareada.

(No me gusta separarlas).

—Así se queda otra con nosotros. Tienes razón, mamá.

Esperanza dijo:

—Estás pálida. ¿Quieres una copita? Que te traigan algo, hija. Necesitas algo que te remonte.

«Oh, sí, algo que me remonte», pensó Ágata.

—Nada, me voy a casa desde aquí. No nos quedamos a comer porque estás en cama y querrás descansar, pero volveremos en seguida.

No se atrevió a decir: «Quiero estar contigo a las cuatro». Todo lo que deseaba decir, limpio y sincero, era difícil, era imposible.

—Despídete de mamá, Froilán. Nos vamos.

«Qué sola estoy. Tú a tu casa —tu marido, los hijos, el que va a venir—; ni te das cuenta. Tiene la culpa Froilán». De nuevo la voz más profunda; «Tal como empieza a revelarse es incómoda, no es la muchacha alegre e indiferente que tú has criado». Una luz vivísima la atravesó: «Después de muerto empieza a recobrarla».

La estaba besando con compasión. La estaba humillando su propia hija.

Ágata bajó la escalera alfombrada delante de Froilán. No se apoyaba en el pasamanos:

—Luego volvemos con mamá, en cuanto comamos.

—Yo, a las cuatro…

—¡Ah!

A las cuatro… A las cuatro, Froilán iría. Sintió amor por él, que iba a marchar detrás de su padre, representándola. (Era una manera de volver. Gracias). «Mamá se impacientó con Froilán. Tiene alta la tensión y por eso se pone así».

Arrancó el coche. «Mis niñas». Iba a correr a ellas, iba a hartarse de besarlas aunque se enfadara la alemana.

—Se me olvidaba. Tengo algo para ti.

La sangre le afluyó a la cabeza. En el momento en que ya no lo esperaba… «Finges, Froilán, no se te olvidaba. No has pensado en otra cosa. ¿Qué te contiene?». Tendió la mano.

Froilán se había prometido a sí mismo —a la madre, silenciosamente— que no diría una palabra. Apretó las mandíbulas y aferró las dos manos sobre el volante para no rodearle los hombros y decirle:

—Ágata, mi querida… Lo guardaba tu padre. Lo guardaba con amor, en el bolsillo de dentro, sobre el pecho. Es lo que te deja: un testamento de ternura, de nostalgia, de constante presencia. Olvida… ¡Perdona! Recoge lo mucho bueno que había en él.

Estaba tan quieta, inclinada sobre los recortes.

—¿Quién te los ha dado? ¿Cómo sabes…?

Froilán la miró. (Si te abrazo estoy perdido. Si te abrazo, te digo todo lo que pienso, y quizá tenga razón tu madre: quizá no deba en modo alguno quitarle a uno para darle al otro… No me mires con esos ojos desolados. No te tiemble la boca como a las niñas cuando van a llorar).

—Me los dio aquella mujer para ti.

La mano soltó los recortes sobre la falda.

—Nadie es enteramente malo, Ágata. No hay por qué creer que todos son peores que nosotros. Fue muy buena con tu padre. Le quiso.

Vio que de nuevo apretaba los papeles en la mano y que se volvía hacia la ventanilla para que no le viese la cara. «Casta de tu intimidad. Eres una mujer casta, mi mujer».

Y supo que le gustaba esa castidad, aunque no le halló aún su equivalente con la alegría.

XVIII

Estaba allí, junto al balcón, escribiendo. Yo me asomé; le dije: «Bajo por unas fresas»; y él me hizo así con la mano… Subía por las escalerillas cuando le divisé en el balcón, muy echado hacia fuera, buscándome…

(No te miento, hijo mío. No me adorno. Te estoy diciendo la verdad).

—… Porque yo le había dicho: «Ventura», y él había contestado: «*Deja*». Y ya sabes cómo era padre: un gesto impaciente o una palabra seca le pesaban. Compré las fresas, hablé un momento con Servando. Preguntó: ¿Cuándo viene su hijo? Y bajé hasta la Plaza de Oriente, haciendo tiempo para no estorbarle. Había llegado a la última escalerilla cuando le vi inclinado en el balcón. Era un atardecer sin estrellas y no debía de verme bien, porque se inclinaba…

(—¿Hasta de esto también has sido indirectamente responsable?).

—Fue un segundo. Se cayó que ni tuve tiempo a darme cuenta.

Asís le había preguntado, al fin. Se había sentado en el diván de gutapercha verde —la camilla le tapaba la vista de la caja— y preguntó, mirando hacia las flores de acacia:

—¿Cómo fue?

Le salió la voz ronca. Empezaba a mudarla ya cuando marchó al colegio. Más que ronca, raspante. Las lágrimas no se la humedecieron: pudo más el largo silencio mantenido. Carraspeó después de hablar.

Tampoco Presencia le miró, porque supo que no lo deseaba, que le quitaría espontaneidad. Procuró no alterarse, seguir tranquila, con sus manos juntas en el regazo, vuelta la butaca hacia la caja.

—Sin conocimiento, al principio. Pero después abrió los ojos y me vio. Yo tenía su cabeza en mi brazo. Le hablé. Le dije que venía la ambulancia. A la hora y media de estar en la Casa de socorro…

Asís no preguntó: «¿Se dio cuenta de que se moría?». Pero se volvió a ella y la interrogó con los ojos. Y ella alzó los suyos, doloridos y sostuvo su mirada.

—Pedí al médico de guardia que avisasen a un Padre. Yo no sabía a quién llamar, quién estaría más cerca. Vino en seguida. Era un franciscano. Más tarde volverá. Él podrá contarte, porque era él quien estaba junto a tu padre cuando murió.

(Esto has querido: que yo misma te tranquilizase sobre su manera de morir. Que yo misma te diera a entender que yo no podía estar en aquel cuarto. Has debido de preguntarte: «Si estaba madre con él no pudo ser absuelto». Aunque pasen siglos, este momento no podré olvidártelo, Asís. Aunque seas mi hijo…).

Se levantó y salió del cuarto. Asís no pensó: «La he desgarrado profundamente, la he ofendido en su dignidad de madre. Ha sido heroica todo el tiempo».

Quedó con aquellos últimos momentos reconstruyéndolos, levantando él también —hijo de Presencia— un edificio dentro de él, una cúpula redonda y espaciosa para situar la imagen de su padre.

La criada se acercó a Presencia.

—Vienen del Juzgado.

(El día en que nos casamos, en el Juzgado, no me mirabas; estabas irritado. Te pesaba lo que ibas a hacer, pero tu sentido de la propia responsabilidad te ligaba a aquel acto. Yo no procuré sonreír, ni parecer ignorar tu postura. Me senté a firmar la primera. Pensé: «¿Firmo mi condena de muerte?». Tracé las letras con el ánimo ausente, pendiente de ti y de lo que aquello podía significar para nosotros. Hablé a Asís —el intransigente Asís que lo ignora— dentro de mi vientre: «Es por ti, hijo mío. Si no fuera por ti, ninguno de los dos…». Cada letra escrita decía a la criatura: «Te defendemos, te protegemos». Tú firmaste de una vez, rápido y seguro. Sabías siempre lo que hacías. Y tras un breve trámite y unas palabras de cortesía, nos alejamos. Yo noté que los funcionarios nos miraban, sorprendidos, sin duda, de aquellos recién desposados que no se miraban a la cara, que no habían cruzado una palabra entre

sí, ni un gesto de ternura, y que marchaban por el pasillo del Juzgado, uno al lado del otro, con aire de penados o como si se odiasen).

—Es por aquí. Pasen.

Abrir las puertas del comedor a los extraños. Ver a uno con una libreta de notas en la mano apuntando. Abrir las ventanas cerradas y que aquellos pies indiferentes borren la última huella. Tocaban el muñón de ladrillos.

—En estado de ruina. La mitad de estos balcones había que tirarlos.

Uno se había agachado y miraba los hierros que quedaban; los palpaba.

—Mire. Se parte como si fuera cristal.

Parecía leño en vez de hierro, astillado.

(—Cuidado con el niño, no se asome demasiado.

—*Si no alcanza… Y los barrotes son sólidos*.

La mano de Ventura sacudiéndolos, probándolos:

—*¿Ves?*).

¿Cedieron los barrotes o le pesó la cabeza y los arrastró con su peso? Fuera lo que fuera…

—Cuidado, señora.

Porque ella había apoyado la mano sobre el trozo de barandilla que quedaba.

—Conviene que tengan el balcón condenado hasta que lo arreglen.

Definitivamente condenado aquel balcón, y al propio tiempo el rincón más solemne, más amado de la casa.

Tuvo ganas de rogar: «Aprovechen los mismos ladrillos, los mismos azulejos, los mismos hierros».

Tomaban medidas, anotaban. Uno de los dos empezó a relatarle sucesos semejantes.

—Aquel señor que estaba en la cola esperando el autobús, y se le cayó la cornisa de una casa y le mató… Y hace dos años, en Embajadores, la pared de una casa se vino abajo y enterró a tres personas. Sacaron de entre los escombros a dos con vida, pero el niño se hizo papilla…

Escuchaba mecánicamente. Apartó un poco la mesita con los papeles y se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados.

—¡Todo lo que se ve desde aquí!… No se diría desde abajo. ¡Menuda vista!

(Buscamos casa juntos, porque doña Anita sólo nos toleraba. La boda sin familia, civil. No me dijiste lo que te preguntó. «*Escucha, Presencia, doña Anita necesita el cuarto. Vamos a buscar casa*». Era difícil. Recorrimos Madrid de punta a punta. Yo noté que doña Anita apenas me saludaba, y debía de haber dado órdenes a la muchacha, porque me servía escapando… Los ojos se le habían vuelto duros y suspicaces. Pensaría: «¡A saber lo que hacían en el cuarto!». Y quizá lo que más la indignara fue su propia inocencia. Bajaba a la iglesia más que nunca, aquella semana. Lo hacía para echármelo en cara. Todo el día con la mantilla en el pasillo y diciendo a voces a la criada: «Bajo al Rosario». A la semana nos fuimos a una pensión, mientras encontrábamos casa. Valle nos la proporcionó. Venía a verme mientras Ventura estaba fuera, y me preguntaba. Había sido de las enamoradas de Ventura. Se quedaba hasta que llegaba él, con sus trajes provocantes, tan ceñidos, sin medias, con sus ojeras pintadas. Y apestando a perfume. Delante de Ventura me trataba en un tono conmiserativo: «Peque…». Ventura, si ella estaba conmigo, saludaba y se ausentaba del cuarto. Sabía que no le gustaba para amiga mía, pero no podía romper súbitamente con ella, que me había acogido cuando me echaron de casa. Dejó de vernos espontáneamente, porque se convenció de nuestra vida, pese a las apariencias, no tenía concomitancia con la suya; pero yo, según ella, «vivía en el Limbo», y que tú no te prestabas… Pero se ofreció espontáneamente a ayudarnos en la búsqueda de piso, y un día apareció a inedia mañana con prisas. «Son conocidos míos. Se van destinados fuera. Quieren un traspaso, pero no piden mucho. Como no vengas ahora mismo te lo soplan». Y yo fui con ella. Estaban aún los inquilinos en esta casa, y les pedí que esperaran dos horas más, a que tú llegaras y pudieras resolver. Y me vieron embarazada. «Tan joven… Parece una niña».

—Esperamos —dijo el marido.

Era de media edad, adiposo, con gruesos labios y morrillo en la nuca. Sorprendí sus miradas de complicidad a Valle. Le dijo a su mujer: «Deja, que las acompaño yo hasta la puerta». Valle la besó. «No sabes cuánto te lo agradezco. Presencia es para mí una hermana. Y esperando un crío, la pobre»… Y por el pasillo, sin

recato, como si delante de mí no hiciese falta disimular —supe que Valle le había contado lo nuestro—, él la pellizcó, y ella se apretó contra él. Volvía la cabeza, temeroso, hacia el fondo, y Valle me dijo: «Estate al tanto». Sentí una enorme vergüenza del cometido. De cuando en cuando hablaban en voz muy alta, refiriendo las excelencias del piso, sin duda para que la mujer no sospechara. Y en la entrada se abrazaron —era tan gordo, todo era viscoso y sucio—. «Es una casa muy fresquita en verano». La tocaba. Valle ahogaba la risa. «No hay calefacción. Mi mujer enciende su brasero…». Se besaron en la boca, delante de mí, sin pudor. Y se citaron. Yo bajaba las escaleras muerta de vergüenza. Valle se paró en el descansillo de más abajo y se limpió la cara con el pañuelo. Se retocó los labios. «Le tengo loco. Es un tío estupendo». Adiviné, por la proximidad del barrio, que era él quien pagaba el cuarto a Valle; luego, indirectamente, me había favorecido a mí… ¡Qué deprimente, opresora cadena! Callé todo eso a Ventura; lo importante era el piso. Vinimos los dos juntos, y Ventura no dudó. Dijo: «*Me gusta esta calle. El barrio*». Y cuando llegó al cuarto de estar y al comedor y vio el paisaje, entrándose por los balcones, dijo: «*Nos quedamos con él*». Dio una señal mientras reunía el dinero para el traspaso. El hombre, con Ventura, fue untuoso y comedido. En la puerta nos dijo:

—Se lo deben ustedes a Valle. Si no llega a ser el interés de Valle por Presencia… Yo, la verdad, podía pedir más. Es de renta antigua.

Y vi que a Ventura le molestó que me llamase por mi nombre.

Dijo en el portal: «*Esta Valle…*», y pensé que recelaba la verdadera situación. Mentí: quería nuestro piso.

—La mujer es algo pariente de ella.

Iba a hacer quince años de esto. En diciembre haría quince años que se instalaron en la casa. Toda su vida era, cabía, serían aquellos quince años.

—¿Ha dado parte al dueño?

No, no había hecho nada.

—¿Ha venido el forense?

—Sí.

Asomaron la cabeza en el cuarto de estar. Vio a Asís junto a la ventana. ¿Cuándo había llegado toda aquella gente? ¿Mientras ella estaba en el cuarto de al lado? ¿Cómo no les había oído? Conocía

de vista a alguno de los presentes, los compañeros de Ventura en la Universidad, profesores, su editor. Miró la hora, instintivamente, y le pareció que comenzaba a dejar de vivir, que el corazón se le retrasaba. Hablaban con Asís, de pie, lívido, junto a la ventana. Al verla se acercaron. Le estrechaban la mano.

—La acompaño en el sentimiento.

—Lo siento tanto… Era un hombre excepcional. Se hacía querer por todos.

Fuerzas. Fuerzas. Para lo que queda, ¡fuerzas! Se desasió; aquel dolor que le atenazaba la garganta, un dolor físico que le impedía hablar, que le agarrotaba la voz.

Automáticamente acompañó por el pasillo a los dos funcionarios del Juzgado.

La puerta estaba entreabierta. Alguien la empujó desde fuera: entraba un monaguillo con la Cruz alzada. Pasó por delante de ella, y tras él tres sacerdotes revestidos. Ocuparon toda la entrada, lo llenaron todo con sus capas pluviales.

«No te vayas de junto a mí, te lo ruego. ¡No te vayas!… Asís me necesita».

Les siguió.

Uno de los sacerdotes había desplazado a Asís para colocarse a los pies de la caja. Miraban, intrigados, al misterioso cadáver con el rostro cubierto.

Con gesto rutinario y la voz cantarina como en los colegios:

—*A porta inferi…*

Presencia se dejó caer de rodillas. Elevó las manos enlazadas hasta la boca, hincándose los dientes. «De las puertas del infierno… ¡Dios mío, no fue suya la culpa! Yo, yo… Ha tenido el infierno en vida: pasaba delante de las iglesias como un desterrado. Ha vivido en contraposición con lo que pensaba. Eso para él, aplomado en el pensar y en el sentir, fue un tormento. No poder dar ni ejemplaridad al hijo. ¡Líbrale, Señor! Apiádate de él, que volvió los ojos a tu Cruz en la casa de socorro: que sólo te tuvo a Ti, que sólo te miró a Ti… Te hiciste Hombre por él. Sufriste por él. Has muerto por él. ¡Sálvale, si es tuyo! Ciérrale las puertas de la muerte…».

Lloraba por fin. Unas lágrimas apretadas que dolían al escapársele.

—«Él —Tú lo sabes— me dio a leer los Evangelios. Me llevó

hasta las puertas de la Iglesia. No me las abrió porque no podía, pero me condujo hasta el umbral. Para él fue la Iglesia su muro de lamentaciones. Dijo: "*Quisiera liberaros*". Le escuchaste. Me lo arrebataste para que yo pudiera, ahora, entrar…».

Una mano la tocaba, la alzaba. Abrió los ojos y no reconoció la cara de aquel bondadoso señor que le decía:

—Álcese usted. Váyase ahora.

Y se volvía hacia Asís.

—¡Llévensela!

La ayudó a ponerse en pie. «Me voy. No es necesario».

A través de las lágrimas «Ventura, amor mío… ¡Ventura!». Miró desgarradoramente a la caja, y vio que estaba dentro del cuarto Froilán, ayudando a un hombre de la funeraria con su horrible blusón, a levantar la tapa para cerrar el féretro.

Se apartó. Le había tocado apartarse siempre. Casi a ciegas por las lágrimas, apoyándose en la pared, fue al cuarto de al lado y cerró la puerta.

«Asís, mi bien… Te quiero… Te ofrezco toda mi vida. Lo que me queda de vida».

(*Se entregará al dolor con violencia, dándose. Y después de esta entrega comenzará a infiltrarse en él serenidad, perspectiva humana, amor o caridad, llámalo como quieras*).

Escuchaba pasos en el cuarto de al lado. Empezaban a moverse por el pasillo. ¿Habían levantado ya la caja? «La última vez que recorres el pasillo, el recibidor. Tantos besos, tantas palabras…». Rumor de pies por el corredor adelante.

«Tu hijo va detrás de ti. ¡Entra en él! Sé tú él mismo…».

Silencio. Alejándose el rumor por las escaleras. Se levantó y corrió a la ventana de delante, de su dormitorio. Entró y la abrió de par en par. Inclinándose vio que sacaban la caja —qué pequeña y aristada desde arriba— y la metían en el coche, empujando por los pies. No había venido mucha gente. Estaban las vecinas en la calle, a un lado y otro, santiguándose. Y el clero se puso detrás del coche. Asís se adelantó, vacilante, Froilán se colocó a su izquierda, y el rector magnífico a la derecha. Presencia miraba más a Asís que al coche.

«¡Hijo mío, qué calvario!».

Se iba, se iba el coche por la calle de los Donceles. Asomó medio

cuerpo por la ventana:

—No te digo adiós. ¡No te digo adiós, Ventura! No puedo decirte adiós…

Hablaba en voz alta, como si pudiese oírla.

Iba despacio el coche por la calle, tan íntimamente unida a sus vidas, y ella se estuvo así, inclinada con medio cuerpo fuera, hasta que en el recodo el coche fúnebre torció, desapareció bruscamente, y ya desde la ventana no podía adivinar entre el montón de gente la silueta del hijo.